

ANTOLOGÍA PARCIAL E INCOMPLETA DEL PARNASIANISMO, DEL SIMBOLISMO Y DEL MODERNISMO LITERARIOS

José Antonio Hernández Guerrero



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2024

HERNÁNDEZ GUERRERO, José Antonio

Antología parcial e incompleta del Parnasianismo, del Simbolismo y del Modernismo Literarios

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024, 156 pp.

ISBN: 978-84-1143-953-4

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024.

Este libro está sujeto a una licencia de «Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)» de Creative Commons.



© 2024, José Antonio Hernández Guerrero

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-1143-953-4

Portada: Selección de ediciones de libros de literatura, fotografía de José Antonio Hernández Guerrero.

ÍNDICE

	Págs.
EL PARNASIANIMO	10
René Leconte de Lisle (1818-1894)	11
<i>Odes anacréontiques</i>	11
<i>Les libations</i>	11
<i>Las libaciones</i>	12
<i>La coupe</i>	12
<i>La copa</i>	13
Théodore de Banville (1823-1891)	14
<i>Les Cariatides</i>	14
<i>Las Cariátides</i>	16
Catulle Mendès (1841-1909)	18
<i>Azur, neige, cinabre!</i>	18
<i>¡Azur, nieve, cinabrio!</i>	21
Joseph-Albert-Alexandre Glatigny (1839-1873)	23
<i>Les vignes folles</i>	23
<i>Las vides locas</i>	25
René François Armand Sully Prudhomme (1839-1907)	27
<i>À une belle enfant</i>	27
<i>A una hermosa niña</i>	28
<i>En deuil</i>	28
<i>De duelo</i>	29
<i>Fleur sans soleil</i>	29
<i>Flor sin sol</i>	31
François Coppée (1842-1908)	32
<i>Vers le passé</i>	32
<i>Hacia el pasado</i>	33
Léon Dierx (1838-1912)	35
<i>À mes deux mères</i>	35
<i>A mis dos madres</i>	36
<i>Lazare</i>	37
<i>Lázaro</i>	38

Louis Ménard (1822-1901)	40
<i>L'athlète</i>	40
<i>El atleta</i>	41
José María de Heredia (1842-1905)	42
<i>Salut à l'Empereur</i>	42
<i>Saludo al Emperador</i>	44
Théophile Gautier (1811-1872)	46
<i>L'art</i>	46
<i>El arte</i>	48
EL SIMBOLISMO	50
Charles Baudelaire (1821-1867)	51
<i>Bénédiction</i>	51
<i>Bendición</i>	53
Arthur Rimbaud (1854-1891)	55
<i>Voyelles</i>	55
<i>Vocales</i>	56
<i>Une saison en enfer. Jadis</i>	56
<i>Noche de infierno. Antaño</i>	57
Paul Marie Verlaine (1844-1896)	58
<i>Un coup de dés jamais n'abolira le hasard</i>	58
<i>Una tirada de dados nunca abolirá el azar</i>	60
Stéphane Mallarmé (1842-1898)	62
<i>Brise marine</i>	62
<i>Brisa marina</i>	63
Paul Valéry (1871-1945)	64
<i>Le cimetière marin</i>	64
<i>El cementerio marino</i>	66
Auguste Villiers de L'Isle-Adam (1838-1889)	67
<i>L'Ève future</i>	67
<i>La Eva futura</i>	68
EL MODERNISMO	70
LATINOAMÉRICA	70
NICARAGUA	71

Rubén Darío (1867-1916)	71
<i>Soneto dedicado a Leconte de Lisle</i>	72
<i>Azul... El Rey Burgués</i>	72
<i>Cantos de vida y esperanza</i>	75
CUBA	78
José Martí (1853-1895)	78
<i>Versos libres. Pollice verso</i>	78
ARGENTINA	81
Leopoldo Lugones (1874-1938)	81
<i>Himno a la luna</i>	81
Ricardo Jaimes Freyre (1866-1933)	83
<i>Peregrina paloma imaginaria</i>	83
<i>El camino de los cisnes</i>	84
COLOMBIA	85
José Asunción Silva Gómez (1865-1896)	85
<i>Nocturnos III: Una noche</i>	85
VENEZUELA	87
Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927)	87
<i>Huimos en puntillas de nosotros</i>	87
COSTA RICA	88
Rafael Ángel Troyo (1870-1910)	88
<i>Topacios</i>	88
ESPAÑA	90
Ramón del Valle-Inclán (1866-1936)	90
<i>Memorias del Marqués de Bradomín</i>	90
Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870)	95
<i>Rima I</i>	95
<i>Rima II</i>	95
<i>Rima III</i>	96
Antonio Machado (1875-1939)	97
<i>I. El viajero</i>	97
<i>II. He andado muchos caminos</i>	98
Manuel Machado (1874-1947)	100
<i>Oriente</i>	100
<i>Mariposa negra</i>	101

Juan Ramón Jiménez (1881-1958)	102
<i>Yo me moriré</i>	102
<i>Platero y yo</i>	103
Salvador Rueda (1857-1933)	104
<i>Piedras preciosas</i>	104
<i>La musa retórica</i>	105
<i>La musa humana</i>	105
Manuel Reina (1856-1905)	106
<i>Introducción a Sus mejores versos</i>	106
<i>La perla</i>	107
<i>Juventud de Musset</i>	108
<i>El insecto y la estrella</i>	109
<i>Andalucía</i>	109
Ricardo Gil (1853-1907)	110
<i>La guitarra es morisca</i>	110
<i>Silencio</i>	111
<i>A Calderón. Alabado por Pedancio</i>	111
<i>Duda</i>	111
Francisco Villaespesa (1877-1936)	112
<i>La copa del rey de Thule</i>	112
<i>Silencio</i>	113
<i>Los crepúsculos de sangre</i>	113
Tomás Morales (1884-1921)	117
<i>Vacaciones sentimentales, IV</i>	117
<i>Entonces era un niño con los bucles</i>	117
<i>Yo estaba enamorado de mi amigueta</i>	117
<i>El mar</i>	118
Eduardo Marquina (1879-1946)	119
<i>Salmo de amor</i>	119
Saulo Torón Navarro (1885-1974)	121
<i>El sermón</i>	121
<i>Tu casita</i>	122
Alonso Quesada (1885-1925)	124
<i>Oración de todos los días</i>	124

José Sánchez Rodríguez (1875-1940)	126
<i>Tientos</i>	126
<i>Peteneras</i>	127
<i>Caña</i>	127
<i>Seguidillas</i>	127
EL ALTO MODERNISMO ANGLOSAJÓN	128
Djuna Barnes (1892-1982)	128
<i>Nightwood</i>	128
<i>El bosque de la noche</i>	130
T. S. Eliot (1888-1965)	132
<i>The Burial of the Dead</i>	132
<i>El entierro de los muertos</i>	134
<i>Death by Water</i>	136
<i>Muerte por agua</i>	136
Ezra Pound (1885-1972)	137
<i>Canto I</i>	137
<i>Canto I</i>	139
<i>The garden</i>	141
<i>El jardín</i>	141
FRANCIA	142
Marcel Proust (1871-1922)	142
<i>À la recherche du temps perdu</i>	142
<i>En busca del tiempo perdido</i>	146
CHEQUIA	150
Rainer Maria Rilke (1875-1926)	150
<i>Die Sonette an Orpheus</i>	150
<i>Sonetos a Orfeo</i>	151
BIBLIOGRAFÍA	152

NOTA PREVIA

Las antologías –colecciones de fragmentos de obras elegidas según el criterio de su autor– son parciales y personales. Podemos decir que, por definición, son incompletas y subjetivas. Soy consciente, por lo tanto, de que el título de esta selección es redundante, pero he decidido emplearlo para enfatizar mi invitación explícita a los lectores para que cada uno elabore su repertorio propio añadiendo o suprimiendo los textos que, a su juicio, sean los más adecuados e importantes.

Espero que la atenta lectura y el examen crítico de estos trozos, además de estimular la búsqueda de otras obras, sirvan también como referentes para elaborar composiciones propias y para realizar ejercicios prácticos de Literatura Comparada, el estudio que va más allá de las fronteras de un autor, de una lengua, de un país y de una época, e, incluso, que relaciona los textos escritos con otras manifestaciones artísticas¹.

Estoy de acuerdo con los autores que defienden la necesidad de elaborar una «teoría de la literatura» –de la lectura y de la escritura– sobre la base de la comparación de textos realmente universales de cualquier época, de cualquier género y de cualquier estilo. La lectura crítica y el análisis «comparado» de estos textos podrán servir para identificar sus similitudes y sus diferencias, y para, en otras palabras, identificar la «intertextualidad»², un fenómeno tan antiguo como son las obras literarias y las creaciones artísticas. Paul van Tieghen, en el cuarto Congreso Internacional de Historia Literaria Moderna, afirmó que «la literatura comparada impone [...] a los que la practican una actitud de simpatía y de comprensión hacia nuestros hermanos “humanos”, un liberalismo intelectual, sin el que no es posible interpretar adecuadamente las diferentes obras»³.

Como es sabido, la creación de obras originales ha sido posible gracias a la inspiración de otros modelos⁴. En todas las actividades humanas como, por ejemplo, en la gastronomía, en la moda o en el diseño de vehículos, siempre encontramos huellas de obras anteriores o de otras coetáneas de diferentes géneros. Concebimos, por lo tanto, la Literatura Comparada como el estudio de las influencias mutuas, de las acciones, reacciones e interacciones que se dan entre obras de diferentes épocas, lugares, lenguas,

¹ Cf., Remak, H. H., 1971, «La Literatura Comparada: definición y función», en Vega, M. J., y Carbonell, N., 1998, *La Literatura Comparada. Principios y Métodos*, Madrid, Gredos: 89. Gil-Albarellos Pérez-Pedrero, 2006, *Introducción a la Literatura Comparada*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad. Marino, A., 1988, *Comparatisme et théorie de la littérature*, Paris, PUF. Brunel, P., Pichois, Cl., Rousseau, A.-M., 1983, *Qu'est-ce que la Littérature Comparée?*, Paris, Armand Colin. Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, Kushner, E., 1989, *Théorie Littéraire. Problèmes et perspectives*, Paris, PUF.

² La palabra «intertextualidad» deriva, según Julia Kristeva, de la teoría de Mijaíl Bajtín, para quien el hombre es un ser dialógico, inconcebible sin el otro. Cf., «Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela» en la revista *Critique*, Paris, 1967.

³ Confer: Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, Kushner, E. *Ibidem*.

⁴ La «dialogía», uno de los conceptos fundamentales de Bajtín, es la base de la intertextualidad porque establece la relación de voces propias y ajenas, individuales y colectivas. Se concibe la palabra como asunción de la palabra «ajena», de la voz del otro. Se opone a la voz monológica, normativa, autoritaria.

géneros y estilos, y, también, las analogías y las diferencias con otras creaciones artísticas, ideas filosóficas, morales, políticas, religiosas y científicas⁵.

En resumen, nos brinda una herramienta con la que podamos conocer los motores y las orientaciones de los diferentes comportamientos humanos individuales y colectivos. En la actualidad, por lo tanto, la Literatura Comparada ha dejado de ser un capítulo de la historia literaria o de la historia de las relaciones literarias internacionales, y propone un objetivo autónomo aplicando un método peculiar. Este cambio de perspectiva y de metodología corresponde, por un lado, a la universalidad de la literatura y, por otro lado, a su autonomía como disciplina⁶.

Reconozcamos, además, que los críticos artísticos desde siempre se han referido a rasgos de estilo, de época, de escuela o de generación. Y muchos han descrito las fuentes, las influencias, los préstamos literarios o los plagios artísticos. Recordemos que los autores del pasado acudían a sus modelos clásicos y a sus «fuentes» porque se sentían inmersos en el *fluir* de la Historia, se hacían eco de textos ajenos y tenían conciencia de la permanente validez de la cultura clásica. En esta ocasión selecciono algunos fragmentos de obras que convulsionaron el panorama de la poesía y de la narrativa contemporáneas.

⁵ Me refiero no solo a las ideas científicas expresadas por eminentes pensadores que poseen habilidad para escribir con elegancia y precisión como, por ejemplo, Buffon, Voltaire o Goethe quienes, como es sabido, se interesaron por la Física o la Geología, sino, en general a la influencia que ejerce la imaginación en las teorías y en las investigaciones científicas. Shelley, por ejemplo, se refiere a las elucubraciones de Erasmus de Darwin. También sabemos que algunos escritores, para referirse con mayor conocimiento a la naturaleza acuden a las obras científicas. *Confer Brunet et alii, op. cit.*

⁶ Marino, A., *op. cit.*

EL PARNASIANISMO

El Parnasianismo⁷, un movimiento literario que, sobre todo, se desarrolla en la poesía lírica y, por lo tanto, en la métrica, se caracteriza por su interés en cuidar la belleza formal de los versos, por priorizar sus contenidos sobre las emociones personales y por su inspiración en los modelos grecolatinos clásicos y en los asuntos exóticos. Pregonaba la importancia del cultivo del «arte por el arte»⁸. Se originó en Francia, en la segunda mitad del XIX y fue una reacción contra el subjetivismo sentimentalista del Romanticismo. Su objetivo prioritario era alcanzar la formalidad estética. Junto al Simbolismo propició el desarrollo del Modernismo.

Sus principales exponentes fueron los poetas franceses Charles-Marie René Leconte de Lisle (1818-1894) y Théophile Gautier (1811-1872), que fue quien propuso la noción de la «autonomía artística».

⁷ Parnaso fue el personaje de la mitología griega, hijo de Poseidón y de la ninfa Cleodora, que fundó el oráculo de Delfos donde habitaban las musas. La región en la que se ubicaba era conocida como un lugar de encuentros y la patria de los poetas. Esta denominación es usada también para designar las recopilaciones de obras artísticas y literarias. El movimiento del parnasianismo adoptó este nombre en la antología publicada en la revista francesa *El parnaso contemporáneo* (*Le Parnasse contemporain*) en 1866.

⁸ Según los defensores de el «arte por el arte» esta actividad posee la finalidad de admirar estéticamente cuyo fundamento teórico puede ser la propuesta de Kant (1724-1804) sobre el juicio estético «la contemplación desinteresada carente de finalidad pragmática».

René Leconte de Lisle (1818-1894)

Nacido en Saint-Paul, isla de Reunión, sus estudios de lenguas clásicas y sus traducciones de escritores latinos y griegos como Homero, Sófocles y Esquilo inspiraron algunas de sus creaciones literarias. Considerado como poeta posromántico fue uno de los principales representantes del parnasianismo. Sus *Poèmes antiques* (1852) influyeron durante más de treinta años en el movimiento literario también llamado «l'Art pour l'Art», y, en general, en la devaluación del sentimentalismo. Fue apodado como el «Maître du Parnasse».

Odes anacréontiques

(1855)

1

Les libations

Sur le myrte frais et l'herbe des bois,
au rythme amoureux du mode ionique,
mollement couché, j'assouplis ma voix.
Éros, sur son cou nouant sa tunique,
emplit en riant, échanton joyeux,
ma coupe d'onyx d'un flot de vin vieux.
La vie est d'un jour sous le ciel antique;
c'est un char qui roule au stade olympique.
Buvons, couronnés d'hyacinthe en fleurs!
À quoi bon verser les liqueurs divines
sur le marbre inerte où sont nos ruines,
ce peu de poussière insensible aux pleurs?
Assez tôt viendront les heures cruelles,
ô ma bien-aimée, et la grande nuit
où nous conduirons, dans l'Hadès, sans bruit,
la danse des morts sur les asphodèles!

Odas Anacreónticas

(1855)

1

*Las libaciones*⁹

Sobre el mirto fresco y la hierba del bosque,
al ritmo amoroso del modo iónico,
acostado sin fuerzas, suavizo mi voz.
Eros, al cuello anudándose la túnica,
lleno de risa, copero alegre,
mi copa de ónice de un torrente de vino añejo.
La vida es un día bajo el cielo antiguo;
es un tanque que rueda en el estadio olímpico.
¡Bebamos, coronados de jacintos en flor!
¿De qué sirve verter los licores divinos
sobre el mármol inerte donde están nuestras ruinas,
este polvillo insensible a las lágrimas?
Muy pronto vendrán las horas crueles,
oh mi amado, y la gran noche
donde conduciremos, en el Hades, sin ruido,
¡la danza de los muertos en los asfódelos!

2

La coupe

Prends ce bloc d'argent, adroit ciseur.
N'en fais point surtout d'arme belliqueuse,
mais bien une coupe élargie et creuse
où le vin ruisselle et semble meilleur.
Ne grave à l'entour Bouvier ni Pléiades,
mais le chœur joyeux des belles Mainades,
et l'or des raisins chers à l'œil ravi,
et la verte vigne, et la cuve ronde
où les vendangeurs foulent à l'envi,
de leurs pieds pourprés, la grappe féconde.
Que j'y voie encore Évoé vainqueur,
Aphrodite, Éros et les Hyménées,
et sous les grands bois les vierges menées
la verveine au front et l'amour au cœur!

⁹ La libación (del latín *libatio*, griego λοιπή ο σπονδή) es un ritual religioso de la Antigüedad que consistía en la aspersión de una bebida en ofrenda a un dios. Los líquidos ofrecidos en las libaciones eran variados, normalmente de vino, leche, miel o hidromiel, aceite, cerveza u otros líquidos, incluso agua pura, que se vertían en el suelo. Fue muy practicada en las religiones de la Antigüedad: griega, romana y judaica.

2

La copa

Toma este bloque de plata, hábil tallador.
Sobre todo, no la conviertas en un arma bélica,
pero haz un corte ensanchado y hueco
donde el vino fluya y se vea mejor.
No grabes alrededor de Bouvier o Pléyades,
sino el alegre coro de hermosas manos,
y el oro de las uvas caro al ojo encantado,
y la vid verde, y la tina redonda
donde los recolectores pisotean a su antojo,
de sus pies de púrpura, el racimo fructífero.
Aún veo allí y evoco victorioso,
a Afrodita, Eros y la Himenea,
y, bajo los grandes bosques,
a las vírgenes que la condujeron
¡con flores en la frente y con amor en el corazón!

Théodore de Banville (1823-1891)

Animado por Victor Hugo y Théophile Gautier, colaboró como crítico dramático en distintos periódicos y diarios como *Le Pouvoir* (1850) y *Le National* (1869). Fue miembro de la *Revue fantaisiste* (1861).

Les Exilés (1867) –dedicada a su mujer– es valorada como una de sus mejores obras. El 24 de mayo de 1870 recibió la carta del joven poeta que apenas tenía 15 años, Arthur Rimbaud, con la copia de poemas como *Ophélie*, *Sensation*, *Soleil et chair*, con la intención de recibir su apoyo. Le dice así: «[...] Que si je vous envoie quelques-uns de ces vers, –et cela en passant par Alph. Lamerre, le bon éditeur– c'est que j'aime tous les poètes [...]». En 1872, tras la publicación del *Petit traité de poésie française*, Théodore de Banville rompe con el Simbolismo. Junto con Charles Asselineau realizó la tercera edición de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire.

Les Cariatides

C'est un palais du dieu, tout rempli de sa gloire.
Cariatides sœurs, des figures d'ivoire
Portent le monument qui monte à l'éther bleu,
Fier comme le témoin d'une immortelle histoire.

Quoique l'archer Soleil avec ses traits de feu
Morde leurs seins polis et vise à leurs prunelles,
Elles ne baissent pas les regards pour si peu.

Même le lourd amas des pierres solennelles
Sous lesquelles Atlas plierait comme un roseau,
Ne courbera jamais leurs têtes fraternelles.

Car elles savent bien que le mâle ciseau
Qui fouilla sur leurs fronts l'architrave et les frises
N'en chassera jamais le zéphyr et l'oiseau.

Hirondelles du ciel, sans peur d'être surprises
Vous pouvez faire un nid dans notre acanthe en fleur:
Vous n'y casserez pas votre aile, tièdes brises.

Ô filles de Paros, le sage ciseleur
Qui sur ces médaillons a mis les traits d'Hélène
Fuit le guerrier sanglant et le lâche oiseleur.

Bravez même l'orage avec son âpre haleine
Sans craindre le fardeau qui pèse à votre front,
Car vous ne portez pas l'injustice et la haine.

Sous vos portiques fiers, dont jamais nul affront
Ne fera tressaillir les radieuses lignes,
Les héros et les Dieux de l'amour passeront.

Les voyez-vous, les uns avec des folles vignes
Dans les cheveux, ceux-là tenant contre leur sein
La lyre qui s'accorde au chant des hommes-cygnés?

Voici l'aïeul Orphée, attirant un essaim
D'abeilles, Lyæus qui nous donna l'ivresse,
Éros le bienfaiteur et le pâle assassin.

Et derrière Aphrodite, ange à la blonde tresse,
Voici les grands vaincus dont les cœurs sont brisés,
Tous les bannis dont l'âme est pleine de tendresse;

Tous ceux qui sans repos se tordent embrasés
Par la cruelle soif de l'amante idéale,
Et qui s'en vont au ciel, meurtris par les baisers,

Depuis Phryné, pareille à l'aube orientale,
Depuis cette lionne en quête d'un chasseur
Qui but sa perle au fond de la coupe fatale,

Jusqu'à toi, Prométhée, auguste ravisseur!
Jusqu'à don Juan qui cherche un lys dans les tempêtes!
Jusqu'à toi, jusqu'à toi, grande Sappho, ma sœur!

J'ai voulu, pour le jour des éternelles fêtes
Réparer, fils pieux de leur gloire jaloux,
Le myrte et les lauriers qui couronnent leurs têtes.

J'ai lavé de mes mains leurs pieds poudreux. Et vous,
Plus belles que le chœur des jeunes Atlantides,
Alors qu'ils vous verront d'un œil terrible et doux,

Saluez ces martyrs, ô mes Cariatides!

Las Cariátides

Es un palacio del dios, todo lleno de su gloria.
Hermanas cariátides, figuras de marfil
llevan el monumento que se eleva al éter azul,
orgullosa como el testigo de una historia inmortal.

Aunque el Sol arquero con sus facciones de fuego
muerde sus pechos pulidos y les apunta a las pupilas,
no bajan ellos la mirada por tan poco.

Incluso el pesado montón de piedras solemnes
bajo el cual Atlas se doblaría como un junco,
nunca inclinarán sus cabezas fraternales.

Porque saben bien que el cincel macho
que buscó el arquitrabe y los frisos en sus frentes
nunca ahuyentará al céfiro ni al pájaro.

Golondrinas del cielo, sin miedo a ser sorprendidas
podéis hacer nido en nuestros acantos en flor:
allí no romperéis el ala, cálidas brisas.

Oh hijas de Paros, el sabio tallador,
que puso las facciones de Helena en estos medallones,
huye el como sanguinario guerrero y cobarde cazador de pájaros.

Enfréntate incluso a la tormenta con su aliento áspero
sin temer la carga que pesa sobre tu frente,
porque no soportas la injusticia ni el odio.

Bajo tus orgullosos pórticos, cuyas
líneas radiantes nunca serán sacudidas por ningún insulto,
pasarán los héroes y dioses del amor.

¿Los ves, algunos con enredaderas silvestres
en sus cabellos, aquellos que sostienen en sus pechos
la lira que acompaña el canto de los hombres-cisne?

Aquí está el antepasado Orfeo, atrayendo un enjambre
de abejas, Lyaeus que nos dio embriaguez,
Eros, el benefactor y el pálido asesino.

Y detrás de Afrodita, ángel de la trenza rubia,
aquí están los grandes vencidos cuyo corazón está roto,
todos los desterrados cuya alma está llena de ternura;

todos los que sin descanso se retuercen en llamas
por la sed cruel del amante ideal,
y que van al cielo, magullados a besos,

desde Friné, como el alba oriental,
desde esta leona en busca de un cazador
que bebió su perla en el fondo de la copa fatal.

¡Hasta tú, Prometeo, augusto raptor!
¡Hasta don Juan que busca un lirio en las tormentas!
¡De ti, de ti, gran Safo, hermana mía!

Quise, para el día de las eternas fiestas,
reparar, piadosos hijos de su celosa gloria,
el mirto y los laureles que coronan sus cabezas.

Lavé sus pies polvorientos con mis manos. Y tú,
más bella que el coro de la joven Atlántida,
mientras te mirarán con ojos terribles y tiernos,

¡Saludad a estos mártires, oh mis Cariátides!

Catulle Mendès (1841-1909)

Poeta, novelista, dramaturgo, ensayista, historiador y cuentista, Catulle Mendès, se integró en el movimiento del parnasianismo quizás por influencia de su abuelo, un judío amante de la literatura latina, que propuso que su hijo se llamase Tulio y su nieto Catulo. En París formó parte del círculo de amigos de Théophile Gautier y desposó a su hija Judith. Fundó la *Revue fantaisiste* y en 1863 publicó su primer poemario, *Philoméla*.

Azur, neige, cinabre!

Azur, neige, cinabre!
Splendeur et pur dessin
du sein
dont la pointe se cabre!

Fureurs de l'astre! essor
rouge dans la nuit noire!
Ô gloire
des chevelures d'or!

Aube énorme des pôles!
Baiser torrentiel
du ciel
sur les belles épaules!

Vague dispersion
des célestes fumées
pâmées
dans les bras d'Ixion!

Candeur des citronnelles!
Mânes des lys défunts!
Parfums
des lampes éternelles!

Rythme pompeux du vers!
Blanches apothéoses
des choses
dans les soleils ouverts!

Déchirement des voiles,
et tout ce que l'orgueil
de l'œil
cherche dans les étoiles:

Les Dieux l'ont amassé
dans les bras d'Ariane,
Liane
où je suis enlacé.

Ariane, farouche
habitante des bois,
je bois
les baumes de ta bouche!

C'est toi qui me conduis
à travers l'épouvante
vivante
des forêts et des nuits!

Les bêtes, dans nos courses,
te suivent par convois;
ta voix
charme le cœur des ourses!

Les chats-tigres félons
baisent avec délices
les lisses
rougeurs de tes talons!

Tu courbes la panthère
à subir comme moi
la loi
divine d'un mystère!

Ô reine-enfant! tu peux
interrompre d'un geste
la sieste
des grands lions pompeux,

et, caprices énormes,
rougir leur vaste flanc
du sang
des mûres ou des cormes,

et mêler à foison
leur crinière moins blonde
à l'onde
folle de ta toison,

et bientôt sur les lierres
t'assoupir à demi
parmi
leurs troupes familières,

cependant que le feu
de ta lèvre m'abreuve,
ô veuve
adorable d'un Dieu!

Mais, enfant, puisque l'ombre
des grands ravins te plaît,
il est
une forêt plus sombre.

Ta nuque où l'astre luit
n'a pas d'or sous le peigne
qui teigne
d'aurore cette nuit!

Solitudes funèbres
que roule vers l'enfer
la mer
houleuse des ténèbres!

¡Azur, nieve, cinabrio!

¡Azur, nieve, cinabrio!
¡Esplendor y diseño puro
del pecho
cuya punta se levanta!

¡Furias de estrella! ¡Ascenso rojo
en la noche oscura!
¡Oh gloria
de los cabellos dorados!

¡Enorme amanecer polar!
Beso torrencial
del cielo
¡Sobre hermosos hombros!

¡Vaga dispersión
humo celestial
desvanecido
en los brazos de Ixion!

¡Candor de hierba de limón!
¡Melenas de lirios muertos!
¡Perfumes,
lámparas eternas!

¡Ritmo pomposo del verso!
¡Blancas apoteosis
de las cosas
en soles abiertos!

Desgarro de los velos,
y todo lo que la soberbia
de los ojos
busca en las estrellas:

los dioses lo han amontonado
en los brazos de Ariane,
Liane
donde estoy entrelazado.

¡Ariana, feroz
habitante de los bosques,
bebo
los bálsamos de tu boca!

¡Eres tú quien me guía
a través del pavor
viviente
de los bosques y las noches!

Los animales, en nuestras razas,
te siguen en caravanas;
¡Tu voz
encanta los corazones de los osos!

¡Los traicioneros gatos-tigres
besan con deleite
la tersa
rojez de tus talones!

¡Doblas a la pantera
para sufrir
como yo
la ley divina de un misterio!

¡Oh reina-niña! puedes
interrumpir con un gesto
la siesta
de los grandes leones pomposos,

y, enormes caprichos,
enrojecen su vasto flanco
con la sangre
de moras o cormos,

y mezclar en abundancia
sus melenas menos rubias
con la onda loca
de tu vellón.

Y pronto sobre la hiedra
medio dormirás
entre
sus tropas familiares,

mientras el fuego
de tus labios me apaga,
¡oh adorable
viuda de un Dios!

Pero, niño, como te agrada la sombra
de los grandes barrancos,
hay
un bosque más oscuro.

¡Tu cuello donde brilla la estrella
no tiene oro bajo la peineta
que tiñe
la aurora esta noche!

¡Soledades fúnebres
rodando hacia el infierno!
¡El tormentoso
mar de tinieblas!

Joseph-Albert-Alexandre Glatigny (1839-1873)

Tras debutar en el teatro de su localidad en pequeños papeles, atraído por la vida errante, con diecisiete años se unió a la compañía de cómicos ambulantes de Blanchereau. La lectura de las *Odas funambulescas*, de Théodore de Banville, fue para él una revelación literaria que marcó decisivamente su estilo. Su primera visita a París con la compañía ambulante, trabó conocimiento con Banville, Baudelaire y otros poetas. Gracias a las ayudas de estos poetas y a las de varios editores, publicó en 1860 su primer libro de poemas titulado *Las vides silvestres*, una obra de estilo parnasianista.

Les vignes folles

Vignes folles, grimpez autour du monument.
Vous n'irez pas bien haut, car, en courbant la tête,
Un enfant passerait sous le porche aisément.

Pauvre édifice nain qu'ignore la tempête!
L'homme doit abaisser sa prunelle bien bas
Afin de l'embrasser du sol jusques au faite.

Pourtant, Vignes, prenez à l'entour vos ébats.
Montez, enlacez-vous aux colonnes fragiles
Qui portent le fronton illustré de combats.

Pour marbres de Paros je n'ai que des argiles
Que ne veut même pas employer le potier,
Mais j'ai longtemps dessus passé mes doigts agiles.

J'ai planté sur le seuil un vivace églantier
Qui jette à tous les vents ses roses odorantes
Et que ton aperçoit au détour du sentier.

Quelques jasmins aussi, de rouges amarantes,
Vignes! se marîront à vos belles couleurs,
Que le soleil de juin fera plus apparentes.

Une fraîche Naïade arrose de ses pleurs
Vos tiges vers le ciel lestement élancées
Et mire dans les eaux ses charmantes pâleurs.

C'est l'asile discret d'où sortent mes pensées,
En odes, en chansons dont l'art impérieux
A pris soin d'assouplir les phrases cadencées,

Là, dans un demi-jour faible et mystérieux,
Elles ont essayé la force de leurs ailes,
Avant de prendre enfin leur vol victorieux.

Pareilles maintenant aux vertes demoiselles
Qui rasant la surface inquiète des flots,
Elles vont au hasard vivre loin de chez elles.

Ô choses de mon cœur! ô rires et sanglots!
Où vous entraîneront tes brises incertaines?
Vers quelles oasis ou sur quels noirs îlots?

Les voilà, les voilà qui partent par centaines,
Protège-les, Printemps, dieu des bois reverdis,
Qui te plais aux chansons sonores des fontaines!

Les voilà qui s'en vont, aventuriers hardis.
Hélas! combien d'entre eux sont voués à l'orage
Combien s'arrêteront au seuil du Paradis!

Pourtant rien ne saura vaincre leur fier courage,
Car toujours devant eux, toujours défilent
Les merveilles sans fin d'un lumineux mirage.

Mais, puisqu'ils sont déjà bien loin, Muse au beau front,
Impassible figure aux ondoyantes lignes,
Déesse devant qui mes genoux fléchiront,

Rentrons sous notre toit couvert de filles vignes!

Las vides locas

Vides locas, sube alrededor del monumento.
No subirás muy alto, porque, al agachar la cabeza,
un niño pasaría fácilmente por debajo del porche.

¡Pobre edificio enano ignorado por la tormenta!
El hombre debe bajar la pupila muy bajo
para poder besarla desde el suelo hasta arriba.

Sin embargo, Vignes, déjate llevar por tus payasadas.
Sube, abraza las frágiles columnas
que llevan el frontón ilustrado con batallas.

Para mármoles de Paros sólo tengo arcillas
que el alfarero ni siquiera quiere usar,
pero he pasado mucho tiempo sobre ellas con mis ágiles dedos.

He plantado en el umbral un escaramujo perenne
que arroja al viento sus fragantes rosas
y que tú puedes ver en el recodo del camino.

Algunos jazmines también, amarantos rojos,
¡Vides! se mezclará con tus hermosos colores,
que el sol de junio hará más evidentes.

Una náyade fresca riega con sus lágrimas
tus esbeltos tallos veloces hacia el cielo
y refleja en las aguas su encantadora palidez.

Es el asilo discreto de donde emergen mis pensamientos,
en odas, en canciones cuyo arte imperioso
ha tenido cuidado de suavizar las frases rítmicas.

Allí, en una penumbra débil y misteriosa,
han probado la fuerza de sus alas,
antes de tomar por fin su vuelo victorioso.

Como ahora las damiselas verdes
que rozan la superficie inquieta de las olas,
se marchan al azar a vivir lejos de casa.

¡Oh cosas de mi corazón! ¡Oh risas y sollozos!
¿Adónde te llevarán tus brisas inciertas?
¿Hacia qué oasis o sobre qué islotes negros?

¡Aquí están, aquí van por centenares,
protégelos, Primavera, dios de los verdes bosques,
que te complace con los sonoros cantos de las fuentes!

Aquí van, audaces aventureros.
¡Pobre de mí! ¡Cuántos de ellos están condenados a la tormenta!
¡Cuántos se detendrán en el umbral del Paraíso!

Sin embargo, nada podrá vencer su orgullosa valentía,
porque siempre ante ellos siempre desfilará
las infinitas maravillas de un espejismo luminoso.

Pero, como ya están lejos, Musa de hermosa frente,
rostro impasible de líneas ondulantes,
diosa ante la cual se doblarán mis rodillas,

¡Volvamos bajo nuestro techo cubierto de muchachas de vid!

René François Armand Sully Prudhomme (1839-1907)

Poeta y ensayista francés, ganador del primer Premio Nobel de Literatura en 1901, Prudhomme comenzó a estudiar ingeniería, pero decidió cambiarla por filosofía con el fin de dedicarse a la poesía. En los comienzos de su carrera se unió al parnasianismo y participó en las tres antologías de *Le Parnasse contemporain* con 4 poemas en la primera (1866), 5 poemas en la segunda (1869-71) y uno solo en la última (1876). Mostró su deseo de crear una lírica que expresara las emociones sin personalizarlas. Ocupó el sillón 24 de la Academia Francesa.

À une belle enfant

Sonnet

Quand les heures, pour vous prolongeant la sieste,
Toutes, d'un vol égal et d'un front différent,
Sur vos yeux demi-clos qu'elles vont effleurant,
Bercent de leurs pieds frais l'oisiveté céleste,

Elles marchent pour nous, et leur bande au pied leste,
Dans le premier repos, dès l'aube, nous surprend,
Pousse du pied les vieux et les jeunes du geste,
Sur les coureurs tombés passe comme un torrent;

Esclaves surmenés des heures trop rapides,
Nous mourrons n'ayant fait que nous donner des rides,
Car le beau sous nos fronts demeure inexprimé.

Mais vous, votre art consiste à vous laisser éclore,
Vous qui même en dormant accomplissez encore
Votre beauté, chef-d'œuvre ignorant, mais aimé.

A una hermosa niña

Soneto

Cuando las horas, alargando para ti tu siesta,
todas ellas, con igual vuelo y desde distinta frente,
sobre tus ojos entrecerrados que rozan levemente,
acunan con sus pies frescos la ociosidad celestial,

caminan por nosotros, y su banda de pies veloces,
en el primer descanso, desde el alba, nos sorprende,
empuja con sus pies a viejos y jóvenes,
sobre los corredores caídos pasa como un torrente;

Esclavos con exceso de trabajo de las horas demasiado rápidas,
moriremos sin habernos dado más que arrugas,
porque la belleza bajo nuestras frentes permanece inexpresada.

Pero vosotros, vuestro arte consiste en dejaros eclosionar,
vosotros que aun durmiendo aún realizáis
tu belleza, ignorante pero querida obra maestra.

En deuil

C'est en deuil surtout que je l'aime;
Le noir sied à son front poli,
Et par ce front le chagrin même
Est embelli.

Comme l'ombre le deuil m'attire,
Et c'est mon goût de préférer,
Pour amie, à qui sait sourire
peut pleurer.

J'aime les lèvres en prière;
J'aime à voir couler les trésors
D'une longue et tendre paupière
Fidèle aux morts,

Vierge, heureux qui sort de la vie
Embaumés de tes pleurs pieux;
Mais plus heureux qui les essuie:
Il a tes yeux!

De duelo

Es de luto sobre todo que lo amo:
el negro se adapta a su frente pulida,
y en esta frente incluso el dolor
se embellece.

Como la sombra me atrae el luto,
y es mi gusto preferir,
por amigo, al que sabe sonreír al que sabe
llorar.

Me encantan los labios orantes;
Me encanta ver fluir los tesoros
de un párpado largo y tierno
Fiel a los muertos.

Virgen, feliz que sales de la vida
embalsamada con tus piadosas lágrimas;
Pero más feliz quien los enjuga:
¡Tiene tus ojos!

Fleur sans soleil

Ce qui la peut guérir, cette enfant le repousse.
«Oui, je l'aime, et j'en souffre, et ma douleur m'est douce»,
Dit-elle, «et j'en veux bien mourir.
Sa voix me donne au cœur une vive secousse,
Mais j'en tressaille avec plaisir.

Son pas est différent du pas des autres hommes,
Et si j'entends ce bruit près des lieux où nous sommes,
Ma mère, je rougis d'émoi;
Quand tu parles de lui, quand surtout tu le nommes,
Je baisse les yeux malgré moi.

S'il connaissait le peu qui me rendrait heureuse,
S'il daignait embellir la tombe qu'il me creuse
D'une fleur de son amitié!
Mais il croit que son âme est assez généreuse
En m'honorant de sa pitié».

Et sa mère, qui voit sa langueur malade,
Sa paupière où sans cesse un pleur furtif arrive,
Lui dit tout bas en la priant:
«Viens, quel plaisir veux-tu? veux-tu que je te suive
Sous un nouveau ciel plus riant?».

—Mon plaisir et mon ciel, mère, c'est ma pensée.
Son image en mon cœur doucement caressée,
Voilà mon plaisir aujourd'hui!
Et la mère murmure: «Insensée, insensée,
Tu ne seras jamais à lui».

Ah! si jamais des pleurs dont je fusse la cause
Tombaient de tes yeux bleus sur ta poitrine rose,
Jeune fille au naïf tourment;
Si ta main qui se donne et sur ton cœur se pose
Pour moi sentait un battement;

Si dans ton âme pure où Dieu seul et ta mère
Gravent leurs noms bénis; si dans ce sanctuaire
Mon image aussi pénétrait,
Et si tu restais là rêveuse et solitaire
Pour en évoquer chaque trait;

Si je tenais si bien ta pensée asservie
Qu'un beau voyage au loin ne te fit point envie,
Qu'un autre ciel ne te plût pas,
Et que l'air et le sol n'eussent pour toi de vie
Que par ma voix et par mes pas,

Je te saurais aimer, toi dont l'âme ressemble
À la fleur qui dans l'ombre et se replie et tremble
Et meurt sans le baiser du jour;
«Viens, te dirais-je, viens, soyons heureux ensemble,
Je t'adore pour ton amour».

Flor sin sol

Lo que pueda curarla, este niño lo rechaza.
«Sí, lo amo, y lo sufro, y mi dolor me es dulce»,
dijo, «y quiero morirme de él.
Su voz me da una fuerte sacudida en el corazón,
pero me estremezco de placer.

Su paso es diferente al paso de otros hombres.
Y si escucho este ruido cerca de los lugares donde estamos,
Madre mía, me sonrojo de la emoción;
Cuando hablas de él, especialmente cuando lo nombras,
bajo los ojos a pesar mío.

¡Si supiera lo poco que me haría feliz,
si se dignara embellecer la tumba que me cava
con una flor de su amistad!
Pero él piensa que su alma es lo suficientemente generosa
como para honrarme con su piedad».

Y su madre, que ve su languidez enfermiza,
Su párpado donde constantemente brotan furtivas lágrimas.
Le dice en voz baja, rogándole:
«Ven, ¿qué placer quieres? ¿quieres que te siga
bajo un nuevo cielo más alegre?».

—Mi placer y mi cielo, madre, es mi pensamiento.
Su imagen en mi corazón acarició suavemente.
¡Este es mi placer hoy!
Y la madre murmura: «Tonta, tonta,
nunca serás suya».

¡Ay! si alguna vez lágrimas de las que yo fui la causa
caen de tus ojos azules sobre tu pecho rosado,
jovencita en ingenuo tormento;
Si tu mano que se da y sobre tu corazón surge
para mí sentí un latido;

Si en tu alma pura donde solo Dios y tu madre
graban sus benditos nombres; si en este santuario
también penetró mi imagen,
y si allí permanecisteis soñadores y solitarios
para evocar cada rasgo de él;

Si tuve tan esclavizada tu mente
que un hermoso viaje lejano no te hizo envidiar,
que otro cielo no te agradó,
y que el aire y la tierra no tenían vida para ti
sino por mi voz y por mis pasos,

yo sabría amarte, tú cuya alma se parece a
la flor que en la sombra y se retira y tiembla
y muere sin el beso del día;
«Ven, te diría, ven, seamos felices juntos,
te adoro por tu amor».

François Coppée (1842-1908)

Poeta, dramaturgo y novelista bibliotecario del Senado, archivero de la Comédie Française y miembro de la Academia ha sido reconocido como poeta de los humildes. Publicó *Les Humbles* (1872), *Le Cahier rouge* (1874), *Olivier* (1875), *L'Exilée* (1876), *Contes en vers* (1881), *Poèmes et récits* (1886), *Arrière-saison* (1887) y *Paroles sincères* (1890).

Vers le passé

Longuement poursuivi par le spleen détesté,
Quand je vais dans les champs, par les beaux soirs d'été,
Au grand air rafraîchir mes tempes,
Je ris de voir, le long des bois, les fiancés
Cheminer lentement, deux par deux, enlacés
Comme dans les vieilles estampes.

Car je dédaigne enfin les baisers puérils
Et la foi des seize ans, fleur brève des avrils,
Éphémère duvet des pêches,
Qui fait qu'on se contente et qu'on est trop heureux,
Si la femme qu'on aime a les bras amoureux,
L'âme neuve et les lèvres fraîches.

Elle est évanouie à jamais, la candeur
Qui fait que l'on s'éprend d'un petit air boudeur
Qui n'est bien qu'à travers le voile,
Et qu'on n'a pas de mots assez ambitieux
Pour dire à ses amis qu'elle a de jolis yeux
Couleur de bleuet et d'étoile.

Et c'est la fin. Mon cœur, quitté des anciens vœux,
Ne saura plus le charme infini des aveux
Et ce bonheur qui vous inonde,
Parce qu'un soir de mai, dans les bois, à Meudon,
Sur votre épaule avec un geste d'abandon
Elle a posé sa tête blonde.

Et pourtant j'ai connu tout cela; j'ai connu
Même ces doux projets de bonheur ingénu
Dont l'âme si bien s'accommode:
L'hiver, le coin du feu, la chambre aux sourds tapis,
Et, dans un frais berceau, deux enfants assoupis
Après de leur mère qui brode.

Mais cet espoir, hélas! d'un avenir doré,
Ces apparitions, ces rêves ont duré
Le temps d'une aube boréale,
Et mon esprit partit aux pays fabuleux
Où l'on pense cueillir les camélias bleus
Et trouver l'amour idéale.

Là, j'ai beaucoup souffert, et j'en reviens meurtri.
En d'indignes plaisirs à jamais j'ai flétri
Les saintes blancheurs de mon âme.
Je reviens du rivage où j'avais émigré,
Et j'ai le front très pâle; et cependant, malgré
Ce que j'ai souffert par la femme,

Malgré ce cœur brisé, sans espoir et sans foi,
Ces débauches qu'on fait à la fin malgré soi
Comme de hideuses besognes,
Sans cesse je retourne à mon passé riant,
Ainsi qu'aux premiers froids toujours vers l'Orient
Reviennent les blanches cigognes.

Hacia el pasado

Largamente perseguido por el odiado spleen,
cuando voy al campo, en las hermosas tardes de verano,
al aire libre para refrescar mis sienes,
me río al ver, a lo largo del bosque,
la pareja de novios
caminar lentamente, de dos en dos, entrelazados
como en grabados antiguos.

Porque desprecio finalmente los besos infantiles
y la fe de los dieciséis años,
breve flor de abril,
efímero plumón de melocotones,
que hace a uno contento y demasiado feliz,
si la mujer que ama tiene brazos enamorados,
un alma nueva y labios frescos.

Se ha desvanecido para siempre, el candor
que enamora con un poco de aire malhumorado
que sólo es bueno a través del velo,
y que uno no tiene palabras lo suficientemente ambiciosas
para decir a sus amigas que tiene lindos ojos
color de acianos y estrellas.

Y este es el final.
Mi corazón, abandonado por viejos votos,
ya no conocerá el encanto infinito de las confesiones
y esta felicidad que te inunda,
porque una tarde de mayo, en el bosque, en Meudon,
sobre tu hombro con gesto de abandono
ella puso su rubia cabeza.

Y sin embargo yo sabía todo eso;
He conocido
hasta esos dulces proyectos de ingeniosa felicidad
con que el alma se adapta tan bien:
El invierno, la lumbre, el cuarto de los sordos alfombrado,
y, en una fresca cuna, dos niños dormitando
junto a su madre que borda.

Pero esta esperanza, ¡ay! de un futuro dorado,
estas apariciones, estos sueños duraron
el tiempo de un amanecer del norte.
Y mi espíritu se fue a las tierras fabulosas
donde se piensa recoger camelias azules
y encontrar el amor ideal.

Allí sufrí mucho y vuelvo magullado.
En placeres indignos he marchitado para siempre
la santa blancura de mi alma.
Vuelvo de la orilla donde había emigrado,
y mi frente está muy pálida; y, sin embargo, a pesar de
lo que sufrí por la mujer.

A pesar de este corazón roto, sin esperanza y sin fe,
estos libertinajes que uno hace al final a pesar de sí mismo
como tareas horribles,
vuelvo sin cesar a mi pasado risueño,
así como al primer frío siempre hacia el Este
las mujeres blancas cigüeñas de vuelta.

Léon Dierx (1838-1912)

Nació en la isla de Reunión en la Villa Déramond-Barre adquirida por su abuelo en 1830. Allí vivió hasta 1860 cuando se instaló en la Francia metropolitana. En 1864 se unió al grupo de los poetas parnasianos y mantuvo una estrecha amistad con Guy de Maupassant, quien le dedicó su novela *Regret*. Participó sucesivamente en las tres antologías de *Le Parnasse contemporain*. Tras la muerte de Stéphane Mallarmé, desde 1898 fue considerado como príncipe de los poetas. Fundó en 1902 la Sociedad de Poetas Franceses, junto a José María de Heredia y Sully Prudhomme.

Aspirations, poésies

À mes deux mères

Avant de terminer, mère, un dernier volume,
Je suis venu, d'un pas ému, te l'apporter.
Mère, au bord de ta fosse, où l'oiseau vient chanter,
Sens-tu mon pied fouler le sol que mai parfume?...
Mère, dans ton cercueil, reconnais-tu ma voix?...
Avant d'ouvrir mon livre au grand souffle des cimes,
Je suis venu t'offrir l'hommage de ces rimes,
Certain que tu m'entends, certain que tu me vois.
Mère, écarte un moment le suaire qui cache
Ton front dont les rayons éclairaient mon chemin,
Ouvre tes yeux et prends ces feuillets dans ta main:
La pudeur et la foi n'y verront pas de tache.
Lis ces vers ou mon âme a versé tout son feu,
Et sur qui sans danger s'abaisse l'œil des vierges.
Quelques-uns sont éclos à la lueur des cierges,
Presque tous sous l'éclat du grand firmament bleu.
J'ai fait dans la retraite un livre austère et chaste;
J'ai chanté pour le Christ et pour la vérité.
J'ai mis dans mes accents toute la probité
Qu'épancha dans le mien ton cœur enthousiaste.
J'ai chanté pour l'art saint et pour les saints autels,
Malgré la surdité coupable de l'époque.
J'ai chanté le passé que notre histoire évoque,
J'ai chanté des aïeux les labeurs immortels.
J'ai vanté les splendeurs de la rive natale,
Que ton âme d'artiste aimait avec fierté;

J'ai dit de ses forêts la sombre majesté,
Et de ses ciels d'hiver la froideur idéale.
J'ai loué les vaincus non moins que les vainqueurs;
J'ai fait parfois pleurer, bien rarement sourire;
Pour aider les souffrants, souvent avec ma lyre
Je suis allé frapper à la porte des cœurs.
Dans mon livre j'ai mis ce qui pouvait te plaire;
Baise-le maintenant! Oui, daigne le bénir,
Pour qu'il vive à jamais, et dise à l'avenir
Que ton fils t'adorait, ô ma mère! ô ma mère!

A mis dos madres

Antes de terminar, madre, un último volumen,
vine, con paso movido, a traértelo.
Madre, al borde de tu hoyo, donde el pájaro viene a cantar,
¿sientes mi pie pisando la tierra que mayo perfuma?...
Madre, en tu ataúd, ¿reconoces mi voz?...
Antes de abrir mi libro al gran soplo de las cumbres,
he venido a ofrecerte el homenaje de estas rimas,
seguro que me escuchas, seguro que me ves.
Madre, deja de lado por un momento el sudario que esconde
tu frente cuyos rayos iluminaron mi camino,
abre los ojos y toma estas hojas en tu mano:
La modestia y la fe no verán mancha.
Lee estos versos donde mi alma derramó todo su fuego,
y sobre quien sin peligro cae el ojo de las vírgenes.
Algunos nacen a la luz de las velas,
casi todo bajo el resplandor del gran firmamento azul.
En el retiro escribí un libro austero y casto;
Canté por Cristo y por la verdad.
Pongo en mis acentos toda la probidad
que tu corazón entusiasta se derramó en el mío.
He cantado por el arte sagrado y por los altares sagrados,
a pesar de la sordera culpable de la época.
Canté el pasado que evoca nuestra historia,
he cantado sobre los trabajos inmortales de los antepasados.
Alabé los esplendores de mi tierra natal,
que tu alma artística amó con orgullo;
Dije de sus bosques la oscura majestad,
y de sus cielos invernales la frialdad ideal.
He elogiado a los vencidos no menos que a los vencedores;
A veces he hecho llorar a la gente, muy pocas veces sonreír;
Para ayudar a los que sufren, a menudo con mi lira
fui a llamar a la puerta de los corazones.
En mi libro pongo lo que podría complacerte;
¡A la mierda ahora! Sí, dignate bendecirlo,
para que pueda vivir para siempre, y decir en el futuro
¡cómo te adoraba tu hijo, oh madre mía! ¡Ay madre mía!

Lazare

À Leconte de Lisle

À la voix de Jésus Lazare s'éveilla;
Livide, il se dressa debout dans les ténèbres;
Il sortit tressaillant dans ses langes funèbres,
Puis, tout droit devant lui, grave et seul s'en alla.

Seul et grave, il marcha depuis lors dans la ville,
Comme cherchant quelqu'un qu'il ne retrouvait pas,
Et se heurtant partout, à chacun de ses pas,
Aux choses de la vie, à la plèbe servile!

[...]

La mort eut-elle à peine au jour rendu sa proie,
Dans l'ombre tu rentras, spectre mystérieux,
Passant calme à travers les peuples furieux,
Et ne connaissant plus leur douleur ni leur joie.

Dans ta seconde vie, insensible et muet,
Tu ne laissas chez eux qu'un souvenir sans trace.
As-tu subi deux fois l'étreinte qui terrasse,
Pour regagner l'azur qui vers toi reflueait?

—Oh! Que de fois, à l'heure où l'ombre emplit l'espace,
Loin des vivants, dressant sur le fond d'or du ciel
Ta grande forme aux bras levés vers l'Eternel;
Appelant par son nom l'ange attardé qui passe;

Que de fois l'on te vit dans les gazons épais,
Seul et grave, rôder autour des cimetières,
Enviant tous ces morts, qui dans leurs lits de pierres
Un jour s'étaient couchés pour n'en sortir jamais!¹⁰

¹⁰ Dierx, L. 1864, *Poèmes et poésies*, Paris, Ed. Hachette. *Les Lèvres closes*, 1867. Texte en ligne *Les paroles du vaincu*. 1871, Publisher, A. Lemerre. *La Rencontre, scène dramatique en vers*, Paris, Salle Taitbout, 24 février 1875. *Les Amants, poésies*, 1879, *Poésies complètes*, 2 vol., 1889-1890. *Œuvres complètes*, 2 vol., 1894-1912.

Lázaro

Y Lázaro a la voz de Jesús despertó,
lívido, en las tinieblas alzose de repente;
Con sus fúnebres trabas avanzó torpemente,
después, de todo erguido, grave y solo, partió.

Solo y grave, de entonces marchó por la ciudad,
como buscando en ella a alguien que no encontraba,
chocando contra todo lo que a su paso hallaba,
de la vida en las cosas, en la hirviente ruindad.

Bajo su frente pálida, abriantada cera,
sus vidriosas pupilas, faltas de resplandores,
como al tenaz recuerdo de eternos esplendores
parecían privadas de mirar hacia afuera.

Y vacilante andaba, como un niño, abismado
como un loco. A su paso la multitud se abría.
No osando nadie hablarle, al azar discurría,
como hombre que se asfixia en un aire viciado.

No comprendiendo ya nada del vil zumbido
de la tierra, abstrayéndose en un sueño indecible,
pavoroso advirtiéndolo su secreto terrible,
pausado iba y tornaba en silencio sumido.

Con el temblor, a veces, que la fiebre provoca,
en actitud de hablar, las manos extendían;
Pero el vocablo incierto aún del último día
un invisible dedo detenía en su boca.

Todos los de Betania, bravos, fuertes o flojos,
tomaron miedo a este hombre; solo iba él gravemente;
Se le helaba en las venas la sangre al más valiente
ante el horror inquieto que nadaba en sus ojos.

¡Ah! ¡Quién decir podría tu extrahumano suplicio
al venir del sepulcro donde están descansando
todos, y del que tornas, por la ciudad llevando
la mortaja a tu cuerpo ceñida cual cilicio!

¡Resucitado pálido, mordido de gusanos!...
¿Puedes tentar de nuevo las luchas de este mundo
oh tú, que oculta llevas, en tu estupor profundo,
la misteriosa ciencia vedada a los humanos?

Apenas aún la noche volvió su presa al día
tú en la noche reentraste, soñador misterioso,
Espectro inerte, ajeno de la vida al furioso
batallar, que contemplas sin dolor ni alegría.

En esta otra existencia insensible y callada
no deja una reliquia tu recuerdo en la tierra.
¿Has sufrido dos veces el ósculo que aterra
para en la azur esfera entrar, ya antes lograda?

¡Cuántas veces, oh!, a la hora en que es la luz ya escasa
tu gran forma en el cielo, lejos de los vivientes
se vio, alzando al Eterno los brazos reverentes,
dando su nombre al ángel que retardado pasa;

¡Cuántas, ay, solo y grave, en los céspedes bellos
se te vio, entre las tumbas matizadas de hiedra,
enviciando a los muertos que en sus lechos de piedra
un día se acostaron para no alzarse de ellos!¹¹

¹¹ Tomado de: <https://www.isliada.org/poetas/leon-dierx/>.

Louis Ménard (1822-1901)

Compañero de Baudelaire en el Liceo Louis-le-Grand, tras publicar en 1843 el libro *Prometeo liberado* bajo el seudónimo de Luis de Senneville, se dedicó a sus investigaciones químicas. Durante la revolución de 1848 publicó un libro por el que fue amenazado con la cárcel y obligado a exiliarse a Londres y Bruselas. Conoció a Karl Marx y se interesó por la poesía clásica griega. Tras su regreso a París publicó una primera colección de poemas en 1855 con la intención de revivir el espíritu de la época precristiana. También colaboró en las dos primeras antologías de *Le Parnasse Contemporain*. En 1867 publicó su traducción de *Hermes Trimégisto*, y, en 1876, *Rêveries d'un païen mystique (Ensoñaciones de un pagano místico)*, en el que mezcla poesía y la filosofía mística.

Poèmes et Rêveries d'un païen mystique, 1896

L'athlète

Je suis initié, je connais le mystère
De la vie: une arène où l'immortalité
Est le prix de la lutte, et je m'y suis jeté
Librement, voulant naître et vivre sur la terre.

Les héros demi-dieux ont souffert et lutté
Pour conquérir au ciel leur place héréditaire:
Que la lutte virile et la douleur austère
Trempe comme l'airain ma libre volonté.

Suivons sans peur le cours de nos métempsycoses,
Et de l'ascension montons le dur chemin,
Sous les yeux de nos morts qui nous tendent la main.

Ils recevront, du haut de leurs apothéoses,
Dans l'olympé étoilé conquis par leur vertu,
L'âme qui combattra comme ils ont combattu.

El atleta

Soy iniciado, conozco el misterio
de la vida: arena donde la inmortalidad
es el precio de la lucha, y a ella me lancé
libremente, queriendo nacer y vivir en la tierra.

Héroes semidioses han sufrido y luchado
para ganar su lugar hereditario en el cielo:
que la lucha varonil y el dolor austero
templen mi libre albedrío como el bronce.

Sigamos sin temor el curso de nuestras metempsicosis,
y desde la ascensión trepemos por el camino duro,
bajo la mirada de nuestros muertos que nos tienden la mano.

Ellos recibirán, desde lo alto de su apoteosis,
en el estrellado Olimpo conquistado por su virtud,
el alma que luchará como ellos lucharon¹².

¹² Louis Ménard, *Sueños de un pagano místico*. Prologue d'une révolution, La Fabrique (reedición moderna), 2007.

José María de Heredia (1842-1905)

Hijo de padre cubano y de madre francesa, viajó a Francia a los nueve años, en 1851, donde cursó el bachillerato hasta 1859. Estudió en la École des Chartres de París, y comenzó a escribir sus primeros poemas influidos por la escuela parnasiana. En 1863 conoció a Leconte de Lisle, y, a partir de 1866, colaboró en la revista *El Parnaso Contemporáneo*. Fue amigo Sully Prudhomme y de Catulle Mendès, y publicó sus poemas en revistas como *Revue des Deux Mondes*, *Le Temps* y *Le Journal des Débats*.

Contribuyó decisivamente a la difusión en Francia de la historia española e hispanoamericana del siglo XVI con poemas propios y con traducciones en francés de obras españolas. También tradujo del latín, francés e inglés a Horacio, Lamartine, Ossian y Lord Byron. En 1894 fue elegido miembro de la Academia francesa. François Coppée pronunció discurso de recepción. Con ocasión de la visita de los zares rusos a París compuso su poema *Salut à l'Empereur* que leyó en una solemne ceremonia el día en que se colocó la primera piedra del puente de Alejandro III, ante los zares.

À leurs Majestés L'Empereur et l'Impératrice de Russie

Salut à l'Empereur

Pax et Robur

Très illustre Empereur, fils d'Alexandre Trois!
La France, pour fêter ta grande bienvenue,
Dans la langue des Dieux par ma voix te salue,
Car le poète seul peut tutoyer les rois.

Et Vous, qui près de Lui, Madame, à cette fête
Pouviez seule donner la suprême beauté,
Souffrez que je salue en Votre Majesté
La divine douceur dont votre grâce est faite.

Voici Paris! Pour vous les acclamations
Montent de la cité riante et pavoisée
Qui, partout, aux palais comme à l'humble croisée,
Unit les trois couleurs de nos deux nations.

Pour vous, Paris en fête, au long du large fleuve
Qui roule dans ses flots les sons et les couleurs,
Gigantesque bouquet de flammes et de fleurs,
Met aux arbres d'automne une floraison neuve.

Et sur le ciel au loin, ce Dôme éblouissant
Garde encor des héros de l'époque lointaine
Où Russes et Français en un tournoi sans haine,
Prévoyant l'avenir, mêlaient déjà leur sang.

Sous ses peupliers d'or, la Seine aux belles rives
Vous porte la rumeur de son peuple joyeux;
Nobles hôtes, vers vous les cœurs suivent les yeux.
La France vous salue avec ses forces vives!

La Force accomplira les travaux éclatants
De la Paix, et ce pont jetant une arche immense
Du siècle qui finit à celui qui commence,
Est fait pour relier les peuples et les temps.

Qu'il soit indestructible, hospitalier à l'hôte,
Que le ciment, la pierre, et que le métal pur
S'y joignent, et qu'il soit assez large et si sûr
Que les peuples unis y passent côte à côte.

Et quand l'aube du siècle à venir aura lui,
Paris, en un transport d'universelle joie,
Ouvrira fièrement la triomphale voie
Au couple triomphal qu'il acclame aujourd'hui.

Sur la berge historique avant que de descendre,
Si ton généreux cœur aux cœurs français répond,
Médite gravement, rêve devant ce pont,
La France le consacre à ton père Alexandre.

Tel que ton père fut, sois fort et sois humain.
Garde au fourreau l'épée illustrement trempée,
Et, guerrier pacifique appuyé sur l'épée,
Tsar, regarde tourner le globe dans ta main.

Le geste impérial en maintient l'équilibre;
Ton bras doublement fort n'en est point fatigué.
Car Alexandre, avec l'Empire, t'a légué
L'honneur d'avoir conquis l'amour d'un peuple libre!

Oui, ton père a lié d'un lien fraternel
La France et la Russie en la même espérance;
Tsar, écoute aujourd'hui la Russie et la France
Bénir, avec le tien, le saint nom paternel.

Achève donc son œuvre. Héritier de sa gloire,
De ta loyale main prends l'outil vierge encor,
Étale le mortier sous la truelle d'or,
Frappe avec le marteau d'acier, d'or et d'ivoire;

Viens!... Puisse l'Avenir t'imposer à jamais
Le surnom glorieux de ton ancêtre Pierre,
Noble Empereur qui vas sceller la grande pierre,
Granit inébranlable où siégera la Paix!

*A Sus Majestades el Emperador
y la Emperatriz de Rusia*

Saludo al Emperador

Paz y Poder

¡Ilustrísimo Emperador, hijo de Alejandro Tres!
Francia, para celebrar tu gran acogida,
en el lenguaje de los Dioses por mi voz te saluda,
porque sólo el poeta puede dirigirse a los reyes en términos familiares.

Y Tú, que, junto a Él, Señora, en esta fiesta
sola pudiste dar suprema belleza,
permíteme saludar en Vuestra Majestad
la divina dulzura de que está hecha vuestra gracia.

¡Aquí está París! Por ti suben las aclamaciones
de la ciudad sonriente y engalanada
que, por todas partes, en los palacios
como en las humildes encrucijadas,
une los tres colores de nuestras dos naciones.

Para ti, París en fiesta, a lo largo del ancho río
que hace rodar en sus olas los sonidos y los colores,
gigantesco ramo de llamas y flores
da a los árboles de otoño una nueva floración.

Y en el cielo a lo lejos, esta cúpula deslumbrante
todavía guarda a los héroes del tiempo lejano
donde rusos y franceses en un torneo sin odio,
previendo el futuro, ya mezclaron su sangre.

Bajo sus álamos dorados,
el Sena con sus hermosas orillas
te trae el murmullo de su gente alegre;
nobles anfitriones, hacia vosotros los corazones siguen a los ojos.
¡Francia os saluda con sus fuerzas vitales!

La fuerza cumplirá las deslumbrantes obras
de la Paz, y este puente tirando un arco inmenso
del siglo que termina al que comienza,
está hecho para enlazar pueblos y tiempos.

Que sea indestructible, hospitalario con la hueste,
que cemento, piedra y metal puro
se unan a él, y que sea lo suficientemente ancho y tan seguro
que pueblos unidos pasen por él de lado a lado.

Y cuando el amanecer del siglo venidero lo tenga,
París, en un transporte de alegría universal,
abrirá orgulloso el camino triunfal
a la pareja triunfal que hoy aclama.

En la ribera histórica antes de descender,
si tu corazón generoso a los corazones franceses responde,
medita gravemente, sueña frente a este puente,
Francia lo dedica a tu padre Alejandro.

Como lo fue tu padre, sé fuerte y sé humano,
envaina la espada ilustremente templada,
y, pacífico guerrero apoyado en la espada,
zar, mira girar el globo en tu mano.

El gesto imperial mantiene su equilibrio;
tu brazo doblemente fuerte no se cansa.
¡Porque Alejandro, con el Imperio, os legó
el honor de haber conquistado el amor de un pueblo libre!

Sí, vuestro padre ha unido a
Francia y Rusia con un lazo fraternal en la misma esperanza;
Zar, escucha hoy a Rusia y a Francia
bendecir, con el tuyo, el santo nombre paterno.

Así que termina su trabajo. Heredero de su gloria,
de tu mano leal toma la herramienta aún virgen,
extiende la argamasa bajo la llana de oro,
golpea con el martillo de acero, oro y marfil;

¡Ven!... ¡Que el Futuro te imponga para siempre
el glorioso sobrenombre de tu antepasado Pedro,
noble Emperador que sellará la gran piedra,
granito inquebrantable donde se sentará la Paz!

Théophile Gautier (1811-1872)

Director de la *Revue de Paris* y de *L'Artiste*, inicialmente fue defensor del movimiento romántico encabezado por Victor Hugo y cultivó varios géneros literarios. En el prólogo de su novela *Mademoiselle de Maupin* (1835), explica su defensa del «arte por el arte», y en su obra lírica *Esmaltes y camafeos* (1852), reúne unos poemas sobre el paisaje cuyos juegos de imágenes inspiraron a varios poetas parnasianos. En 1845 publicó sus *Poesías completas*, y ese mismo año formó parte del «club des hachichins», donde conoció a Charles Baudelaire, quien doce años después le dedicó *Las flores del mal*, obra que le inspiró el ensayo *Le Club des hachichins* (1846). Gautier publicó en 1844 *Los grotescos*, estudios sobre antiguos autores franceses¹³.

L'art

Oui, l'oeuvre sort plus belle
D'une forme au travail
Rebelle,
Vers, marbre, onyx, émail.

Point de contraintes fausses!
Mais que pour marcher droit
Tu chausse,
Muse, un cothurne étroit.

Fi du rythme commode,
Comme un soulier trop grand,
Du mode
Que tout pied quitte et prend!

Statuaire, repousse
L'argile que pétrit
Le pouce,
Quand flotte ailleurs l'esprit;

¹³ Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. «Biografía de Théophile Gautier». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/gautier.htm> [fecha de acceso: 20 de diciembre de 2022].

Lutte avec le carrare,
Avec le paros dur
Et rare,
Gardiens du contour pur;

Emprunte à Syracuse
Son bronze où fermement
S'accuse
Le trait fier et charmant;

D'une main délicate
Poursuis dans un filon
D'agate
Le profil d'Apollon.

Peintre, fuis l'aquarelle,
Et fixe la couleur
Trop frêle
Au four de l'émailleur.

Fais les sirènes bleues,
Tordant de cent façons
Leurs queues,
Les monstres des blasons;

Dans son nimbe trilobe
La Vierge et son Jésus,
Le globe
Avec la croix dessus.

Tout passe. L'art robuste
Seul a l'éternité.
Le buste
Survit à la cité.

Et la médaille austère
Que trouve un laboureur
Sous terre
Révèle un empereur.

Les dieux eux-mêmes meurent
Mais les vers souverains
Demeurent
Plus forts que les airains.

Sculpte, lime, cisèle;
Que ton rêve flottant
Se scelle
Dans le bloc résistant!

El arte

Sí, la obra nace más bella
de una forma rebelde
al trabajo,
verso, mármol, ónix, esmalte.

¡Fuera falsas exigencias!
Pero un estrecho coturno
puedes llevar,
Musa, para ir derecha.

¡Huye del ritmo cómodo
cuál moda pasajera,
del zapato
que se prueba y deja!

Rechaza el esfuerzo
del pulgar sobre la arcilla,
escultor,
si el espíritu se aleja;

enfrentate al carrara,
al paros duro y raro,
de la pureza
del contorno guardianes;

encarga en Siracusa
el bronce que bien firme
acusa
el rasgo fiero y grácil;

y, con mano delicada,
encuentra el perfil
de Apolo
en un filón de ágata.

No practiques la acuarela,
pintor, y fija el color
desvaído
en el horno esmaltador.

Pinta azules las Sirenas
torciendo de mil formas
las colas,
monstruos de los blasones,

y, en el trébol del nimbo,
bajo la cruz que domina
el globo,
pon la Virgen con el Niño.

Todo pasa. El arte robusto
sólo tiene la eternidad.
El busto
sobrevive a la ciudad,

y la austera medalla
que halla un labrador
bajo tierra
revela un emperador.

Los dioses mismos mueren.
Pero los versos soberanos
permanecen,
más fuertes que los bronces.

Esculpe, lima, cincela;
¡que tu sueño evanescente
se selle
en el bloque resistente!¹⁴

¹⁴ Versión de Amalia Forte Mármol, *Libellés: Théophile Gautier*.

EL SIMBOLISMO

Originado en Francia en la tercera parte del siglo XIX, el Simbolismo es una respuesta contra el naturalismo y el realismo. Concibe la poesía como una vía para descubrir la realidad subyacente en los objetos y en los episodios a través de símbolos y de un lenguaje metafórico¹⁵. Se diferencia del parnasianismo por prestar menor atención a los modelos métricos tradicionales y por valorar más el ritmo y la musicalidad de la palabra que sus contenidos. En un manifiesto literario publicado en 1885 Jean Moréas¹⁶ lo definió como «enemigo de la enseñanza, la declamación, la falsa sensibilidad y la descripción objetiva»¹⁷.

Los simbolistas se apartaron del parnasianismo porque no compartían su devoción por la métrica perfecta y por su preferencia de una versificación más libre. Es cierto, sin embargo, que acogieron varias características parnasianas como el gusto por los juegos de palabras, la musicalidad de los versos y, sobre todo, el lema de Théophile Gautier de «El arte por el arte». Se separaron definitivamente tras la mofa que Arthur Rimbaud y otros poetas hicieron del estilo perfeccionista parnasiano.

¹⁵ El movimiento simbolista reacciona contra los valores del materialismo y del pragmatismo de la sociedad industrial, reivindicando la búsqueda interior y la verdad universal y para ello se sirven de los sueños que, influidos por Freud, los conciben como expresiones de la realidad.

¹⁶ Ioannis Papadiamantopoulos, conocido como Jean Moréas (1856-1910), fue un poeta simbolista griego de expresión francesa, ensayista y crítico de arte. Su «manifiesto simbolista» define el Simbolismo como enemigo de la enseñanza, la declamación, la falsa sensibilidad, la descripción objetiva, porque su objetivo no está en sí mismo, sino en expresar el Ideal: «Elà des apparences sensibles destinées à représenter leurs affinités ésotériques avec des Idées primordiales».

¹⁷ Aparecieron novelas como *A contrapelo*, de Joris-Karl Huysmans, con temas relacionados con la estética simbolista. Oscar Wilde imitó esta novela en su obra *El retrato de Dorian Gray*. En el teatro, la obra *Axël*, también de Villiers de L'Isle-Adam y la tragedia *Salomé* de Oscar Wilde.

Charles Baudelaire (1821-1867)

Charles Baudelaire, considerado padre de la lírica moderna y punto de partida del Parnasianismo, el Decadentismo, el Simbolismo y el Modernismo, fue el primer escritor que reaccionó contra el Realismo y el Naturalismo. La publicación de *Las flores del mal*, en 1857, considerada como una «ofensa a la moral pública y las buenas costumbres», generó una violenta polémica y su procesamiento. En *Los paraísos artificiales* (1858-1860) se advierte la influencia del inglés De Quincey¹⁸.

Bénédiction

Lorsque, par un décret des puissances suprêmes,
Le Poète apparaît en ce monde ennuyé,
Sa mère épouvantée et pleine de blasphèmes
Crispe ses poings vers Dieu, qui la prend en pitié:
—«Ah! que n'ai-je mis bas tout un nœud de vipères,
Plutôt que de nourrir cette dérision!
Maudite soit la nuit aux plaisirs éphémères
Où mon ventre a conçu mon expiation!
Puisque tu m'as choisie entre toutes les femmes
Pour être le dégoût de mon triste mari,
Et que je ne puis pas rejeter dans les flammes,
Comme un billet d'amour, ce monstre rabougri,
Je ferai rejaillir ta haine qui m'accable
Sur l'instrument maudit de tes méchancetés,
Et je tordrai si bien cet arbre misérable,
Qu'il ne pourra pousser ses boutons empestés!».
Elle ravale ainsi l'écume de sa haine,
Et, ne comprenant pas les desseins éternels,
Elle-même prépare au fond de la Géhenne
Les bûchers consacrés aux crimes maternels.
Pourtant, sous la tutelle invisible d'un Ange,
L'Enfant déshérité s'enivre de soleil,
Et dans tout ce qu'il boit et dans tout ce qu'il mange

¹⁸ Recuerdo también a otros escritores que fueron relevantes en el movimiento simbolista como, por ejemplo, Georges Rodenbach, Henri de Régnier, Camille Mauclair, Charles Guérin, Marie Krysinska, Jean Lorrain, Camille Le Ry o Pierre Louÿs.

Retrouve l'ambrosie et le nectar vermeil.
 Il joue avec le vent, cause avec le nuage,
 Et s'enivre en chantant du chemin de la croix;
 Et l'Esprit qui le suit dans son pèlerinage
 Pleure de le voir gai comme un oiseau des bois.
 Tous ceux qu'il veut aimer l'observent avec crainte,
 Ou bien, s'enhardissant de sa tranquillité,
 Cherchent à qui saura lui tirer une plainte,
 Et font sur lui l'essai de leur férocité.
 Dans le pain et le vin destinés à sa bouche
 Ils mêlent de la cendre avec d'impurs crachats;
 Avec hypocrisie ils jettent ce qu'il touche,
 Et s'accusent d'avoir mis leurs pieds dans ses pas.
 Sa femme va criant sur les places publiques:
 «Puisqu'il me trouve assez belle pour m'adorer,
 Je ferai le métier des idoles antiques,
 Et comme elles je veux me faire redorer;
 Et je me soûlerai de nard, d'encens, de myrrhe,
 De genuflexions, de viandes et de vins,
 Pour savoir si je puis dans un cœur qui m'admire
 Usurper en riant les hommages divins!
 Et, quand je m'ennuierai de ces farces impies,
 Je poserai sur lui ma frêle et forte main;
 Et mes ongles, pareils aux ongles des harpies,
 Sauront jusqu'à son cœur se frayer un chemin.
 Comme un tout jeune oiseau qui tremble et qui palpite,
 J'arracherai ce cœur tout rouge de son sein,
 Et, pour rassasier ma bête favorite,
 Je le lui jetterai par terre avec dédain!».

Vers le Ciel, où son œil voit un trône splendide,
 Le Poète serein lève ses bras pieux,
 Et les vastes éclairs de son esprit lucide
 Lui dérobent l'aspect des peuples furieux:
 —«Soyez béni, mon Dieu, qui donnez la souffrance
 Comme un divin remède à nos impuretés
 Et comme la meilleure et la plus pure essence
 Qui prépare les forts aux saintes voluptés!
 Je sais que vous gardez une place au Poète
 Dans les rangs bienheureux des saintes Légions,
 Et que vous l'invitez à l'éternelle fête
 Des Trônes, des Vertus, des Dominations.
 Je sais que la douleur est la noblesse unique
 Où ne mordront jamais la terre et les enfers,
 Et qu'il faut pour tresser ma couronne mystique
 Imposer tous les temps et tous les univers.
 Mais les bijoux perdus de l'antique Palmyre,
 Les métaux inconnus, les perles de la mer,
 Par votre main montés, ne pourraient pas suffire
 À ce beau diadème éblouissant et clair;
 Car il ne sera fait que de pure lumière,
 Puisée au foyer saint des rayons primitifs,
 Et dont les yeux mortels, dans leur splendeur entière,
 Ne sont que des miroirs obscurcis et plaintifs!».

Bendición

Cuando, por un decreto de las potencias supremas,
el Poeta aparece en este mundo hastiado,
su madre espantada y llena de blasfemias
crispa sus puños hacia Dios, que de ella se apiada:

«¡Ah! ¡no haber parido todo un nudo de víboras,
antes que amamantar esta irrisión!
¡Maldita sea la noche de placeres efímeros
en que mi vientre concibió mi expiación!

Puesto que tú me has escogido entre todas las mujeres
para ser el asco de mi triste marido,
y como yo no puedo arrojar a las llamas,
como una esquila de amor, este monstruo esmirriado,

¡haré rebotar tu odio que me agobia
sobre el instrumento maldito de tus perversidades,
y retorceré tan fuertemente este árbol miserable,
que no podrán retoñar sus brotes apestados!».

Ella vuelve a tragar la espuma de su odio,
y, no comprendiendo los designios eternos,
ella misma prepara en el fondo de la Gehena
las hogueras consagradas a los crímenes maternos.

Sin embargo, bajo la tutela invisible de un Ángel,
el Niño desheredado se embriaga de sol,
y en todo cuanto bebe y en todo cuanto come,
encuentra la ambrosía y el néctar bermejo.

Juega con el viento, conversa con la nube,
y se embriaga cantando el camino de la cruz;
y el Espíritu que le sigue en su peregrinaje
llora al verle alegre cual pájaro de los bosques.

Todos aquellos a los que él quiere lo observan con temor,
o bien, enardeciéndose con su tranquilidad,
buscan al que sabrá arrancarle una queja,
y hacen sobre Él el ensayo de su ferocidad.

En el pan y en el vino destinados a su boca
mezclan la ceniza con los impuros escupitajos;
con hipocresía arrojan lo que él toca,
y se acusan de haber puesto sus pies sobre sus pasos.

Su mujer va clamando en las plazas públicas:
«Puesto que él me encuentra bastante bella para adorarme,
yo desempeñaré el cometido de los ídolos antiguos,
y, como ellos, quiero hacerme redorar;

¡Y me embriagaré de nardo, de incienso, de mirra,
de genuflexiones, de viandas y de vinos,
para saber si yo puedo de un corazón que me admira
usurpar riendo los homenajes divinos!

Y, cuando me hastíe de estas farsas impías,
posaré sobre él mi frágil y fuerte mano;
y mis uñas, parecidas a garras de arpías,
sabrán hasta su corazón abrirse un camino.

¡Como un pájaro muy joven que tiembla y que palpita,
arrancaré ese corazón enrojecido de su seno,
y, para saciar mi bestia favorita,
se lo arrojaré al suelo con desdén!».

Hacia el Cielo, donde su mirada alcanza un trono espléndido,
el Poeta sereno eleva sus brazos piadosos,
y los amplios destellos de su espíritu lúcido
le ocultan el aspecto de los pueblos furiosos:

—«¡Bendito seas, mi Dios, que dais el sufrimiento
como divino remedio a nuestras impurezas
y, como la mejor y la más pura esencia,
prepara los fuertes para las santas voluptuosidades!

Yo sé que reservarás un lugar para el Poeta
en las filas bienaventuradas de las Santas Legiones,
y que lo invitarás para la eterna fiesta
de los Tronos, de las Virtudes, de las Dominaciones.

Yo sé que el dolor es la nobleza única
donde no morderán jamás la tierra y los infiernos,
y que es menester para trenzar mi corona mística
imponer todos los tiempos y todos los universos.

Pero las joyas perdidas de la antigua Palmira,
los metales desconocidos, las perlas del mar,
por vuestra mano engastados, no serían suficientes
para esa hermosa Diadema resplandeciente y diáfana;

¡Porque no será hecho más que de pura luz,
tomada en el hogar santo de los rayos primitivos,
y del que los ojos mortales, en su esplendor entero,
no son sino espejos oscurecidos y dolientes!».¹⁹

¹⁹ Traducción de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo Ed. Cátedra – Letras Universales – 1991 (Primera edición), reedición de 2013.

Arthur Rimbaud (1854-1891)

Celebrado por su poesía transgresiva y por sus temas surreales, Rimbaud influyó en los movimientos del decadentismo, en la prefiguración del surrealismo y, según algunos críticos, en la generación *beat*²⁰. Tuvo una relación amorosa adúltera con el poeta simbolista francés Paul Verlaine, con quien se trasladó a Inglaterra. Tras su regreso a Francia escribió *Una temporada en el infierno*. Según Verlaine es una «prodigiosa autobiografía psicológica, escrita en esta prosa de "diamante" que es propiedad exclusiva de su autor». Los simbolistas conciben el mundo como un misterio por descifrar y defienden que su tarea consiste en trazar las correspondencias ocultas que unen los objetos sensibles (por ejemplo, Rimbaud establece una correspondencia entre las vocales y los colores en su soneto *Vocales*) mediante el uso de la sinestesia.

Voyelles

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu: voyelles,
Je dirai quelque jour vos naissances latentes:
A, noir corset velu des mouches éclatantes
Qui bombinent autour des puanteurs cruelles,

Golfes d'ombres; E, candeurs des vapeurs et des tentes,
Lances des glaciers fiers, rois blancs, frissons d'ombelles;
I, pourpres, sang craché, rire des lèvres belles
Dans la colère ou les ivresses pénitentes;

U, cycles, vibrations divins des mers virides,
Paix des pâtis semés d'animaux, paix des rides
Que l'alchimie imprime aux grands fronts studieux;

O, suprême Clairon plein des strideurs étranges,
Silences traversés des Mondes et des Anges;
—O l'Oméga, rayon violet de Ses yeux!

²⁰ La Generación *beat* (del inglés Beat Generation) está formada por escritores estadounidenses. Algunos rasgos son el rechazo a los valores estadounidenses clásicos, el uso de drogas, una gran libertad sexual y el estudio de la filosofía oriental. Influyó en la posterior contracultura o movimiento *hippie*.

Vocales

A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul, vocales,
algún día contaré vuestros nacimientos latentes.
A, corsé negro y peludo de moscas deslumbrantes
que pululan alrededor del hedor cruel,

golfo de sombra; E, candor de vapores y tiendas,
lanza de orgullosos glaciares, reyes blancos, umbelas temblorosas;
I, púrpura, escupiendo sangre, risa de hermosos labios
en cólera o embriaguez penitente;

U, ciclos, vibraciones divinas de mares verdes,
paz de pastos sembrados de animales, paz de arrugas
que la alquimia imprime en grandes frentes estudiosas;

O, supremo Clarín lleno de extraño estridor,
silencios atravesados por Mundos y Ángeles:
—¡Oh Omega, rayo violeta de Sus Ojos!

Une saison en enfer

Jadis...

Jadis, si je me souviens bien, ma vie était un festin où s'ouvraient tous les cœurs, où tous les vins coulaient. Un soir, j'ai assis la Beauté sur mes genoux. — Et je l'ai trouvée amère. — Et je l'ai injuriée. Je me suis armé contre la justice. Je me suis enfui. Ô sorcières, ô misère, ô haine, c'est à vous que mon trésor a été confié! Je parvins à faire s'évanouir dans mon esprit toute l'espérance humaine. Sur toute joie pour l'étrangler j'ai fait le bond sourd de la bête féroce.

J'ai appelé les bourreaux pour, en périssant, mordre la crosse de leurs fusils. J'ai appelé les fléaux, pour m'étouffer avec le sable, avec le sang. Le malheur a été mon Dieu. Je me suis allongé dans la boue. Je me suis séché à l'air du crime. Et j'ai joué de bons tours à la folie. Et le printemps m'a apporté l'affreux rire de l'idiot. Or, tout dernièrement, m'étant trouvé sur le point de faire le dernier couac! j'ai songé à rechercher la clef du festin ancien, où je reprendrais peut-être appétit. La charité est cette clef. — Cette inspiration prouve que j'ai rêvé! «Tu resteras hyène, etc.» se récrie le démon qui me couronna de si aimables pavots. «Gagne la mort avec tous tes appétits, et ton égoïsme et tous les péchés capitaux». Ah! j'en ai trop pris: — Mais, cher Satan, je vous en conjure, une prunelle moins irritée! et en attendant les quelques petites lâchetés en retard, vous qui aimez dans l'écrivain l'absence des facultés descriptives ou instructives, je vous détache des quelques hideux feuillets de mon carnet de damné.

Noche de infierno

Antaño...

Antaño, si lo recuerdo bien, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían.

Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. –Y la encontré amarga. –Y la injurié.

Me armé contra la justicia.

Y hui. ¡Oh hechiceras, oh miseria, oh collera, a vosotras os he confiado mi tesoro!

Logré desvanecer de mi espíritu toda esperanza humana. Sobre toda alegría para estranglarla di el salto sordo de la bestia feroz.

Llamé a los verdugos para morder, mientras agonizaba, la culata de sus fusiles. Llamé a las plagas, para ahogarme con la arena, la sangre. La desdicha fue mi dios. Me revolqué en el fango. Me sequé con el aire del crimen. Y le di buenos chascos a la locura.

Y la primavera me trajo la horrenda risa del idiota.

Ahora bien, hallándome hace muy poco a punto de lanzar el último *¡cuac!* soñé recuperar la llave del antiguo festín, en donde tal vez recobraría el apetito.

Esta llave es la claridad. –¡Tal inspiración prueba que he soñado!

«Seguirás hiena, etc.», exclama el demonio que me coronó con tan amables adormideras. «Gana la muerte con todos tus apetitos, y tu egoísmo y todos los pecados capitales».

¡Ah! Estoy harto de eso: –Pero, querido Satán, os conjuro, ¡una mirada menos iracunda! y a la espera de algunas pequeñas vilezas repagadas, para quienes aprecian en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas, desprendo estas pequeñas aborrecibles hojas de mi carnet de condenado²¹.

²¹ Traducido por Oliverio Girondo y Enrique Molina:
<https://cesarcallejas.files.wordpress.com/2018/11/unatemporadaenelinfierno-rimbaud.pdf>.

Paul Marie Verlaine (1844-1896)

Su mundo literario, construido mediante metáforas y alegorías, se hace patente en sus colaboraciones en el primer *Parnaso contemporáneo* donde publicó sus *Poemas saturnianos* que, influidos por Baudelaire, anunciaban el «esfuerzo hacia la Expresión, hacia la *Sensación devuelta*» (carta a Mallarmé del 22 de noviembre de 1866), que desarrolló, en las *Fiestas galantes* (1869). En 1870, se casó con Mathilde Mauté, a quien escribió *La buena canción*. Tras descubrir el genio precoz del adolescente Arthur Rimbaud, se hizo su amante, abandonó a su mujer y, durante su viaje hacia Londres, escribió gran parte de *Romanzas sin palabras*²². Después se convirtió en el líder del decadentismo (movimiento literario hermano del Simbolismo).

Un coup de dés jamais n'abolira le hasard

Soit
que
l'Abîme
blanchi
étale
furieux
sous une inclinaison
plane désespérément
d'aile
la sienne
par avance retombée d'un mal à dresser le vol
et couvrant les jaillissements
coupant au ras les bonds

très à l'intérieur résume
l'ombre enfouie dans la profondeur par cette voile alternative
jusqu'adapter
à l'envergure
sa béante profondeur en tant que la coque
d'un bâtiment
penché de l'un ou l'autre bord

²² En su obra *Los poetas malditos*, el más influyente del Simbolismo, cataloga como «malditos» a Tristan Corbière, Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, Marceline Desbordes-Valmore, Villiers de L'Isle-Adam, y «Pobre Lelian» (anagrama del propio Verlaine). Esta noción está tomada del poema de Baudelaire «Bendición», en el libro *Las flores del mal*.

Le Maître

surgi
 inférant
 de cette conflagration
 que se
 comme on menace
 l'unique Nombre qui ne peut pas

plutôt
 que de jouer
 en maniaque chenu
 la partie
 au nom des flots

un
 naufrage cela

ancestralement à n'ouvrir pas la main
 crispée
 par delà l'inutile tête

legs en la disparition
 à quelqu'un
 ambigu
 l'ultérieur démon immémorial

ayant
 de contrées nulles
 induit
 le vieillard vers cette conjonction suprême avec la probabilité
 celui
 caressée et polie et rendue et lavée
 assouplie par la vague et soustraite
 aux durs os perdus entre les ais
 né
 d'un ébat

la mer par l'aïeul tentant ou l'aïeul contre la mer
 une chance oiseuse

dont
 le voile d'illusion rejailli leur hantise
 ainsi que le fantôme d'un geste
 chancellera
 s'affalera
 folie

hors d'anciens calculs
 où la manœuvre avec l'âge oubliée

jadis il empoignait la barre
 à ses pieds
 de l'horizon unanime
 prépare
 s'agite et mêle
 au poing qui l'étreindrait
 un destin et les vents
 être un autre
 Esprit
 pour le jeter
 dans la tempête
 en reployer la division et passer fier

écarté du secret qu'il détient

un
 envahit le chef
 coule en barbe soumise
 direct de l'homme
 sans nef
 n'importe
 où vaine

Fiançailles

Una tirada de dados nunca abolirá el azar

Jamás
Sea
que
el Abismo
de blancor
sereno
arrebatado
oscile desesperadamente
bajo una inclinación
de su
propia ala
de antemano recogida por la imposibilidad de levantar el vuelo
y cubriendo los flujos
cortando tabula rasa los saltos
en lo más arcano resume
la sombra oculta en la profundidad por esa vela alternativa
hasta adaptar
en la envergadura
su desmesurado abismo en tanto que el casco
de un buque
se inclina de una a otra borda

El Poeta
emerge
infiriendo
de esa conflagración
fuera de antiguas conjeturas
por mor de la maniobra olvidada con la edad
antaño él empuñaba el timón
a sus pies
del horizonte unánime
que se
prepara
se agita y mezcla
al puño que lo aprisionaba
un destino y los vientos
ser otro
Espíritu
para arrojarlo
en la tempestad
plegar la fragmentación y morir altivo
duda
cadáver aún flotando
apartado del secreto que detenta
en vez
de jugar
como obseso encanecido
la partida
en nombre de las olas
un
naufragio éste
invade al poeta
escurre como dócil barba
del mismo hombre
sin buque
no importa
dónde vanamente

ancestralmente sin abrir la mano
 crispada
 por encima de la inútil cabeza
legado en la desaparición
 a alguien
 oscuro
 ulterior demonio inmemorial
que disponiendo
 de comarcas sin valor
 indujo
al anciano hacia esa suprema conjunción con la probabilidad
 aquella
 su sombra pueril
acariciada y pulida y lavada y reconocible
 dominada por la ola y sustraída
 a los duros huesos perdidos entre la tablazón
 nace
 de un juego
el mar tentando al abuelo o el abuelo contra el mar
 ociosa incógnita
 de interconexiones
cuyo
 velo de ilusión refleja su obsesión
 así como el fantasma de un gesto
 titubeará
 encallará
 locura

Stéphane Mallarmé (1842-1898)

Representa la culminación y la superación del simbolismo francés y el antecedente de las vanguardias de los primeros años del siglo siguiente. Sus reuniones literarias constituyeron el centro de la vida intelectual parisina. Entre sus asistentes se encontraban los poetas alemanes Stefan George y Rainer Maria Rilke, los franceses Paul Verlaine y Paul Valéry, los novelistas André Gide y Huysmans, y el lírico irlandés W. B. Yeats. Intercambió abundante correspondencia con Henri Cazalis y con Eugène Lefébure. Claude Debussy compuso en 1892 una pieza de orquesta sobre su poema *La siesta de un fauno*, y Maurice Ravel musicó algunos de sus poemas.

Brise marine

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres.
Fuir! là-bas fuir! Je sens que des oiseaux sont ivres
D'être parmi l'écume inconnue et les cieux!
Rien, ni les vieux jardins reflétés par les yeux
Ne retiendra ce coeur qui dans la mer se trempe
Ô nuits! ni la clarté déserte de ma lampe
Sur le vide papier que la blancheur défend
Et ni la jeune femme allaitant son enfant.
Je partirai! Steamer balançant ta mâture,
Lève l'ancre pour une exotique nature!

Un Ennui, désolé par les cruels espoirs,
Croit encore à l'adieu suprême des mouchoirs!
Et, peut-être, les mâts, invitant les orages,
Sont-ils de ceux qu'un vent penche sur les naufrages
Perdus, sans mâts, sans mâts, ni fertiles îlots...
Mais, ô mon coeur, entends le chant des matelots!

Brisa marina

La carne está triste, ¡ay! y leí todos los libros.
¡Huir! ¡Huir allí! ¡Siento que los pájaros se emborrachan
de estar entre la espuma desconocida y los cielos!
Nada, ni los viejos jardines reflejados por los ojos
retendrán este corazón que en el mar se empapa
¡Oh noches! ni la luz desierta de mi lámpara
sobre el papel vacío que defiende la blancura
y ni la joven amamantando a su hijo.
¡Me iré! ¡Vapor balanceando sus mástiles,
levanta el ancla para una naturaleza exótica!

¡Un Aburrimiento, desolado por crueles esperanzas,
todavía cree en el adiós supremo de los pañuelos!
Y, tal vez, los mástiles, invitando tempestades
son de esos que un viento se inclina sobre náufragos
perdidos, sin mástiles, sin mástiles, o fértiles islotes...
Pero ¡oh corazón mío, escucha el canto de los marineros!

Paul Valéry (1871-1945)

Su obra poética prolonga la tradición de Mallarmé y está considerada como una de las más importantes de la poesía francesa del siglo XX. En sus ensayos expresa escepticismo y tolerancia, desprecia las ideas irracionales y la inspiración poética frente a la superioridad moral de la práctica del trabajo, de la conciencia y de la razón. Sus primeras poesías publicadas en la *Revue maritime* (1889), en *Le Courier libre* (1889), en *La Revue indépendante*, y en *La Conque* (1891), y su amistad con Pierre Louÿs le introdujeron en el París literario, donde conoció a André Gide y a Stéphane Mallarmé (1891). Tras su ruptura con Madame Rivara dejó la poesía y se consagró al cultivo de la mente apoyándose en la observación y en la contemplación. Obtuvo notoriedad con la publicación del largo poema *La joven Parca* (1917) y de dos volúmenes de versos *Álbum de versos antiguos* (1920) y *Cármenes* (1922), en el que incluye su poema *El cementerio marino*, considerado el prototipo de la «poesía pura» de Valéry. En 1925 ingresó en la Academia Francesa.

Le cimetière marin

*Μή, φίλα ψυχά, βίον ἀθάνατον σπεῦδε,
τὸν δ' ἔμπρακτον ἀντλεῖ μηχανάν.*

Pindare, *Pythiques*, III

Ce toit tranquille, où marchent des colombes,
Entre les pins palpite, entre les tombes;
Midi le juste y compose de feux
La mer, la mer, toujours recommencée!
Ô récompense après une pensée
Qu'un long regard sur le calme des dieux!

Quel pur travail de fins éclairs consume
Maint diamant d'imperceptible écume,
Et quelle paix semble se concevoir!
Quand sur l'abîme un soleil se repose,
Ouvrages purs d'une éternelle cause,
Le Temps scintille et le Songe est savoir.

Stable trésor, temple simple à Minerve,
Masse de calme, et visible réserve,

Eau sourcilleuse, Œil qui gardes en toi
Tant de sommeil sous un voile de flamme,
Ô mon silence!... Édifice dans l'âme,
Mais comble d'or aux mille tuiles, Toit!

Temple du Temps, qu'un seul soupir résume,
À ce point pur je monte et m'accoutume,
Tout entouré de mon regard marin;
Et comme aux dieux mon offrande suprême,
La scintillation sereine sème
Sur l'altitude un dédain souverain.

Comme le fruit se fond en jouissance,
Comme en délice il change son absence
Dans une bouche où sa forme se meurt,
Je hume ici ma future fumée,
Et le ciel chante à l'âme consumée
Le changement des rives en rumeur.

Beau ciel, vrai ciel, regarde-moi qui change!
Après tant d'orgueil, après tant d'étrange
Oisiveté, mais pleine de pouvoir,
Je m'abandonne à ce brillant espace,
Sur les maisons des morts mon ombre passe
Qui m'apprivoise à son frêle mouvoir.

L'âme exposée aux torches du solstice,
Je te soutiens, admirable justice
De la lumière aux armes sans pitié!
Je te rends pure à ta place première:
Regarde-toi!... Mais rendre la lumière
Suppose d'ombre une morne moitié.

*El cementerio marino*²³

*Alma mía, no aspire a la vida inmortal,
pero agota el campo de lo posible.*

Píndaro, *Píticas* III, ep. 3

Ese techo tranquilo –campo de palomas
palpita entre los pinos y las tumbas.
El meridiano sol hace de fuego
el mar, el mar que siempre está empezando...
¡Es recompensa para el pensamiento
una larga mirada a la paz de los dioses!
¡Qué pura luz en su esplendor consume
tantos diamantes de impalpable espuma
y qué paz entonces se concibe!
Cuando sobre este abismo un sol reposa
–trabajo puro de una eterna causa–
refulge el tiempo y soñar es saber.
Firme tesoro y templo de Minerva,
mole grandiosa y visual reserva,
agua siempre encrespada, ojo que ocultas
con un velo de llama tanto sueño.
¡Oh, mi silencio! Edificio del alma
pero cubierto con mil tejas de oro.
¡Templo del tiempo que un suspiro asume!
Yo subo a su pureza y acostumbro
mi marina mirada al rodearme.
Como a los dioses en mejor ofrenda
dejo que el agua rutila sembrando
un desdén soberano en las alturas.
Como la fruta se deshace en goce
y su ausencia en delicia se convierte
mientras muere su forma en una boca,
mi futura humareda aquí respiro,
y el cielo canta al alma consumida
el cambio de la orilla y del rumor.
¡Mírame tan mudable, bello cielo!
Después de tal orgullo y tanto extraño
ocio, pero que guarda su poder,
al espacio brillante me abandono:
en casa de los muertos va mi sombra
que me unce a su leve movimiento.
A teas de solsticio el alma expuesta
yo te sostengo, admirable justicia
de la luz, la de armas sin piedad,
yo te devuelvo pura a tu solio primero.
Mírate. Pero... ¡Devolver las luces
supone una mitad de árida sombra!

²³ Versión de Alfonso Gutiérrez Hermosillo.

Auguste Villiers de L'Isle-Adam (1838-1889)

Escribió poesía, teatro y la narración con los rasgos y características del movimiento simbolista. Baudelaire lo animó para que leyera su traducción de las obras de Edgar Allan Poe y para que asimilara la poética simbolista y, más concretamente, la técnica del relato fantástico. En 1866 colaboró en *Le Parnasse Contemporain* y, en 1867, fundó la *Revue des Lettres et des Arts* y escribió *El Intersigno*, el primero de sus *Cuentos crueles*. Su novela de ciencia ficción simbolista *La Eva futura (L'Ève future)* popularizó el término «androïde».

L'Ève future

À vingt-cinq lieues de New York, au centre d'un réseau de fils électriques, apparaît une habitation qu'entourent de profonds jardins solitaires. La façade regarde une riche pelouse traversée d'allées sablées qui conduit à une sorte de grand pavillon isolé. Au sud et à l'ouest, deux longues avenues de très vieux arbres projettent leurs ombrages supérieurs vers ce pavillon. C'est le n° 1 de la cité de Menlo Park. Là demeure Thomas Alva Edison, l'homme qui a fait prisonnier l'écho.

Edison est un homme de quarante-deux ans. Sa physionomie rappelait, il y a quelques années, d'une manière frappante, celle d'un illustre Français, Gustave Doré. C'était presque le visage de l'artiste *traduit* en un visage de savant. Aptitudes congénères, applications différentes. Mystérieux jumeaux. À quel âge se ressemblèrent-ils tout à fait? Jamais, peut-être. Leurs deux photographies d'alors, fondues au stéréoscope, éveillent cette impression intellectuelle que certaines effigies de races supérieures ne se réalisent pleinement que sous une monnaie de figures, éparées dans l'Humanité.

Quant au visage d'Edison, il offre, confronté avec d'anciennes estampes, une vivante reproduction de la médaille syracusaine d'Archimède. Or, un soir de ces derniers automnes, vers cinq heures, le merveilleux inventeur de tant de prestiges, le magicien de l'oreille (qui, presque sourd lui-même, comme un Beethoven de la Science, a su se créer cet imperceptible instrument grâce auquel, ajusté à l'orifice du tympan, les surdités, non seulement disparaissent, mais dévoilent, plus affiné encore, le sens de l'ouïe), Edison, enfin, s'était retiré au plus profond de son laboratoire personnel, c'est-à-dire en ce pavillon séparé de son château.

Ce soir-là, l'ingénieur avait donné congé à ces cinq acolytes, ses chefs d'atelier, ouvriers dévoués, érudits et habiles, qu'il rétribue en prince et dont le silence lui est acquis. Assis en son fauteuil américain, accoudé, seul, le havane aux lèvres –lui si peu fumeur, le tabac changeant en

rêveries les projets virils—, l'œil fixe et distrait, les jambes croisées, enveloppé de son ample vêtement, légendaire déjà, de soie noire aux glands violâtres, il paraissait perdu en une intense méditation.

À sa droite, une haute fenêtre, grande ouverte sur l'Occident, aérait le vaste pandémonium, laissant s'épandre sur tous les objets une brume d'or rouge. Çà et là s'ébauchaient, encombrant les tables, des formes d'instruments de précision, des rouages aux mécanismes inconnus, des appareils électriques, des télescopes, des réflecteurs, des aimants énormes, des matras à tubulures, des flacons pleins de substances énigmatiques, des ardoises couvertes d'équations.

Au-dehors, par-delà l'horizon, le couchant, trouant de lueurs et de rayons d'adieu les lointains rideaux de feuillages sur les collines du New Jersey boisées d'érables et de sapins, illuminait, par instants, la pièce d'une tache de pourpre ou d'un éclair. Alors saignaient, de tous côtés, des angles métalliques, des facettes de cristaux, des rondeurs de piles.

Le vent fraîchissait. L'orage de la journée avait détrempé les herbes du parc et aussi avait baigné les lourdes et capiteuses fleurs d'Asie épanouies dans leurs caisses vertes, sous la fenêtre. Des plantes séchées, suspendues aux poutres entre les poulies, dégageaient, galvanisées par la température, comme un souvenir de leur vie odorante d'autrefois, dans les forêts. Sous l'action subtile de cette atmosphère, la pensée, habituellement forte et vivace, du songeur se détendait et se laissait insensiblement séduire par les attirances de la rêverie et du crépuscule.

La Eva futura

A veinticinco leguas de Nueva York, en el centro de una red de cables eléctricos, aparece una vivienda rodeada de profundos jardines solitarios. La fachada da a un frondoso césped atravesado por caminos de arena que conducen a una especie de gran pabellón aislado. Al sur y al oeste, dos avenidas continuas de árboles muy viejos proyectan su sombra superior hacia este pabellón. Es el Parque N.º 1 de la ciudad de Menlo. Allí habita Thomas Alva Edison, el hombre que tomó prisionera a Echo. Edison es un hombre de cuarenta y dos años. Su semblante recordaba, hace unos años, de manera sorprendente, el de un ilustre francés, Gustave Doré. Era casi el rostro del artista en el rostro de un científico. Habilidades similares, diferentes aplicaciones. Gemelos misteriosos. ¿A qué edad se ven exactamente iguales? Nunca, tal vez. Sus dos fotografías de entonces, fusionadas con un estereoscopio, suscitan esta impresión intelectual de que ciertas efigies de razas superiores sólo se realizan plenamente bajo una moneda de figuras, dispersas en la Humanidad.

En cuanto al rostro de Edison, ofrece, frente a grabados antiguos, una vívida reproducción de la medalla siracusana de Arquímedes. Ahora bien, una tarde de otoños recientes, hacia las cinco, el maravilloso inventor de tanto prestigio, el mago del oído (quien, él mismo casi sordo, como un Beethoven de la Ciencia, supo crear este imperceptible instrumento gracias al cual, ajustado al orificio del tímpano, la sordera no sólo desaparece, sino que revela, aún más refinado, el sentido del oído), Edison, finalmente, se había retirado a las profundidades de su laboratorio, es decir, en ese pabellón separado de su castillo.

Aquella tarde, el ingeniero había dado licencia a estos cinco acólitos, sus capataces, trabajadores devotos, eruditos y hábiles a quienes premia como a un príncipe y cuyo silencio es suyo. Sentado en su sillón americano, apoyado en los codos, solo, bronceado en los labios tan

poco fumador, el tabaco transformándose en sueños de proyectos viriles, la mirada fija y distraída, las piernas cruzadas, envuelto en su amplio vestido, ya legendario, de seda negra con borlas moradas, parecía sumido en una intensa meditación.

A su derecha, una ventana alta, abierta de par en par hacia el oeste, aireaba el gran pandemónium, dejando que una neblina de oro rojo se extendiera sobre todos los objetos. Aquí y allá, abarrotando las mesas, figuras de instrumentos de precisión, ruedas dentadas de mecanismos desconocidos, aparatos eléctricos, telescopios, reflectores, imanes enormes, frascos de tubos, frascos llenos de sustancias enigmáticas, pizarras cubiertas de ecuaciones.

Afuera, más allá del horizonte, el sol poniente, perforando con destellos y rayos de despedida las lejanas cortinas de follaje en las colinas de Nueva Jersey arboladas con arces y abetos, iluminaba, a veces, la habitación de una mancha de púrpura o un destello de iluminación. Luego sangraban, por todos lados, ángulos metálicos, facetas de cristales, redondez de pilas.

El viento estaba refrescando. La tormenta del día había empapado los pastos del parque y también había bañado las pesadas y embriagadoras flores asiáticas que brotaban en sus cajas verdes, debajo de la ventana. Plantas secas, suspendidas de las vigas entre las poleas, despedían galvanizadas por la temperatura, como un recuerdo de su fragante vida en el pasado, en los bosques. Bajo la acción sutil de esta atmósfera, el pensamiento, generalmente fuerte y vivo, del soñador se relajaba y se dejaba seducir imperceptiblemente por las atracciones del ensueño y del crepúsculo.

EL MODERNISMO

LATINOAMÉRICA

La noción del «modernismo literario», en cierta medida aplicable al «modernismo artístico»²⁴, no coincide con el concepto de «modernidad» del siglo XVII que es una concepción filosófica, historiográfica y sociológica reivindicadora de la razón como principio, criterio y pauta de las conductas sociales que reconoce los valores de la libertad, la igualdad y la justicia en la vida social, política y económica. El Modernismo literario, iniciado en Latinoamérica a finales del siglo XIX, se extendió hasta la segunda década del siglo XX y es la versión en lengua española del simbolismo y del parnasianismo literarios. Durante las dos últimas décadas del siglo XIX la literatura latinoamericana asume un papel renovador que abre, incluso para España, una nueva época creativa caracterizada como «esteticista».

El manifiesto programático de este movimiento apareció diez años después de la publicación de *Azur...*, su punto de partida. Lo redactó Eugenio Díaz Romero en el primer número de *El Mercurio de América* (Buenos Aires) el 20 de julio de 1898 y en él propugna «levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética, que hoy hace con visible esfuerzo la juventud de América Latina a los Santos Lugares del Arte y a los desconocidos Orientes del ensueño; mantener al propio tiempo el pensamiento de la innovación, el respeto a las tradiciones y a la jerarquía de los Maestros; luchar porque hoy prevalezca el amor a la divina Belleza, tan combatido hoy por las tendencias utilitarias...».

²⁴ En las artes plásticas y la arquitectura, modernismo fue uno de los nombres con que se conoció al Art nouveau (Francia), llamado también Liberty (Estados Unidos), Modern style (Inglaterra), Floreale (Italia) y Sezession (Austria).

NICARAGUA

Rubén Darío (1867-1916)

La proximidad de Modernismo latinoamericano al parnasianismo y al simbolismo la apreciamos en la obra del poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), y en la dedicación de un *Soneto a Leconte de Lisle*. Aunque encontramos rasgos modernistas en otros escritores latinoamericanos, fue él quien inició y extendió este movimiento. En su poema *Azul...* (1888), sentó las bases de la nueva corriente artística y en su obra *Palabras liminares* afirma «mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República, no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte –oro, seda, mármol– me acuerdo en sueños»²⁵.

Resume este movimiento con las siguientes palabras: «El Modernismo no es otra cosa que el verso y la prosa castellanos pasados por el fino tamiz del buen verso y de la buena prosa franceses». En su «prehistoria literaria», escribió *Epístolas y poemas* (1888), *Rimas* (1887) y *Abrojos* (1887).

Si *Azul...* (1888), la obra inaugural, recoge relatos en prosa y poemas, de amplia variedad métrica, su plenitud la alcanza con *Prosas profanas y otros poemas* (1896), en la que trata asuntos eróticos, exóticos y mitológicos. En 1905, Darío publicó *Cantos de vida y esperanza*, que anuncia una línea más intimista y reflexiva. Al mismo tiempo, aparece en su obra la poesía cívica, con poemas como «A Roosevelt», una línea que se acentuará en *El canto errante* (1907) y en *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914).

²⁵ En el volumen *Los raros*, publicado el mismo año que *Prosas profanas*, glosa algunos escritores e intelectuales hacia los que sentía una profunda admiración. Entre los seleccionados están Edgar Allan Poe, Villiers de l'Isle Adam, Léon Bloy, Paul Verlaine, Lautréamont, Eugenio de Castro y José Martí. También admiraba a los escritores estadounidenses Emerson, Poe y Whitman.

Soneto dedicado a Leconte de Lisle

De las eternas musas el reino soberano
recorres bajo un soplo de eterna inspiración,
como un *rajah* soberbio que en su elefante indiano
por sus dominios pasa de rudo viento al son.

Tú tienes en tu canto como ecos de Océano;
Se ve en tu poesía la selva y el león;
Salvaje luz irradia la lira que en tu mano
derrama su sonora, robusta vibración.

Tú del faquir conoces secretos y avatares;
A tu alma dio el Oriente misterios seculares,
visiones legendarias y espíritu oriental.

Tu verso está nutrido con savia de la tierra;
Fulgor de Ramayanas tu viva estrofa encierra,
y cantas en la lengua del bosque colosal.

Azul...

El Rey Burgués

¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos, y monteros con cuernos de bronce que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima. Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas.

Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los

cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmeralda, que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en arte; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por moda y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; artesanías de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas. Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipes. Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí.

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

«Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán; he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar con el himno en la boca y la lira en la mano la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles; contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet. ¡Señor! El arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es augusto, tiene mantos de oro o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la Poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...».

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí —dijo el rey, y dirigiéndose al poeta—: Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valeses, cuadrillas y galopas, como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín!

Todo entre la burla de los pájaros libres, que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas; ¡tiririrín!... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín.

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro, ¡tiririrín!

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dácilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse ¡tirirín, tirirín! Tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, tiririrín... pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal, tiririrín..., y en el que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, o de oro... Hasta que al día siguiente, lo hallaron el rey y sus cortesanos al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

¡Oh, mi amigo!, el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías... ¡Pero, cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista!

Cantos de vida y esperanza

- I -

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.
El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;
y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.
Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
sus rosas aun me dejan su fragancia—
una fragancia de melancolía...
Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno.
En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
una alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.
Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía,
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...
Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.
Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,
con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.
Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;
todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...:
si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.
Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.
Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.
Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.
¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!
Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornica,
ebria de azul deslíe Filomela.
Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.
Allí va el dios en celo tras la hembra,
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna Vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.
El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
Así sueña, así vibra y así canta.
Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!
Y la vida es misterio; la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal duerme en la sombra.
Por eso ser sincero es ser potente,
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.
Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor —¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del Sol —¡toda la lira!
Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fue a la onda,
y la flecha del odio fuese al viento.
La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

CUBA

José Martí (1853-1895)

Considerado como otro de los iniciadores del Modernismo latinoamericano, fue poeta, ensayista, periodista, filósofo y político. Fundó el Partido Revolucionario Cubano y organizó la Guerra de Independencia de Cuba, en la que murió durante un combate. Poesía: *Ismaelillo* (1882), *Versos libres* (1882), *Versos sencillos* (1891), *Edad de oro* (1878-1882), *Flores del destierro* (1878-1895). Ensayo: *Marido para mi hermanita* (editado en Buenos Aires, L. J. Rosso, 1928), *El presidio político en Cuba* (1871) y *Nuestra América* (1891). Prosa: *La edad de oro*. Publicación mensual de recreo e instrucción dedicada a los niños de América, 1869, *Abdala*, 1871, *El presidio político en Cuba*, y 1873, *La República Española ante la revolución cubana*. Obra póstuma: *Adúltera*, *Versos libres*, *Bosque de rosas*.

Versos libres

Pollice verso

(Memoria de Presidio)

¡Sí! ¡yo también, desnuda la cabeza
de tocado y cabellos, y al tobillo
una cadena lurda, heme arrastrado
entre un montón de sierpes, que revueltas
sobre sus vicios negros, parecían
esos gusanos de pesado vientre

y ojos viscosos, que en hedionda cuba
de pardo lodo lentos se revuelcan!
Y yo pasé, sereno entre los viles,
cual si en mis manos, como en ruego juntas,
las anchas alas púdicas, abriese
una paloma blanca. Y aún me aterro
de ver con el recuerdo lo que he visto
una vez con mis ojos. Y espantado,
¡póngome en pie, cual a emprender la fuga!
¡Recuerdos hay que queman la memoria!
¡Zarzal es la memoria; mas la mía
es un cesto de llamas! A su lumbre
el porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
ásperas y fatales: ese almendro
que con su rama oscura en flor sombrea
mi alta ventana, viene de semilla
de almendro; y ese rico globo de oro
de dulce y perfumoso jugo lleno
que en blanca fuente una niñuela cara,
flor del destierro, cándida me brinda,
naranja es, y vino de naranjo.
Y el suelo triste en que se siembran lágrimas,
dará árbol de lágrimas. La culpa
es madre del castigo. No es la vida
copa de mago que el capricho torna
en hiel para los míseros, y en fêrvido
tokay para el feliz. La vida es grave,
y hasta el pomo ruin la daga hundida,
al flojo gladiador clava en la arena.
¡Alza, oh pueblo, el escudo, porque es grave
cosa esta vida, y cada acción es culpa
que como aro servil se lleva luego
cerrado al cuello, o premio generoso
que del futuro mal prôvido libra!
¿Veis los esclavos? ¡Como cuerpos muertos
atados en racimo, a vuestra espalda
irán vida tras vida, y con las frentes
pálidas y angustiosas, la sombría
carga en vano halaréis, hasta que el viento,
de vuestra pena bárbara apiadado,
los átomos postreros evapore!
¡Oh, qué visión tremenda! ¡Oh, qué terrible
procesión de culpables! Como en llano
negro los miro, torvos, anhelosos,
sin fruta el arbolar, secos los píos
bejucos, por comarca funeraria
¡donde ni el sol da luz, ni el árbol sombra!
¡Y bogan en silencio, como en magno
océano sin agua, y a la frente
porción del Universo frase unida
a frase colosal, sierva ligada
a un carro de oro, que a los ojos mismos
de los que arrastra en rápida carrera

ocúltase en el áureo polvo, sierva
con escondidas riendas ponderosas
a la incansable eternidad atada!
Circo la tierra es, como el romano;
y junto a cada cuna una invisible
panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
cual daga cruel que hiera al que la blande.
Los vicios, y cual límpidos escudos
las virtudes: la vida es la ancha arena,
y los hombres esclavos gladiadores.
Más el pueblo y el rey, callados miran
de grada excelsa, en la desierta sombra.
¡Pero miran! Y a aquel que en la contienda
bajó el escudo, o lo dejó de lado,
o suplicó cobarde, o abrió el pecho
laxo y servil a la enconosa daga
del enemigo, las vestales rudas,
desde el sitial de la implacable piedra,
condenan a morir, *pollice verso*;
¡Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
y a la zaga, listado el cuerpo flaco
de hondos azotes, el montón de siervos!
¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
risueñas y ligeras, el luciente
corcel de crin trenzada y riendas ricas,
y la albarda de plata suntuosa
prendida, y el menudo zapatillo
cárcel a un tiempo de los pies y el alma?
¡Pues ved que los extraños os desdeñan
como a raza ruin, menguada y floja!

ARGENTINA

Leopoldo Lugones (1874 -1938)

Narrador, poeta, periodista, historiador, bibliotecario, pedagogo, traductor, biógrafo, filólogo, diplomático y político, fue el principal exponente del modernismo argentino y del empleo del verso libre en la literatura hispánica. Sus cuentos lo sitúan como pionero de la literatura fantástica, de la ciencia ficción y de los microrrelatos en Argentina. En el prólogo de *Lunario sentimental* (1909), afirma que el propósito de este libro, dedicado a la luna, es el de cumplir una venganza poética por todo lo padecido en la vida. Ese carácter vengativo le impulsó a desechar la sensiblería posromántica y a emprender una renovación del lenguaje poético. Emplea términos tomados de la ciencia y frases provocadoras, y aunque conserva la fidelidad rítmicas y métricas, su forma se acerca a la prosa. Algunos de los temas de sus poemas anticipan el 'Sencilismo' y, según Borges, el *Lunario Sentimental* se anticipa a los poetas ultraístas de Martín Fierro y de Proa. Además de novelas y cuentos, escribió ensayos y biografías.

Lunario sentimental

(1909)

Himno a la luna

(Fragmento)

Luna, quiero cantarte,
oh ilustre anciana de las mitologías,
con todas las fuerzas del arte.
Deidad que en los antiguos días
imprimiste en nuestro polvo tu sandalia,
no alabaré el litúrgico furor de tus orgías
ni tu erótica didascalía,
para que alumbres sin mayores ironías,
al polígloto elogio de las Guías,

noches sentimentales de *misses* en Italia.
Aumenta el almizcle de los gatos de algalia;
Exaspera con letárgico veneno
a las rosas ebrias de etileno
como cortesanas modernas;
Y que a tu influjo activo,
la sangre de las vírgenes tiernas
corra en misterio significativo.
Yo te hablaré con maneras corteses
aunque sé que sólo eres un esqueleto,
y guardaré tu secreto
propicio a las cabelleras y a las mieses.
Te amo porque eres generosa y buena.
¡Cuánto, cuánto albayalde
llevas gastado en balde
para adornar a tu hermana morena!
El mismo Polo recibe tu consuelo;
Y la Osa estelar desde su cielo,
cuando huye entre glaciales moles
la luz que tu veste orla,
gime de verse encadenada por la
gravitación de sus siete soles.
Sobre el inquebrantable banco
que en pliegues rígidos se deprime y se esponja,
pasas como púdica monja
que cuida un hospital todo de blanco.

Ricardo Jaimes Freyre (1866-1933)

Escritor, poeta, historiador y diplomático boliviano, se hizo ciudadano argentino y está considerado como uno de los referentes del Modernismo latinoamericano. En 1894 fundó en Buenos Aires, junto a su amigo Rubén Darío, *La Revista de América*, en la que publica el *Manifiesto modernista*: «Trabajar por el brillo de la lengua española en América y, al par que por el tesoro de sus riquezas antiguas, por el engrandecimiento de esas mismas riquezas, en vocabulario, rítmica, plasticidad, y matiz... servir... a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española».

Amigo de Leopoldo Lugones, fue redactor del diario *El País*, y colaboró con publicaciones de la época. En Brasil cumplió funciones diplomáticas y escribió su primer libro de poesía, *Castalia bárbara* (1899) en el que incluye composiciones poéticas que evocan mitos y elementos nórdicos.

Peregrina paloma imaginaria

Peregrina paloma imaginaria
que enardeces los últimos amores;
Alma de luz, de música y de flores,
peregrina paloma imaginaria.

Vuela sobre la roca solitaria
que baña el mar glacial de los dolores;
Haya, a tu paso, un haz de resplandores
sobre la adusta roca solitaria...

Vuela sobre la roca solitaria,
peregrina paloma, ala de nieve
como divina hostia, ala tan leve

como un copo de nieve; ala divina,
copo de nieve, lirio, hostia, neblina,
peregrina paloma imaginaria...

El camino de los cisnes

(Fragmento)

Crespas olas adheridas a las crines
de los ásperos corceles de los vientos;
Alumbradas por rojizos resplandores,
cuando en yunque de montañas su martillo bate el trueno.

Crespas olas que las nubes oscurecen
con sus cuerpos desgarrados y sangrientos,
que se esfuman lentamente en los Crepúsculos,
turbios ojos de la Noche, circundados de misterio.

Crespas olas que cobijan los amores
de los monstruos espantables en su seno,
cuando entona la gran voz de las borrascas
su salvaje epitalamio, como un himno gigantesco.

Crespas olas que se arrojan a las playas
coronadas por enormes ventisqueros,
donde turban con sollozos convulsivos
el silencio indiferente de la noche de los hielos.

Crespas olas que la quilla despedaza,
bajo el rayo de los ojos del guerrero,
que ilumina las entrañas palpitantes²⁶

²⁶ *Del Camino de los Cisnes*, para el Rey de Mar abierto.

COLOMBIA

José Asunción Silva Gómez (1865-1896)

Además de textos modernistas, escribió varias narraciones costumbristas. Su obra más conocida es *El libro de versos*. Se suicidó a sus 30 años tras sufrir, además de problemas económicos, la muerte de su hermana Elvira (a quien dedica el famoso «Nocturno»), el naufragio de un barco en el que viajaba al regreso de Venezuela, donde perdió «lo mejor de mi obra» y, además, la hostil incompreensión de la sociedad que le obligó a esconder su vocación literaria. Su sentido crítico hacia la literatura ha determinado que sea considerado como un «pionero de la antipoesía». Su *Nocturno III*, que aborda el recuerdo, la pérdida, la soledad y la muerte, es su poema más reconocido.

Nocturno III

Una noche

Una noche
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas,
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mi ceñida, toda,
muda y pálida
como si un presentimiento de amarguras infinitas,
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminabas,
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,
y tu sombra
fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban

y eran una
y eran una
¡y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!

Esta noche
solo, el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia,
por el infinito negro,
donde nuestra voz no alcanza,
solo y mudo
por la senda caminaba,
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida
y el chillido
de las ranas,
sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
¡entre las blancuras níveas
de las mortüorias sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
era el frío de la nada...
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola
¡iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras que se juntan y se buscan en las noches de negruras y de lágrimas!...

VENEZUELA

Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927)

Hijo de inmigrantes canarios llegados a Caracas en 1842, estudió Medicina y viajó a Europa para profundizar y perfeccionar sus conocimientos científicos. Vivió en París y en Viena, y viajó a Italia y Constantinopla. Su libro *Sensaciones de Viaje* fue publicado en París en 1896. Tras su regreso a Venezuela escribe en las revistas *El Cojo Ilustrado* y *Cosmópolis*, y publica *Confidencias de Psiquis*, y *De mis Romerías*, *Cuentos de Color*, y sus novelas *Ídolos rotos*, *Sangre Patricia*, *Peregrina* o *El Pozo Encantado*.

Huimos en puntillas de nosotros

Huimos en puntilla de nosotros.

César Vallejo

Huimos en puntillas de nosotros:
otras veces, poeta, nos fugamos
vertiginosamente como potros,
pero a poco de andar nos encontramos.

Veces hay en que huimos de nosotros,
y sigilosamente nos marchamos
a donde solo estemos con nosotros,
pero a poco de estar nos encontramos.

Es que la soledad jamás se alcanza
mientras el mundo vaya con nosotros,
y este mundo jamás de andar se canse:

camina de nosotros a los otros
y regresa, sin falta ni tardanza,
repleto de los otros a nosotros.

COSTA RICA

Rafael Ángel Troyo (1870-1910)

Novelista, cuentista, poeta y músico, es uno de los introductores del Modernismo en su país. Tras viajar a los Estados Unidos para estudiar Ciencias Económicas y a Europa, fijó su residencia en Cartago donde celebraba tertulias con políticos, artistas, músicos y bohemios como, por ejemplo, Rubén Darío y José Santos Chocano. Editó las revistas *Pinceladas*, *La selva*, *La musa americana* y *Revista nueva*. Falleció a los 39 años durante el terremoto de Cartago de 1910, al caerle una viga de madera de la Iglesia de María Auxiliadora.

Sus primeros versos son románticos, pero, posteriormente, influido por Rubén Darío, cultivó la poesía modernista. Publicó: *Terracotas, cuentos breves* (1900), *Ortos, estado del alma* (1903), *Poemas del alma* (1906), *Topacios, cuentos y fantasías* (1907), *Corazón joven, novela psicológica* (novela, 1904). Entre sus obras inéditas, figuran *Christian* (poema en prosa); *Diario de mi juventud*; *El libro de la vida* (novela); *La ermita del ensueño* (poesía lírica); *Los príncipes del arte* (semblanzas); *Manojos de seda* (poesía lírica). Compuso piezas musicales como *Mi Princesita*, *Día de Bodas*, *Marcha Triunfal* y *Los Cascabeles*.

Topacios, cuentos y fantasías

De blanco y de rosa

A Enrique Gómez Carillo

Nora vestía de blanco y Lesbia de rosado. Nora era morena y tenía los ojos negros, grandes y bellos, y daba sombra a su busto gentil una sombrilla color de rosa, floreada con blancas margaritas de corolas de oro.

Lesbia era rubia, de lindos ojos azules, y se resguardaba del sol, bajo una sombrilla blanca que adornaban claveles de color de rosa.

Y en aquella mañana de venturosa primavera, caminaban las dos amigas por el sendero que bordeaban altos castaños de ramajes umbríos. En el cielo, de un límpido azul de zafiro, se veía entre las nubes, la luna blanca, como una apagada lámpara de alabastro. En el campo, el Hada Primavera regaba su coruscante alegría, y vestía de luz, las praderas verdes, y las praderas de oro, donde los trigales al beso de la brisa, se mecían con la blanda ondulación de un lago; y de azul se veían la blanda ondulación de un lago; y de azul se veían las lejanas montañas, el humo de las chozas de la aldea, y el río que con perezosa lentitud de serpiente, iba discurriendo por quebradas y llanuras. Y felices, con el contento que les daba su juventud, iban las dos compañeras diciéndose cosas de amor y de dicha entre la ronda ideal de las mariposas que pasaban. A poco llegaron frente al portón de hierro, que rechinando se abrió para darles paso al inmenso jardín, de donde emergía la deliciosa fragancia de las flores.

–¡Ah!, qué dulce el perfume de las violetas –dijo Nora, en tanto que Lesbia, encantada, contemplaba aquel ensueño de flores, que en una rara y bella variedad de matices, se extendía por la luminosa pradera. Y entre tantas flores, había rosas tan rojas que parecían purpuradas por la sangre de un ave herida que hubiese caído entre las ramas del rosal; y blancas había, como hechas de porcelana o de espuma; y otras rosas pálidas, casi anémicas. Las magnolias lucían la pureza de sus copas de alabastro, llenas de los diamantes del rocío; y las crisantemas de rizados pétalos, eran como crespas cabecitas de nulos. Y violetas muchas, en tupidas alfombras de perfumes.

Más allá, en el extremo del largo jardín, adonde habían llegado las bellas amigas, comenzaba el bosque con sus riachuelos cristalinos y sus espesas frondas, donde las ninfas tejían las misteriosas danzas de sus sueños.

De pronto, y en el silencio del paisaje, que llenaba el viento con sus vagos rumores, se oyó el melancólico gemido de una paloma.

–Nora –dijo la rubia– ¿oyes?

–Sí, Lesbia –contestó la morena–, es una paloma que se queja por la ausencia de su amante...

El ave voló de la alta copa de un árbol a un florido limonero. Qué linda era la paloma con su sedoso plumaje blanco y su pico de rosa. Nora se acercó al limonero a contemplar la preciosa avecita.

–Cuidado, la espantas –murmuró claramente su compañera.

En esos momentos se oyó un rumor de pasos sobre la seca hojarasca. Nora y Lesbia, aterradas, se miraron en silencio... y enseguida una detonación resonó entre ellas, repercutiendo con eco pavoroso en el confín de la selva. La paloma, asustada, levantó el vuelo, y entre la densa humareda que la rodeaba, Nora lanzó un grito terrible, y llevándose ambas manos al pecho, cayó sobre una muelle alfombra de violetas, y bajo una lluvia de hojas y de flores que se desprendían de los árboles umbríos. Y cuando entre los brazos de su amiga, convulsa y agonizante se agitaba la pobre niña, la encendida rosa de sus labios se tomó pálida y mustia, y sobre el albo corpiño, donde se erguía la curva de sus senos, floreció un sangriento y esponjado clavel.

ESPAÑA

Aunque muchos poetas siguieron a Rubén Darío, otros caminaron por sendas más personales de la estética modernista. El modernismo español, en su faceta más preciosista, colorista y retórica, tuvo escasa duración. Los escritores iniciaron pronto una búsqueda de asuntos más abstractos conectados con la tradición y con las realidades locales.

Ramón del Valle-Inclán (1866-1936)

Dramaturgo, poeta, novelista, ensayista y periodista, en su primera época publica *Sonatas*, cuatro novelas cortas, ejemplos de prosa modernista, dedicadas a las diferentes estaciones del año. En ellas narra las aventuras amorosas del marqués de Bradomín. En sus atuendos y en sus comportamientos pretende ser actor de sí mismo. Aunque independientes entre sí, establece correspondencias entre las estaciones y las etapas de la vida de un protagonista que, en diferentes ambientes, vive historias amorosas distintas.

*Memorias del Marqués de Bradomín*²⁷

«Mi amor adorado, estoy muriéndome y sólo deseo verte». ¡Ay! Aquella carta de la pobre Concha se me extravió hace mucho tiempo. Era llena de afán y de tristeza, perfumada de violetas y de un antiguo amor. Sin concluir de leerla, la besé. Hacía cerca de dos años que no me escribía, y ahora me llamaba a su lado con súplicas dolorosas y ardientes. Los tres pliegos blasonados traían la huella de sus lágrimas, y la conservaron largo tiempo. La pobre Concha se moría retirada en el viejo Palacio de Brandeso, y me llamaba suspirando. Aquellas manos pálidas, olorosas,

²⁷ Valle-Inclán, Ramón de, *Sonata de otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2017 (<https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonata-de-otono-memorias-del-marques-de-bradomin-875790/html/dca02929-00e4-41dd-b044-afd2328938a5.html>).

ideales, las manos que yo había amado tanto, volvían a escribirme como otras veces. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Yo siempre había esperado en la resurrección de nuestros amores. Era una esperanza indecisa y nostálgica que llenaba mi vida con un aroma de fe: Era la quimera del porvenir, la dulce quimera dormida en el fondo de los lagos azules, donde se reflejan las estrellas del destino. ¡Triste destino el de los dos! El viejo rosal de nuestros amores volvía a florecer para deshojarse piadoso sobre una sepultura.

¡La pobre Concha se moría!

Yo recibí su carta en Viana del Prior, donde cazaba todos los otoños. El Palacio de Brandeso está a pocas leguas de jornada. Antes de ponerme en camino, quise oír a María Isabel y a María Fernanda, las hermanas de Concha, y fui a verlas. Las dos son monjas en las Comendadoras. Salieron al locutorio, y a través de las rejas me alargaron sus manos nobles y abaciales, de esposas vírgenes. Las dos me dijeron, suspirando, que la pobre Concha se moría, y las dos, como en otro tiempo, me tutearon. ¡Habíamos jugado tantas veces en las grandes salas del viejo Palacio señorial!

Salí del locutorio con el alma llena de tristeza. Tocaba el esquilón de las monjas: Penetré en la iglesia, y a la sombra de un pilar me arrodillé. La iglesia aún estaba oscura y desierta. Se oían las pisadas de dos señoras enlutadas y austeras que visitaban los altares: Parecían dos hermanas llorando la misma pena e implorando una misma gracia. De tiempo en tiempo se decían alguna palabra en voz queda, y volvían a enmudecer suspirando. Así recorrieron los siete altares, la una al lado de la otra, rígidas y desconsoladas. La luz incierta y moribunda de alguna lámpara, tan pronto arrojaba sobre las dos señoras un lívido reflejo, como las envolvía en sombra. Yo las oía rezar medrosamente. En las manos pálidas de la que guiaba, distinguía el rosario: Era de azabaches, y la cruz y las medallas de lucientes oros. Recordé que Concha rezaba con un rosario igual y que tenía escrúpulos de permitirme jugar con él. Era muy piadosa la pobre Concha, y sufría porque nuestros amores se le figuraban un pecado mortal. ¡Cuántas noches al entrar en su tocador, donde me daba cita, la hallé de rodillas! Sin hablar, levantaba los ojos hacia mí indicándome silencio. Yo me sentaba en un sillón y la veía rezar: Las cuentas del rosario pasaban con lentitud devota entre sus dedos pálidos. Algunas veces, sin esperar a que concluyese, me acercaba y la sorprendía. Ella tornábase más blanca y se tapaba los ojos con las manos. ¡Yo amaba locamente aquella boca dolorosa, aquellos labios trémulos y contraídos, helados como los de una muerta! Concha desasíase nerviosamente, se levantaba y ponía el rosario en un joyero. Después, sus brazos rodeaban mi cuello, su cabeza desmayaba en mi hombro, y lloraba, lloraba de amor, y de miedo a las penas eternas.

Cuando volví a mi casa había cerrado la noche: Pasé la velada solo y triste, sentado en un sillón cerca del fuego. Estaba adormecido y llamaron a la puerta con grandes aldabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas. Me incorporé sobresaltado, y abrí la ventana. Era el mayordomo que había traído la carta de Concha, y que venía a buscarme para ponernos en camino.

El mayordomo era un viejo aldeano que llevaba capa de juncos con capucha, y madreñas. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué en medio de la noche.

—¿Ocurre algo, Brión?

—Que empieza a rayar el día, Señor Marqués.

Bajé presuroso, sin cerrar la ventana que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llamó el mayordomo aun brillaban algunas estrellas en el cielo. Cuando partimos oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Hay nueve leguas de jornada y malos caminos de herradura, trasponiendo monte. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la Quintana de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes,

veladas por la niebla. Traspuestas aquéllas, vi otras, y después otras. El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: No acababan nunca. Todo el camino era así. A lo lejos, por La Puente del Prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado a mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba a usanza de Castilla. El sol empezaba a dorar las cumbres de los montes: Rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de pradera, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre la torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios a la puerta. Salieron dos perros flacos, que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

La mujer contestó:

—¡Sin pecado concebida!

Era una pobre alma llena de caridad. Nos vio ateridos de frío, vio las mulas bajo el cobertizo, vio el cielo encapotado con torva amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria y humilde:

—Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen, si son caminantes! ¡Ay! Qué tiempo, toda la siembra anega. ¡Mal año nos aguarda!

Apenas entramos, el mayordomo volvió a salir por las alforjas. Yo me acerqué al hogar donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó a dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina, golpeaba sin tregua: ¡Tac! ¡tac! La voz de un viejo que entonaba un cantar, y la rueda del molino, resonaban detrás. Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro:

—Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos. Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Si cierra a llover no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde:

—Pondré unas trébedes al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Puso las trébedes y el mayordomo comenzó a vaciar las alforjas: Sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo, en tanto, me salí a la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia que ondulaba en las ráfagas del aire. El mayordomo se acercó respetuoso y familiar a la vez:

—Cuando a vucencia bien le parezca... ¡Dígole que tiene un rico yantar!

Entré de nuevo en la cocina y me senté cerca del fuego. No quise comer, y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas, y me sirvió aquel vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio, en uno de esos pequeños vasos de plata que nuestras abuelas mandaban labrar con soles del Perú, un vaso por cada sol. Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salíme otra vez a la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y a la molinera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó a voces.

—¡Padre! ¡Mi padre!...

Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y la guedeja de plata, alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse a comer. Los dos perros flacos vagaban en torno. Fue un festín donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas, que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probar el vino, el viejo molinero se levantó salmodiando:

–¡A la salud del buen caballero que nos lo da!... De hoy en muchos años torne a catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la mujeruca y el mayordomo, todos con igual ceremonia. Mientras comían yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero adónde nos encaminábamos y el mayordomo respondía que al Palacio de Brandeso. El molinero conocía aquel camino, pagaba un foro antiguo a la señora del Palacio, un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año anterior, como la sequía fuera tan grande, perdonárale todo el fruto: Era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar, en medio del humo. Entonces bajaban la voz y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

–Si a vucencia le parece, echaremos un pienso a las mulas y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso a barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones con un musitar de rezo:

–¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al Palacio tenga una grande alegría!... ¡Quiera Dios que se encuentre sana a la señora y con las colores de una rosa!...

Dando vueltas en torno del hogar la molinera repetía monótonamente:

–¡Así la encuentre como una rosa en su rosal!

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo a recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta a vernos partir:

–¡Vaya muy dichoso el noble caballero!... ¡Que Nuestro Señor le acompañe!...

Cuando estuvimos a caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia que comenzaba de nuevo, y se llegó a mí llena de misterio. Así, arrebujada, parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de yerbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

–Cuando se halle con la señora mi Condesa, póngale sin que ella le vea, estas yerbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruiseñores, todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco a poco...

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió a dejar caer. Acercose sonriendo el viejo molinero, y apartó a su hija sobre un lado del camino para dejarle paso a mi mula:

–No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de yerbas mojadas por la lluvia. Las yerbas olorosas llenas de santidad, las que curan la saude de las almas y los males de los rebaños, las que aumentan las virtudes familiares y las cosechas... ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de Concha en el verde y oloroso cementerio de San Clodio de Brandeso!

Yo recordaba vagamente el Palacio de Brandeso, donde había estado de niño con mi madre, y su antiguo jardín, y su laberinto que me asustaba y me atraía. Al cabo de los años, volvía llamado por aquella niña con quien había jugado tantas veces en el viejo jardín sin flores. El sol poniente dejaba un reflejo dorado entre el verde sombrío, casi negro, de los árboles venerables. Los cedros y los cipreses, que contaban la edad del Palacio. El jardín tenía una puerta de arco, y labrados en piedra, sobre la cornisa, cuatro escudos con las armas de cuatro linajes diferentes. ¡Los linajes del fundador, noble por todos sus abuelos! A la vista del Palacio, nuestras mulas fatigadas, trotaron

alegremente hasta detenerse en la puerta llamando con el casco. Un aldeano vestido de estameña que esperaba en el umbral, vino presuroso a tenerme el estribo. Salté a tierra, entregándole las riendas de mi mula. Con el alma cubierta de recuerdos, penetré bajo la oscura avenida de castaños cubierta de hojas secas. En el fondo distinguí el Palacio con todas las ventanas cerradas y los cristales iluminados por el sol. De pronto vi una sombra blanca pasar por detrás de las vidrieras, la vi detenerse y llevarse las dos manos a la frente. Después la ventana del centro se abría con lentitud y la sombra blanca me saludaba agitando sus brazos de fantasma. Fue un momento no más. Las ramas de los castaños se cruzaban y dejé de verla. Cuando salí de la avenida alcé los ojos nuevamente hacia el Palacio. Estaban cerradas todas las ventanas: ¡Aquella del centro también! Con el corazón palpitante penetré en el gran zaguán oscuro y silencioso. Mis pasos resonaron sobre las anchas losas. Sentados en escaños de roble, lustrosos por la usanza, esperaban los pagadores de un foral. En el fondo se distinguían los viejos arcones del trigo con la tapa alzada. Al verme entrar los colonos se levantaron, murmurando con respeto:

—¡Santas y buenas tardes!

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870)

La poesía simbolista y subjetiva de Bécquer influyó en la obra de muchos de los escritores del siglo XX como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Rafael Alberti y Luis Cernuda. Dámaso Alonso llamó a Bécquer el «primer poeta contemporáneo» de la Generación del 27. Según algunos críticos el poeta sevillano es el punto de partida del Modernismo y otros identifican su influencia en Martí, José Asunción Silva, Julián del Casal, González Prada e, incluso, en Rubén Darío.

Rima I

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de este himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarlo, y apenas, ¡oh hermosa!
si, teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera, al oído, contártelo a solas.

Rima II

Saeta que voladora
cruza, arrojada al azar,
sin adivinarse dónde
temblando se clavará;

hoja que del árbol seca
arrebata el vendaval,
sin que nadie acierte el surco
donde a caer volverá;

gigante ola que el viento
riza y empuja en el mar,
y rueda y pasa, y no sabe
qué playa buscando va;

luz que en los cercos temblorosos
brilla, próxima a expirar,
ignorándose cuál de ellos
el último brillará;

eso soy yo, que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo, ni a dónde
mis pasos me llevarán.

Rima III

Sacudimiento extraño
que agita las ideas,
como huracán que empuja
las olas en tropel;

murmullo que en el alma
se eleva y va creciendo,
como volcán que sordo
anuncia que va a arder;

deformes siluetas
de seres imposibles;
paisajes que aparecen
como a través de un tul;

colores que fundiéndose
remedan en el aire
los átomos del iris
que nadan en la luz;

ideas sin palabras,
palabras sin sentido;
cadencias que no tienen
ni ritmo ni compás;

memorias y deseos
de cosas que no existen;
accesos de alegría
impulsos de llorar;

actividad nerviosa
que no halla en qué emplearse;
sin rienda que lo guíe
caballo volador;

locura que el espíritu
exalta y enardece;
embriaguez divina
del genio creador...
¡Tal es la inspiración!

Antonio Machado (1875-1939)

La obra inicial de Antonio Machado (como la de su hermano Manuel) posee diferentes rasgos modernistas que fueron evolucionando después hacia una poesía comprometida humano y existencial. En ocasiones resuenan los ecos de la sabiduría popular y de los valores pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza. Su obra poética se inicia con rasgos de un modernismo intimista. A esta tendencia pertenece su poemario *Soledades, galerías y otros poemas*, en cuyos versos se combinan los elementos modernistas con cierto tono melancólico y reflexivo.

- I - *El viajero*

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo del espejo,

el rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó –la pobre loba– muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela henchida?

Él ha visto las hojas otoñales,
amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas.

Y este dolor que añora o desconfía
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tictac del reloj. Todos callamos.

- II -

He andado muchos caminos

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño
que miran, callan, y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan adónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

Manuel Machado (1874-1947)

En algunas de sus obras como, por ejemplo, *Alma*²⁸ destacan varios rasgos modernistas y también hemos de destacar que, junto con su hermano Antonio, colaboró en publicaciones editadas por Francisco Villaespesa y Juan Ramón Jiménez. En París trabajó como traductor en la editorial Garnier y compartió piso con Enrique Gómez Carrillo, Amado Nervo, Rubén Darío, y con el actor Ricardo Calvo. Divulgador y renovador del folclore popular y el cante hondo, escribió coplas, seguidillas y soleares.

Oriente

Antonio, en los acentos de Cleopatra encantado,
la copa de oro olvida que está de néctar llena.
Y, creyente en los sueños que evoca la sirena,
toda en los ojos tiene su alma de soldado.

La reina, hoja tras hoja, deshojando sus flores,
en la copa de Antonio las deja dulcemente...
Y prosigue su cuento de batallas y amores,
aprendido en las magas tradiciones de Oriente...

Detiénese... y Antonio ve su copa olvidada...
Mas pone ella la mano sobre el borde de oro,
y, sonriendo, lenta hacia sí la retira...

Después, siempre a los ojos del guerrero asomada,
sella sus gruesos labios con un beso sonoro...
y da la copa a un siervo, que la bebe y expira...

²⁸ José Cenizo dedica su reflexión en el trabajo titulado «*Alma*», *Manuel Machado y el Modernismo*, Cauce, n.º 26, pp. 46-65 (https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/pdf/cauce26/cauce26_04.pdf).

Mariposa negra

A Rubén Darío

La hora cárdena... La tarde
los velos se va quitando...
El velo de oro..., el de plata.
La hora cárdena...
«Aún es temprano».
«Nada veo sino el polvo
del camino...»
«Aún es temprano».

«¿Gritaron, madre?»
«No, hija;
nadie habló... ¿Lloras?...»
«Lo blanco
del camino que contemplo
las lágrimas me ha saltado...»
«No es eso...»
«Yo no sé, madre».
«Él vendrá, que aún es temprano».

«Madre, el humo se está quieto,
las nubes parecen mármol...,
y los árboles diríase,
que tienden abiertos brazos».

Un mendigo horrible pasa,
y hacia el castillo ha mirado.

Una negra mariposa
revolotea en el cuarto.
La hora cárdena... La tarde
los velos se va quitando...

El velo de oro, el de plata...,
el de celajes violados.
... Y el sol va a caer allá lejos,
guerrero herido en el campo.

¡Mal hayan los servidores
que sin su señor tornaron,
los que con él se partieron
y traen, sin él, su caballo!

Juan Ramón Jiménez (1881-1958)

Inicialmente e influido por Bécquer cultivó una poesía con rasgos denominados más tarde «modernistas». Incluso su libro *Platero y yo*, en el que cuenta en prosa poética la breve vida de un burro, posee algunos de estos caracteres. Fechada por su autor en 1914, es la obra más popular del poeta, está escrita en una prosa que suavemente lleva al lector a través de una cuidadosa serie de imágenes poéticas. En esta etapa (1898-1915) predominan las descripciones del paisaje, los sentimientos sutiles, la música y el color, los recuerdos y ensueños amorosos. En 1936, al estallar la Guerra Civil española, se exilia a Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico donde recibió la noticia de la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1956.

Yo me moriré

Yo me moriré, y la noche
triste, serena y callada,
dormirá el mundo a los rayos
de su luna solitaria.

Mi cuerpo estará amarillo,
y por la abierta ventana
entrará una brisa fresca
preguntando por mi alma.

No sé si habrá quien solloce
cerca de mi negra caja,
o quien me dé un largo beso
entre caricias y lágrimas.

Pero habrá estrellas y flores
y suspiros y fragancias,
y amor en las avenidas
a la sombra de las ramas.

Y sonará ese piano
como en esta noche plácida,
y no tendrá quien lo escuche
sollozando en la ventana.

Platero y yo

Capítulo I

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: «¿Platero?», y viene a mí con un trocillo alegre que parece que se ríe en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar; los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

–Tien'asero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Salvador Rueda (1857-1933)

Su origen humilde le hizo pasar por diferentes trabajos hasta que consiguió un empleo en *La Gaceta de Madrid*. Fue acogido en Hispanoamérica e influido por Rubén Darío, fue uno de los precursores del Modernismo en España. Cultivó la poesía y se dedicó al periodismo. En su obra poética, iniciada hacia 1880, destacan *Aires españoles* (1890) y *Piedras preciosas* (1900). También publicó novelas, relatos costumbristas y piezas teatrales.

Piedras preciosas es una antología poética que reúne cien sonetos en los que advertimos varios de los rasgos distintivos del autor como el costumbrismo que retrata el ambiente rural de la Andalucía de su época, las imágenes sensoriales y un incipiente modernismo con su plasticidad pictórica y musical.

Piedras preciosas

Las cuaja Dios en ritmos de cristales
de cada limpio sol a la luz nueva,
como los sueños que en su mente eleva
cuaja el poeta en ritmos musicales.

Son dos cadencias en el fondo iguales;
lo bello en ambas vive y se renueva;
mas la cadencia de la estrofa, lleva
el alma con sus luchas ideales.

Dentro de mí cuajó la fantasía,
en el rubí, la luz de mi alegría;
en la turquesa azul, mi sentimiento;
en el ópalo vago, mis suspiros;
mis lágrimas, en trémulos zafiros;
y en diamante inmortal, mi pensamiento.

La musa retórica

Indiferente el entusiasmo o muerto,
petrificado el corazón y frío,
sin placer ni dolor, ansia ni hastío,
oye del mundo el trágico concierto.

Sabia cincela su lenguaje yerto,
con sus estruendos simulando brío,
y remeda su vano poderío
a la inmutable esfinge del desierto.

Musa en sereno mármol esculpida,
mira impassible el río de la vida
con sus ojos inmóviles y raros.

Y si lo humano llega a su figura,
resbala, sin prender, por su tersura,
como las perlas por el limpio Paros.

La musa humana

De oídos y retinas está llena
para auscultar y ver la vida humana,
y con luz de su frente soberana
del mundo alumbra la infinita escena.

Para ordenarlo, todo lo encadena;
para sentirlo, todo lo desgrana;
y a cuanto impulso de vivir emana,
como la estatua de Memnón resuena.

Con los pies apoyados en el suelo
y las alas tendidas hacia el cielo,
fustiga, ensalza, alégrase o suspira.

Lleva en su corazón sonos diversos;
su sangre dicta el ritmo de sus versos;
sus nervios son las cuerdas de su lira.

Manuel Reina Montilla (1856-1905)

Político, periodista y poeta está considerado como uno de los precursores del Modernismo. Su primer libro fue *Andantes y allegros*, de 1877. Publicó sus primeros poemas en *La Época* y en *La Ilustración Española y Americana*. Sus obras son *Andantes y Allegros* (1877), *Cromos y acuarelas* (1878), *La vida inquieta* (1894), *La canción de las estrellas* (1895), *Poemas paganos* (1896), *Rayo del sol* (1897), *El jardín de los poetas* (1899), *Robles de la selva sagrada* (1906) y *Sus mejores versos* (1928)²⁹.

Introducción a Sus mejores versos

*Hijo soy de mi siglo,
y no puedo olvidar que por el triunfo
de la conciencia humana,
desde mis años juveniles lucho.*

Núñez de Arce

Soy poeta: yo siento en mi cerebro
hervir la inspiración, vibrar la idea;
siento irradiar en mi exaltada mente
imágenes brillantes como estrellas.

El fuego abrasador de los volcanes
en mi gigante corazón flamea;
escalo el cielo, bajo a los abismos,
rujo en el mar, cabalgo en la tormenta.

Soy poeta: mi espíritu se escapa
de la mezquina cárcel de la tierra,
y sobre otros espacios y otros mundos
tiende sus alas de águila altanera.

Bebe la luz en la mansión del rayo;
«atraviesa las órbitas etéreas»,
y el penetrante arpón de sus pupilas
recorre el panorama de la esfera.

²⁹ Sabido, V., 2009, *Antología del Modernismo literario hispánico*, Editorial Comares. Segunda edición; Pérez Martínez, Á., «Las relaciones entre poesía y pintura en la obra de Manuel Reina» (https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/17/aih_17_5_016.pdf).

Soy poeta: al rumor de las naciones
las cuerdas de mi cítara se templan;
lloro en el negro mundo de las tumbas,
río en la bacanal, trueno en la guerra.

El amor y la patria son mi vida;
el corazón humano, mi poema;
mi religión, la caridad y el arte;
la libertad sublime mi bandera.

Soy poeta: yo siento en mi cerebro
hervir la inspiración, vibrar la idea;
siento irradiar en mi exaltada mente
imágenes brillantes: ¡soy poeta!

La perla

Contemplaban tus ojos centelleantes
la palma de cristal, la linfa
pura del surtidor que vierte en la espesura,
su polvo de zafiros y diamantes,
cuando enferma, con pasos vacilantes,
se acercó una mujer, todo tristura,
y te pidió limosna con dulzura
fijando en ti miradas suplicantes.
La perla que en tu mano refulgía
diste a aquella mujer pobre y doliente,
que se alejó, llorando de alegría.
Yo, entonces, conmovido y reverente,
no te besé en los labios cual solía,
¡sino en la noble y luminosa frente!

Juventud de Musset

A D. Manuel Cano y Cueto

- I -

Mimí Pinsón, la griseta
seductora,
arrulla, dulce y coqueta,
con su risa trinadora,
la juventud del poeta.

Junto a su amada, el cantor
da al olvido
toda amargura y dolor,
al pie de rosal florido
donde mora un ruiñeñor.

Y ella, con vivos fulgores
en los ojos,
al vate de sus amores
ofrece sus labios rojos
y una corona de flores.

Y a la luz de astros radiantes
y entre notas argentinas
del ave, estallan triunfantes
las rotas frases divinas
y el beso de los amantes.

- II -

En tarde resplandeciente
y aromada,
reclina el genio la frente
sobre el cabello esplendente
de su gentil adorada;
cuando, envuelto en áurea bruma,
cruza el cielo
cisne blanco, cual la espuma,
que, herido, pierde en su vuelo,
una ensangrentada pluma.

Con rápida sacudida
se alza el vate,
y ase, el alma conmovida,
la pluma, en sangre teñida
cual lanza tras del combate.

Y arranca de ella el tesoro
de sus más tristes canciones,
bajo cuyas alas de oro
se anegan en dulce lloro
los dolientes corazones.

El insecto y la estrella

Mirad aquel insecto
de transparentes alas
en los brillantes pétalos posado
de aquella rosa blanca.

El cielo contemplando
las largas noches pasa,
fija la vista en la hermosura y brillo
de cierta estrella pálida.

¡Amor de un pobre insecto!
¡amor sin esperanza!
La estrella no lo mira, es insensible;
las estrellas no aman.

En la nevada rosa
se ven, por las mañanas,
mil gotas cristalinas que parecen
abrasadoras lágrimas.

Andalucía

A José Vignote

Cielo brillante, fuentes rumorosas,
ojos negros, cantares y verbenas,
altares adornados de azucenas,
rostros tostados, perfumadas rosas.
Bellas noches de amor esplendorosas,
mares de plata y luz, brisas serenas,
rejas de nardos y claveles llenas,
serenatas, mujeres deliciosas.
Cancelas orientales, miradores,
la guitarra y su triste melodía
vinos dorados, huertas, ruiseñores,
deslumbradora y plácida poesía...
He aquí al pueblo del sol y los amores,
la mañana del mundo: ¡Andalucía!

Ricardo Gil (1853-1907)

Junto a Salvador Rueda y Manuel Reina es uno de los precursores españoles del Modernismo. Sus versos aluden a Isabelle von Pekovick, una señora húngara, de la que estaba enamorado. Su poesía revela un claro influjo de Bécquer y la métrica de *Va de cuento* es claramente modernista. Nació y murió en Madrid (1853-1907), pero realizó sus estudios y escribió sus obras en Murcia³⁰. En 1885 publicó *De los quince a los treinta* en el que incluye un poema de 1876, dedicado a la guitarra murciana³¹:

La guitarra es morisca

La guitarra es morisca; tiene el acento
lánguido y amoroso del Mediodía:
tiene todos los tonos del sentimiento;
tiene todas las llaves de la armonía;
es vago su sonido y soñoliento
como azulado rayo de luna fría
nacen pausadas
sus notas perezosas
y perfumadas.

La guitarra es morisca; y en sus bordones
se incuba el áureo germen de celestiales
fantásticas, bullentes apariciones
que abulta de sus notas a raudales;
sobre Al-borak, surcando claras regiones
solo el profeta pudo verlas iguales;
pasan envueltas
en argentinas ondas
de notas sueltas.

Su modernismo se advierte, sobre todo, en *La caja de música* (1898), su segundo libro de poemas, al que pertenecen los siguientes versos:

³⁰ Juan Barceló Jiménez lo estudia como tal precursor junto a otros escritores murcianos (por ejemplo, Andrés Blanco García o José Martínez Parra).

³¹ Publicados por Encarna Pérez, abril 1, 202, en <https://littera.es/algunos-poemas-de-ricardo-gil/>.

Silencio

En dos abismos resonó mi queja,
y sólo en uno el eco ha respondido.
El uno respondió y era de roca...
El otro fue tu corazón vacío.

A Calderón Alabado por Pedancio

Siendo español no ha sido perezoso,
ni siendo militar fue pendenciero:
cortesano y no ha sido lisonjero;
teólogo y al ergo dio reposo;

Honores recibió; no fue ambicioso:
fue poeta y modesto... ¿Pues qué, pero,
qué falta impide que el romano clero
canonice a varón tan virtuoso?...

¿A qué tanto esperar? Yo le consagro
mis oraciones ya con toda el alma
en los combates de la carne recios...

Mas ya sé lo que esperan, un milagro:
ver si después de muerto puede en calma
resistir la alabanza de los necios.

Duda

Desierto está el jardín... De su tardanza
no adivino el motivo... El tiempo avanza...
Duda tenaz, no turbes mi reposo.
Comienza a vacilar mi confianza...
El miedo me hace ser supersticioso.

¡Cómo asustado el pensamiento vuela!...
Si aparece, al llegar, en la cancela,
será que es fiel... Si acude a nuestra cita
por el postigo, entonces no recela
mi amor en vano... ¡Dios no lo permita!

¡Huye, duda; del alma te destierro!
Por la cancela del dorado hierro
vendrá... Pero, Señor, ¿qué la detiene?...
Sus pasos oigo ya... Los ojos cierro,
que no quiero saber por dónde viene.

Francisco Villaespesa (1877-1936)

Su primera obra modernista es *La copa del rey de Thule*, del año 1900. También es autor de piezas teatrales y de novelas. Destaca como poeta creador de una amplia obra de más de cincuenta libros y como dramaturgo por sus obras teatrales *El alcázar de las perlas*, *Aben Humeya* y *La leona de Castilla*.

La copa del rey de Thule

Ofrenda

Si penas y dudas olvidar ansias
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fue cáliz de besos en noche de orgías.

Hoy es santuario de las Musas mías:
de Chipre, bacante lasciva y discreta,
del Champaña, el oro de la vida inquieta,
y el Jerez, la rosa de mis alegrías.

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora, embriégate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

Silencio

Para Rubén Darío

¡El Silencio! La Esfinge con el dedo en el labio...
Azahar inviolado de la frase no escrita...
La flor a quien consulta amores Margarita...
El libro donde siembra sus máximas el sabio...

El ensueño tranquilo del amor sin agravio...
Oración sin palabras de espectral cenobita...
Majestad de la estatua... La tristeza infinita...
¡El Silencio!... La Esfinge con el dedo en el labio...

¡Oh los reyes que duermen en las piedras tumbales!
¡Oh las almas sufridas que se callan sus males!...
En la celda más triste del oscuro convento

viejo monje contempla, silencioso e inerte,
sobre la abierta hoja de infolio amarillento
el borroso esqueleto de la pálida Muerte...

Los crepúsculos de sangre

Para Juan R. Jiménez

En los labios la sonrisa dolorosa de los mártires,
a las luces moribundas y sangrientas de la tarde que se apaga;
él mirándose en los ojos de la virgen soñadora,
y ella oculta en negros tules, ojerosa, triste y pálida,
por la senda más florida
del jardín de la Esperanza,
bajo un palio de claveles, de jazmines, de laureles y de adelfas,
el poeta
y su musa favorita, la que tiene la tristeza de la luna en la mirada,
lividices sepulcrales en las húmedas mejillas
y jirones de tinieblas en la oscura cabellera destrenzada,
silenciosos atraviesan
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

A su paso, como besos lujuriosos
de unos labios de escarlata,
triumfalmente se entreabren los claveles;
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines,
y se agitan rumorosos, entonando himnos de gloria,
los laureles que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:
«El Sol vierte en nuestras venas
los ardores tropicales de su sangre epitalámica.
Florece en los labios que se funden en un beso
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada.

Somos himnos luminosos y triunfales en las rojas epopeyas;
regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;
tibia lluvia de rubíes que enrojece los azahares de la novia;
llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales
donde duermen las princesas y las reinas encantadas.
Reflejamos en la sangre de los vinos –de los vinos que enloquecen–
el incendio lujurioso que devora nuestras almas,
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo, el fulgor de nuestras llamas.
Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos ondulantes de tu amada...».

Y el poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:
«Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.
Nuestra cuna fue la nieve que corona las montañas.
Nuestros besos son los rayos temblorosos de la luna,
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.

Florece en el velo vaporoso de las vírgenes;
a los cisnes les prestamos su blancura inmaculada,
a los reyes el armiño de las túnicas triunfales,
y a Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara.

Somos níveas mariposas que entre flores aletean;
en los cielos azulados pasajeras nubes blancas;
hostia mística en los cálices que en el templo se consumen;
apagados resplandores en el mármol de la estatua,
y en los días luctuosos del Invierno taciturno,
blancos copos de la nieve que descende silenciosa y solitaria.

Nos abrimos, al incendio de unos labios febricentes,
en los senos palpitantes y desnudos de la joven desposada,
y a la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos
le servimos de mortaja.

Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos ondulantes de tu amada».

Y el poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:
«Nos alzamos en las cumbres
donde anida el Sol y el Águila,
y sonríen las estrellas fulgurantes de la Gloria.

En las rojas epopeyas somos palmas
que arcos fingen, cuando alegres, entre vítores y aplausos,
relinchando los corceles y desnudas las espadas,
los guerreros victoriosos
en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el Circo la agonía de los mártires
devorados por las fieras. Coronamos las estatuas
vencedoras del Olvido, y en la frente de los nobles paladines
florece como triunfo de inmortales esmeraldas.
Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...
El mar besa con sus olas nuestras plantas,
y los rudos huracanes, que deshojan las florestas, acarician
con sus dedos temblorosos nuestra verde cabellera destrenzada...

Ven, poeta,
y eterniza con un ramo de laureles
la hermosura pasajera de tu amada...».

Y el poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:
«Nuestras flores son sangrientas
como carnes desgarradas
a mordiscos lujuriosos.
Florece con la liebre...
Entonamos en el hacha
reluciente del verdugo la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña
las serpientes del Delirio... las serpientes que enrojecen nuestras almas...
Alumbramos los oscuros calabozos donde ruge la Locura,
y las celdas solitarias
donde en místicos espasmos las histéricas novicias
de lujuria se embriagan
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...».

Y el poeta
y su musa favorita se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen, triste y pálida,
florecieron las adelfas...

El jardín de la Esperanza
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres...

Los claveles, los jazmines, los laureles, las adelfas, se agitaron;
y sus hojas arrastradas
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,
se perdieron para siempre por las sendas solitarias,
lentamente... lentamente, como pálidas visiones
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

En un lánguido martirio de oro y púrpura
el crepúsculo moría... Suspiraban
temblorosas las adelfas.
Y al empuje de los vientos, las simbólicas granadas,
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo
sus rubies desgranaban...

Tomás Morales (1884-1921)

Está considerado como el representante del modernismo lírico insular y como el iniciador de la poesía canaria moderna. Entre sus obras destacan *Las rosas de Hércules* y su poema *Oda al Atlántico* que están dotados de una musicalidad de estilo modernista. En ellos mezcla asuntos mitológicos con datos de la cultura y de la geografía canarias. Los temas Mar-Hombre, Mar-Tierra, Mar-Destino, que son para el poeta los tres aspectos de un solo mundo, se reflejan en la «Oda al Atlántico», poema épico del Mar-Atlántico (el del gigante que sostiene a la tierra sobre sus hercúneas espaldas). Un ejemplo podría ser el siguiente poema de *Vacaciones sentimentales*:

IV

Entonces era un niño con los bucles rizados:
a la tarde, solía jugar por el jardín,
feliz con mi trompeta, mi caja de soldados,
sin más novelerías que los cuentos de Grimm.

Había algunas niñas, amigas de mi hermana:
Leopoldina era rubia con oros de trigo;
Carmencita, morena como una sevillana;
¡Lucila era tan pálida!... Y la traviesa Juana
reía en el crepúsculo su risa de cristal...
Esta era la alegría: en cuanto era llegada
se poblaba de trinos el amplio caserón,
con su vestido blanco, su carita rosada
y aquellos labios, rojos como una tentación...

De todas las muchachas era la preferida:
ella fue mi primera visión sentimental...
Al recordar ahora su silueta querida,
siento que mi alma tiene dulzuras de panal...
Yo estaba enamorado de mi amiguita... Un día
en que el sol de su risa brilló más retozón,
eché a correr tras ella por ver si la cogía,
y la cogí... Y, entonces, como ella se reía,
yo besé aquella risa, que era mi tentación...

El mar

El mar: el gran amigo de mis sueños, el fuerte
titán de hombros cerúleos e inenarrable encanto:
en esta hora, la hora más noble de mi suerte,
vuelve a henchir mis pulmones y a enardecer mi canto...
El alma en carne viva va a ti, mar augusto,
¡Atlántico sonoro! Con ánimo robusto,
quiere hoy mi voz de nuevo solemnizar tu brío.
Sedme, Musas, propicias al logro de mi empeño:
¡mar azul de mi Patria, mar de Ensueño,
mar de Infancia y de mi Juventud... mar Mío!

(R. H., II)

Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.

El puerto adonde arriban cual monstruos jadeantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.

(R. H., I)

Oda al Atlántico, I

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía...

Y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

(R. H., I)

Eduardo Marquina (1879-1946)

Poeta y dramaturgo catalán, escribió una letra para el himno español por encargo del rey Alfonso XIII. Sus rasgos modernistas los apreciamos, sobre todo, en *Pèl & Ploma* y en *Vendimió*n, obras que, según algunos críticos, son de las más seductoras del modernismo catalán. Algunas de sus composiciones teatrales más conocidas son *Las hijas del Cid*, *En Flandes se ha puesto el sol*, *Teresa de Jesús* y *La ermita, la fuente y el río*.

*Salmo de amor*³²

¡Dios te bendiga, amor, porque eres bella!
¡Dios te bendiga, amor, porque eres mía!
¡Dios te bendiga, amor, cuando te miro!
¡Dios te bendiga, amor, cuando me miras!

¡Dios te bendiga si me guardas fe;
si no me guardas fe, Dios te bendiga!
¡Hoy que me haces vivir, bendita seas;
cuando me hagas morir, seas bendita!

¡Bendiga Dios tus pasos hacia el bien,
tus pasos hacia el mal, Dios los bendiga!
¡Bendiciones a ti cuando me acoges;
bendiciones a ti cuando me esquivas!

¡Bendígate la luz de la mañana
que al despertarte hiere tus pupilas;
bendígate la sombra de la noche,
que en su regazo te hallará dormida!

¡Abra los ojos para bendecirte,
antes de sucumbir, el que agoniza!
¡Si al herir te bendice el asesino,
que por su bendición Dios le bendiga!

³² Palenque, M., «Eduardo Marquina en la revista *Pèl & Ploma*. El maquillaje de un tiempo de juventud» (https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/17/aih_17_5_061.pdf).

¡Bendígate el humilde a quien socorras!
¡Bendígate, al nombrarte, tus amigas!
¡Bendígate los siervos de tu casa!
¡Los complacidos deudos te bendigan!

¡Te dé la tierra bendición en flores,
y el tiempo en copia de apacibles días,
y el mar se aquiete para bendecirte,
y el dolor se eche atrás y te bendiga!

¡Vuelva a tocar con el nevado lirio
Gabriel tu frente, y la declare ungida!
¡Dé el cielo a tu piedad don de milagro
y sanen los enfermos a tu vista!

¡Oh querida mujer!... ¡Hoy que me adoras,
todo de bendiciones es el día!
¡Yo te bendigo, y quiero que conmigo
Dios y el cielo y la tierra te bendigan!

Saulo Torón Navarro (1885-1974)

Quizás por haber tenido una infancia difícil por las muertes de familiares, sus poesías, compiladas en *Las monedas de cobre* (1919), *El caracol encantado* (1926) y *Canciones de la orilla* (1932), poseen cierta contención expresiva. Sus poemas, de versos sencillos y sobrios, recuerdan el estilo del Machado de *Campos de Castilla*, aunque estén situados en el paisaje del isleño. Sus principales obras son *Las monedas de cobre* (1919), *El caracol encantado* (1926) y *Canciones de la orilla* (1932)³³.

El sermón

Una jerga humorística, dicha en tono severo,
contra el vicio y las modas que nos manda París;
muchas citas al margen de Caín y Lutero,
pero pocas, muy pocas, del hermano de Asís.

Los galanes aprueban, una anciana suspira,
las doncellas se miran y suspiran también...
El espíritu malo que mis sueños inspira,
ríe loco. –Este espíritu es también parisién–.

Sigue el páter su arenga, ahora en tono profético:
«El progreso de Francia es un crimen herético,
al que Dios en su día sabrá dar justo fin...».

Luego saca un pañuelo, se acaricia la frente,
redondea lo expuesto con su giro elocuente,
y termina soltando una frase en latín.

(*Las monedas de cobre*, 1919)

³³ «Saulo Torón Navarro (1885-1974)», Aula Medieval, *Parnaseo* (https://parnaseo.uv.es/AulaMedieval/aM_es/StorycaWeb/Descargas/MS18/18_Saulo_Toron_Navarro.pdf).

Tu casita

En un valle pintoresco
tu casita se levanta,
orgullosa del tesoro
que entre sus paredes guarda.
Es blanca como la nieve
que corona las montañas,
como la flor del almendro,
como la espuma del agua.
Adornan sus altos muros
madreselvas enlazadas
que, besando las paredes,
se columpian por las tapias,
y esparcen en el ambiente
de sus flores la fragancia,
fragancia que, caprichosa,
prende la brisa en sus alas.

Una fuente cristalina
pasa bajo sus ventanas,
repitiendo bulliciosa
su monótona cantata.
Todo en ella es poesía...
Nueva y primorosa Alhambra,
que para nido de amores
un rey moro edificara.
Entre sus blancas paredes
vive mi bella sultana,
la de los blondos cabellos,
la de la frente de nácar,
la de las negras pupilas,
la de los labios de grana,
la de la esbelta figura,
la de las dulces palabras.
La princesita ideal
que el romántico soñara,
tejiendo rayos de luna
junto a un surtidor de plata.

Casita de mis amores,
pequeña casita blanca,
que en el valle pintoresco
orgullosa te levantas.
Quién pudiera entre tus muros
pasar su existencia en calma,
ajeno a las injusticias
de las soberbias humanas.
Sin anhelos ni temores,
sin ambiciones de nada;
apartado del bullicio
de esa loca caravana
de miserables mendigos,
de poderosos sin alma,
de imbéciles, que no saben
sino labrar sus desgracias.
Contemplándome en los ojos
de la mi bella sultana,
la de los blondos cabellos,
la de la frente de nácar.
¡El tesoro inapreciable
que entre tus paredes guardas,
casita de mis amores,
pequeña casita blanca!...³⁴

(Las monedas de cobre, 1919)

³⁴ Raúl Molina Gil, *Entre los poetas míos. Antología de poesía contemporánea de tema medieval en España* (1900-1920), *Storyca* 8 (2018): 31-325, 307.

Alonso Quesada (1885-1925)

Poeta, narrador y autor dramático, cuyo verdadero nombre era Rafael Romero Quesada, mezcla anécdotas humorísticas con lamentos angustiosos. Compatibilizó su trabajo como administrativo de varias empresas comerciales inglesas con colaboraciones periodísticas y con textos en verso, en prosa y con obras teatrales dotadas de una fina ironía. Una de sus obras más destacadas es *El lino de los sueños* (1915) prologado por Miguel de Unamuno. Gran parte de su obra fue publicada después de su muerte.

La oración de todos los días

¡Bendita la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde.
Mi madre ha sonreído tristemente,
pero había una paz en su mirada...

Yo gano el pan de una infeliz manera
porque yo no nací para estas cosas:
hago unas sumas y unas reducciones;
y así me consideran y me pagan.

Hoy hace cinco años que mi padre
me dejó este gobierno; cuando era
más amplia la ilusión y la locura
pasaba por mi mente a enamorarse.

¡Bendita la orfandad, las privaciones,
el amargo dolor, y los caminos
por donde, sin oficio, voy andando,
profeso caballero de la Noche!...

Las seis mujeres de mi casa, dicen
que esta resignación me dará el cielo:
verdad será, porque lo dicen todas,
y ellas en esas cosas saben mucho.

Conformidad de toda pesadumbre:
¡Mañana moriremos! Los gusanos
todo nos quitarán menos la risa
petrificada en nuestra calavera.

¡Benditas sean las amargas horas,
la pobre compasión de los mayores
y esta inquietud de no saber mañana
dónde tendré el hogar y los ensueños!

.....

Serenamente el mar viene a mi alma
en estas lentas tardes del verano;
sobre la arena de la playa aguarda
mi corazón la sombra que lo envuelva.

(¡Mi corazón de noche!... ¡Es esa, dulce
y tenue claridad, que no es del cielo
ni de la tierra, y que en la noche tiembla
como una huella de la tarde ida!)

Y mi alma, tiende sobre el mar dorado
una esperanza de mejores tiempos,
en ese instante en que las cosas todas
por demasiado ciertas nos engañan.

¡Las venideras horas serán buenas,
y buena la verdad de mi reposo!
—digo, ¡y bendigo la infantil creencia
de este mi pobre corazón, tan niño!...

José Sánchez Rodríguez (1875-1940)

Alcanzó un amplio éxito a principios de siglo, sobre todo con sus libros *Alma andaluza* (1900) y *Canciones de la tarde* (1902). Con anterioridad había publicado *Mis primeras notas*, *Remembranzas* y *Nocturnas*. Fue también periodista y autor teatral. Mantuvo una intensa relación epistolar con las más destacadas figuras de la literatura de su época: Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Martínez Sierra, Ricardo León, Salvador Rueda, Julio Pellicer y González de Candamo, entre otros. La amistad entre el poeta malagueño y Villaespesa contribuyó para que sus obras fueran conocidas en los ambientes literarios del modernismo madrileño. José Sánchez Rodríguez proponía en sus obras una nueva manera de sentir poéticamente a Andalucía, una vuelta a lo popular, a los romances, a la espontaneidad lírica. Su poemas publicados en *Alma Andaluza*³⁵ pueden cantarse por cualquier estilo flamenco.

Tientos

Escuchábase a lo lejos
la fiesta que comenzaba;
sonaban leves las cuerdas
de la doliente guitarra,
y sus ecos se perdían
en las calles solitarias,
como se pierde un suspiro
cuando nadie lo reclama.
Volvió el suspiro escapado
de la reja solitaria;
volvió de la alegre fiesta
cuando la fiesta acababa.
No me vengas con suspiros,
que nada conseguirás.
¡Amor que vive en el aire,
quién sabe lo que será!

³⁵ Arrebola, A., 1990, *Los escritores malagueños y el flamenco*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad.

Peteneras

Madrecita mía,
¡qué pena tan grande
es querer a esa niña morena
que no quiere a nadie!

No me jures tu cariño,
porque sin jurar te creo:
¡amor que brilla en los ojos
es el amor que yo quiero!

Los suspiros de mi pecho,
cuando pasan por mi boca,
salen buscando la vida
porque en el pecho se ahogan.

Algún día llorarás,
y llorarás sin consuelo.
¡Qué triste hará tu agonía
la voz del remordimiento!

Dicen que lo negro es triste;
que señal de desconsuelo;
que es el color del abismo
y el horizonte del miedo.

Caña

«Tengo un cantar en el alma,
que es el cantar de la pena,
si quieres que te lo diga,
pídele a Dios que me muera.

Permita Dios que algún día
como me pagas te paguen;
y que, al llorarme, no tengas
ni ojitos con que llorarme».

Seguiriyas

Los cielos permitan
labrar mi fortuna:
¡que en la tierra que cubra mis huesos
te den sepultura!

Aunque tú no quieras,
yo quiero ser tuya:
¡que en el hoyo donde echen mi cuerpo
te den sepultura!

EL ALTO MODERNISMO ANGLOSAJÓN

El Alto Modernismo Anglosajón, caracterizado por su elitismo, marca el distanciamiento entre el Modernismo y el Postmodernismo en Londres y en París, los centros neurálgicos de la cultura artística en esos momentos. Los escritores estadounidenses y los del Reino Unido de la primera mitad del siglo XX, por un lado, rechazan su herencia inmediata y, por otro, muestran su desacuerdo con la representación realista y la voluntad de jugar con las expectativas del lector. También observamos la creciente tendencia al empleo del monólogo interior, a la mezcla de términos populares y cultos, y a la vinculación de los contenidos de la poesía con los de las artes plásticas.

Djuna Barnes (1892-1982)

Pasó una larga temporada en París desde donde recorrió diversos países europeos. Sus últimos cuarenta años residió en Nueva York. Mujer rebelde, libre y transgresora de las convenciones artísticas, plasmó su vida en sus obras. Murió recién cumplidos los noventa años, en 1982, sola y alejada del mundo decadente en el que había vivido. Su relación con la artista Thelma Wood es el asunto de su novela *Nightwood*, *El bosque de la noche*, 1936.

Nightwood

Chapter one: Bow Down

Early in 1880, in spite of a well-founded suspicion as to the advisability of perpetuating that race which has the sanction of the Lord and the disapproval of the people, Hedvig Volkbein, a Viennese woman of great strength and military beauty, lying upon a canopied bed of a rich spectacular crimson, the valance stamped with the bifurcated wings of the House of Hapsburg, the feather coverlet an envelope of satin on which, in massive and tarnished gold threads, stood the Volkbein arms –gave birth, at the age of forty-five, to an only child, a son, seven days after her physician predicted that she would be taken.

Turning upon this field, which shook to the clatter of morning horses in the street beyond, with the gross splendour of a general saluting the flag, she named him Felix, thrust him from her, and died. The child's father had gone six months previously, a victim of fever. Guido Volkbein, a Jew of Italian descent, had been both a gourmet and a dandy, never appearing in public without the

ribbon of some quite unknown distinction tinging his buttonhole with a faint thread. He had been small, rotund, and haughtily timid, his stomach protruding slightly in an upward jutting slope that brought into prominence the buttons of his waistcoat and trousers, marking the exact centre of his body with the obstetric line seen on fruits –the inevitable arc produced by heavy rounds of burgundy, Schlagsahne, and beer.

The autumn, binding him about, as no other season, with racial memories, a season of longing and of horror, he had called his weather. Then walking in the Prater he had been seen carrying in a conspicuously clenched fist the exquisite handkerchief of yellow and black linen that cried aloud of the ordinance of 1468, issued by one Pietro Barbo, demanding that, with a rope about its neck, Guido's race should run in the Corso for the amusement of the Christian populace, while ladies of noble birth, sitting upon spines too refined for rest, arose from their seats, and, with the red-gowned cardinals and the Monsignori, applauded with that cold yet hysterical abandon of a people that is at once unjust and happy, the very Pope himself shaken down from his hold on heaven with the laughter of a man who forgoes his angels that he may recapture the beast. This memory and the handkerchief that accompanied it had wrought in Guido (as certain flowers brought to a pitch of florid ecstasy no sooner attain their specific type than they fall into its decay) the sum total of what is the Jew. He had walked, hot, incautious and damned, his eyelids quivering over the thick eyeballs, black with the pain of a participation that, four centuries later, made him a victim, as he felt the echo in his own throat of that cry running the Piazza Montanara long ago, 'Roba vecchia!' –the degradation by which his people had survived.

Childless at fifty-nine, Guido had prepared out of his own heart for his coming child a heart, fashioned on his own preoccupation, the remorseless homage to nobility, the genuflexion the hunted body makes from muscular contraction, going down before the impending and inaccessible, as before a great heat. It had made Guido, as it was to make his son, heavy with impermissible blood.

And childless he had died, save for the promise that hung at the Christian belt of Hedvig. Guido had lived as all Jews do, who, cut off from their people by accident or choice, find that they must inhabit a world whose constituents, being alien, force the mind to succumb to an imaginary populace. When a Jew dies on a Christian bosom he dies impaled. Hedvig, in spite of her agony, wept upon an outcast. Her body at that moment became the barrier and Guido died against that wall, troubled and alone. In life he had done everything to span the impossible gap; the saddest and most futile gesture of all had been his pretence to a Barony. He had adopted the sign of the cross; he had said that he was an Austrian of an old, almost extinct line, producing, to uphold his story, the most amazing and inaccurate proofs: a coat of arms that he had no right to and a list of progenitors (including their Christian names) who had never existed. When Hedvig came upon his black and yellow handkerchiefs he had said that they were to remind him that one branch of his family had bloomed in Rome.

He had tried to be one with her by adoring her, by imitating her goose-step of a stride, a step that by him adopted, became dislocated and comic. She would have done as much, but sensing something in him blasphemed and lonely, she had taken the blow as a Gentile must –by moving toward him in recoil. She had believed whatever he had told her, but often enough she had asked: 'What is the matter?' – that continual reproach which was meant as a continual reminder of her love. It ran through his life like an accusing voice. He had been tormented into speaking highly of royalty, flinging out encomiums with the force of small water made great by the pressure of a thumb. He had laughed too heartily when in the presence of the lower order of title, as if, by his good nature, he could advance them to some distinction of which they dreamed. Confronted with nothing worse than a general in creaking leather and with the slight repercussion of movement common to military men, who seem to breathe from the inside out, smelling of gunpowder and horse flesh, lethargic yet prepared for participation in a war not yet scheduled (a type of which Hedvig had been very fond), Guido had shaken with an unseen trembling. He saw that Hedvig had the same bearing, the same though more condensed power of the hand, patterned on seizure in a smaller mould, as sinister in its reduction as a doll's house.

The feather in her hat had been knife-clean and quivering as if in an heraldic wind; she had been a woman held up to nature, precise, deep-bosomed and gay. Looking at the two he had become confused as if he were about to receive a reprimand, not the officer's, but his wife's.

When she danced, a little heady with wane, the dance floor had become a tactical manoeuvre; her heels came down staccato and trained, her shoulders as conscious at the tips as those which carry the braid and tassels of promotion; the turn of her head held the cold vigilance of a sentry whose rounds are not without apprehension. Yet Hedvig had done what she could. If ever there was a massive chic she had personified it –yet somewhere there had been anxiety. The thing that she had stalked, though she herself had not been conscious of it, was Guido's assurance that he was a Baron.

She had believed it as a soldier 'believes' a command. Something in her sensory predicament –upon which she herself would have placed no value– had told her much better. Hedvig had become a Baroness without question.

El bosque de la noche

Una profunda reverencia

A principios de 1880, pese a tener fundadas dudas acerca de la conveniencia de perpetuar esa raza que posee la aprobación del Señor y la reprobación de los hombres, Hedvig Volkbein vienesa de gran vigor y belleza militar, en un lecho con dosel de intenso y espectacular carmesí, con las alas bifurcadas de la casa de Habsburgo estampadas en la cenefa y edredón de plumas con el escudo de los Volkbein fastuosamente bordado en oro viejo dio a luz, a los cuarenta y cinco años, a su único hijo, siete días después del anunciado por su médico para el parto.

Volviéndose y contemplando su campo visual, que vibraba con la trepidación de un batir de cascos de caballos en la calle, la mujer, con la prosopopeya del general que saluda a la bandera, le puso el nombre de Félix, parió y murió. El padre había sucumbido a unas fiebres seis meses antes. Guido Volkbein, judío de ascendencia italiana, *gourmet* y *dandy*, que nunca se presentaba en público sin la pelusilla de la cinta de una desconocida condecoración en el ojal de la solapa, era un hombre bajo, fornido, de altiva timidez, con un abdomen levemente protuberante en curva ascendente que hacía destacar los botones del chaleco y el pantalón, marcando el centro exacto de su persona con la línea obstétrica que ofrecen las frutas, inevitable secuela de las copiosas dosis de borgoña, nata y cerveza.

Guido había hecho del otoño su estación por ser ésta para él época de nostalgia y horror, en la que le asaltaban recuerdos raciales. Y se le veía pasear por el Prater llevando en el puño, bien visible, el delicado pañuelo de lino amarillo y negro que clamaba contra el decreto de 1468 dictado por un tal Pietro Barba, por el que se exigía que los de la raza de Guido corrieran en el Corso, con una cuerda al cuello, para diversión del populacho cristiano, mientras las damas nobles, sentadas en posaderas excesivamente delicadas para el reposo, se ponían en pie y, con los cardenales y los *monsignori* de roja sotana, aplaudían con ese abandono frío e histérico a la vez de un pueblo que es a un tiempo injusto y feliz; el mismo Papa soltaba su asidero del cielo, estremecido con la risa del hombre que renuncia a sus ángeles para recobrar a la bestia. Este recuerdo y el pañuelo que lo simbolizaba habían exacerbado en Guido la conciencia de lo que supone ser judío (al igual que ciertas flores que, estimuladas a la apoteosis de un éxtasis de floración, no bien alcanzan su

variedad específica, empiezan a degenerar). Y él, sofocado, imprudente y condenado, con los párpados temblorosos sobre sus ojos saltones, compartía, lívido, un sufrimiento que, al cabo de cuatro siglos, hacía de él una víctima que sentía en la garganta el grito, «*Roba vecchia!*», que antaño recorriera la Piazza Montanara, la degradación por la que su pueblo había sobrevivido.

Guido, que a los cincuenta y nueve años aún no había sido padre, preparó para el hijo que esperaba un corazón forjado según su propio corazón, imbuido de su propia preocupación, el implacable homenaje a la nobleza, la genuflexión que la bestia acosada hace por contracción muscular prosternándose ante lo inminente y lo inaccesible, como ante un gran calor. Esto había hecho sentir a Guido, como haría sentir a su hijo, el peso de una sangre prohibida.

Y sin hijos se murió, salvo por la promesa que pendía del cinto cristiano de Hedvig. Guido había vivido como todos los judíos que, separados de su gente por azar o por voluntad, descubren que han de habitar en un mundo constituido por seres que, por ser diferentes, obligan a la mente a sucumbir a un populacho imaginario. Cuando un judío muere apoyado en un pecho cristiano, muere empalado. Hedvig, con toda su angustia, lloraba por un paria. En aquel momento, su cuerpo se convirtió en barrera y Guido murió contra aquella pared, solo y atormentado. Durante su vida, él hizo cuanto pudo para salvar aquella distancia inconmensurable, y el más lastimoso y fútil de sus esfuerzos fue el de asumir una baronía imaginaria. Adoptó la señal de la cruz; dijo que era austríaco, descendiente de un linaje muy antiguo, casi extinguido y, para probar su afirmación, exhibía la más asombrosa y vaga de las pruebas: un escudo de armas usurpado y una lista de antepasados (con sus nombres de pila) apócrifa. Cuando Hedvig descubrió sus pañuelos negros y amarillos, él dijo que los guardaba en recuerdo de una rama de su familia que había florecido en Roma.

Guido trató de compenetrarse con ella, adorándola, imitando su paso elástico y marcial que, en él, resultaba forzado y cómico. Ella habría hecho otro tanto, pero, percibiendo en él un algo profanado y retraído, encajó el golpe como cumple a una gentil aproximándose a él con reserva. Ella creía todo lo que él le decía, pero con harta frecuencia preguntaba: «¿Qué sucede?» ese continuo reproche que era un continuo recordatorio de su amor. Era como una acusación perenne en la vida de Guido. Él, atormentado, hablaba con encomio de la realeza, profiriendo elogios con la fuerza que se imprime a un chorro pequeño aplicando el pulgar al caño. Reía con excesiva jovialidad cuando estaba en compañía de títulos de menor rango, como si, por su buena disposición, pudiera proporcionarles una distinción soñada. Al enfrentarse nada menos que a un general de crujiente cuero, con esa economía de movimientos común a los militares, que parecen respirar de dentro afuera, exudando olor a pólvora y a caballo, letárgicos pero preparados para participar en una guerra no programada todavía (un tipo al que Hedvig apreciaba mucho), Guido se estremecía con un temblor imperceptible. Advertía en Hedvig el mismo porte, la misma mano vigorosa, aunque fundida en un molde más pequeño, reducción de tamaño tan siniestra como la de una casa de muñecas. La pluma de su sombrero, afilada como cuchillo, parecía tremolar a impulsos de un viento heráldico; era una mujer dotada de fuerte brío natural, rotunda, exuberante y alegre. Al mirarlos a los dos, él se sentía cohibido, como si estuviera a punto de recibir una reprimenda, no del oficial sino de su esposa.

Cuando bailaba, un poco embriagada por la decadencia, la pista de baile se había convertido en una maniobra táctica; sus tacones bajaban entrecortados y entrenados, sus hombros tan conscientes en las puntas como los que llevan la trenza y las borlas de la promoción; el giro de su cabeza reflejaba la fría vigilancia de un centinela cuyas rondas no están exentas de aprensión. Sin embargo, Hedvig había hecho lo que podía. Si alguna vez hubo una gran elegancia, ella la había personificado; sin embargo, en algún lugar había habido ansiedad. Lo que ella había acechado, aunque ella misma no había sido consciente de ello, era la seguridad de Guido de que era un barón.

Lo había creído como un soldado «cree» una orden. Algo en su predicamento sensorial, al que ella misma no habría dado ningún valor, le había dicho mucho mejor. Hedvig se había convertido en baronesa sin lugar a dudas.

T. S. Eliot (1888-1965)

De la obra literaria de T. S. Eliot nos llama la atención la destreza con la que armoniza el humor y los contenidos religiosos expresados, a veces, con recursos vanguardistas. Mezcla la tradición y la novedad, las bromas y las reflexiones, lo sagrado y lo profano, la fe y el nihilismo. Nos sorprende su atracción por la belleza y, al mismo tiempo, su fascinación por la fealdad. Su fe es sustituida, a veces, por una desengañada reflexión racional.

The Burial of the Dead

For Ezra Pound il miglior fabbro

April is the cruellest month, breeding
Lilacs out of the dead land, mixing
Memory and desire, stirring
Dull roots with spring rain.
Winter kept us warm, covering
Earth in forgetful snow, feeding
A little life with dried tubers.
Summer surprised us, coming over the Starnbergersee
With a shower of rain; we stopped in the colonnade,
And went on in sunlight, into the Hofgarten,
And drank coffee, and talked for an hour.
Bin gar keine Russin, stamm' aus Litauen, echt deutsch.
And when we were children, staying at the archduke's,
My cousin's, he took me out on a sled,
And I was frightened. He said, Marie,
Marie, hold on tight. And down we went.
In the mountains, there you feel free.
I read, much of the night, and go south in the winter.

What are the roots that clutch, what branches grow
Out of this stony rubbish? Son of man,
You cannot say, or guess, for you know only
A heap of broken images, where the sun beats,
And the dead tree gives no shelter, the cricket no relief,
And the dry stone no sound of water. Only
There is shadow under this red rock,
(Come in under the shadow of this red rock),
And I will show you something different from either
Your shadow at morning striding behind you
Or your shadow at evening rising to meet you;
I will show you fear in a handful of dust.

*Frisch weht der Wind
Der Heimat zu,
Mein Irisch Kind,
Wo weilest du?*

«You gave me hyacinths first a year ago;
They called me the hyacinth girl».
–Yet when we came back, late, from the Hyacinth garden,
Your arms full, and your hair wet, I could not
Speak, and my eyes failed, I was neither
Living nor dead, and I knew nothing,
Looking into the heart of light, the silence.
Öd' und leer das Meer.

Madame Sosostriis, famous clairvoyante,
Had a bad cold, nevertheless
Is known to be the wisest woman in Europe,
With a wicked pack of cards. Here, said she,
Is your card, the drowned Phoenician Sailor,
(Those are pearls that were his eyes. Look!)
Here is Belladonna, the Lady of the Rocks,
The lady of situations.
Here is the man with three staves, and here the Wheel,
And here is the one-eyed merchant, and this card,
Which is blank, is something he carries on his back,
Which I am forbidden to see. I do not find
The Hanged Man. Fear death by water.
I see crowds of people, walking round in a ring.
Thank you. If you see dear Mrs. Equitone,
Tell her I bring the horoscope myself:
One must be so careful these days.

Unreal City,
Under the brown fog of a winter dawn,
A crowd flowed over London Bridge, so many,
I had not thought death had undone so many.
Sighs, short and infrequent, were exhaled,
And each man fixed his eyes before his feet.
Flowed up the hill and down King William Street,
To where Saint Mary Woolnoth kept the hours
With a dead sound on the final stroke of nine.
There I saw one I knew, and stopped him, crying: «Stetson!
You who were with me in the ships at Mylae!
That corpse you planted last year in your garden,
Has it begun to sprout? Will it bloom this year?
Or has the sudden frost disturbed its bed?
Oh keep the Dog far hence, that's friend to men,
Or with his nails he'll dig it up again!
You! *hypocrite lecteur! –mon semblable– mon frère!*».

El entierro de los muertos

A Ezra Pound, el mejor herrero

Abril es el mes más cruel: engendra
lilas de la tierra muerta, mezcla
recuerdos y anhelos, despierta
inertes raíces con lluvias primaverales.
El invierno nos mantuvo cálidos, cubriendo
la tierra con nieve olvidadiza, nutriendo
una pequeña vida con tubérculos secos.
Nos sorprendió el verano, precipitose sobre el Starnbersee
con un chubasco, nos detuvimos bajo los pórticos,
y luego, bajo el sol, seguimos dentro de Hofgarten,
y tomamos café y charlamos durante una hora.
No soy ruso en absoluto, soy de Lituania.
verdadero alemán.

Y cuando éramos niños, de visita en casa del archiduque,
mi primo, él me sacó en trineo.
Y yo tenía miedo. Él me dijo: Marie,
Marie, agárrate fuerte. Y cuesta abajo nos lanzamos.
Uno se siente libre, allí en las montañas.
Leo, casi toda la noche, y en invierno me marchó al Sur.

¿Cuáles son las raíces que arraigan, qué ramas crecen
en estos pétreos desperdicios? Oh hijo del hombre,
no puedes decirlo ni adivinarlo; tú sólo conoces
un montón de imágenes rotas, donde el sol bate,
y el árbol muerto no cobija, el grillo no consuela
y la piedra seca no da agua rumorosa. Sólo
hay sombra bajo esta roca roja
(ven a cobijarte bajo la sombra de esta roca roja),
y te enseñaré algo que no es
ni la sombra tuya que te sigue por la mañana
ni tu sombra que al atardecer sale a tu encuentro;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo.

*Frisch weht der Wind
der Heimat zu
mein Irisch Kind,
Wo weilest du?*

«Hace un año me diste jacintos por primera vez;
me llamaron la muchacha de los jacintos».
—Pero cuando regresamos, tarde, del jardín de los jacintos,
llevando, tú, brazados de flores y el pelo húmedo, no pude
hablar, mis ojos se empañaron, no estaba
ni vivo ni muerto, y no sabía nada,

mirando el silencio dentro del corazón de la luz.
Oed' und leer das Meer.

Madame Sosostris, famosa pitonisa,
tenía un mal catarro, aun cuando
se la considera como la mujer más sabia de Europa,
con un pérfido mazo de naipes. Ahí –dijo ella–
está su naipe, el Marinero Fenicio que se ahogó,
(estas perlas fueron sus ojos. ¡Mira!)
aquí está la Belladonna, la Dama de las Rocas,
la dama de las peripecias.
Aquí está el hombre de los tres bastos, y aquí la Rueda,
y aquí el comerciante tuerto, y este naipe
en blanco es algo que lleva sobre la espalda
y que no puedo ver. No encuentro
al Ahorcado. Temed, la muerte por agua.
Veo una muchedumbre girar en círculo.
Gracias. Cuando vea a la señora Equitone,
dígame que yo misma le llevaré el horóscopo:
¡una tiene que andar con cuidado en estos días!

Ciudad Irreal,
bajo la parda niebla del amanecer invernal,
una muchedumbre fluía sobre el puente de Londres ¡eran tantos!
Nunca hubiera yo creído que la muerte se llevara a tantos.
Exhalaban cortos y rápidos suspiros
y cada hombre clavaba su mirada delante de sus pies.
Cuesta arriba y después calle King William abajo
hacia donde Santa María Woolnoth cuenta las horas
con un repique sordo al final de la novena campanada.
Allí encontré un conocido y le detuve gritando: «¡Stetson!,
¡tú, que estuviste contigo en los barcos de Mylae!
¿Aquel cadáver que plantaste el año pasado en tu jardín,
ha empezado a germinar? ¿Florecerá este año?
¿No turba su lecho la súbita escarcha?
¡Oh, saca de allí al Perro, que es amigo de los hombres,
pues si no lo desenterrará de nuevo con sus uñas!
Tú, *hypocrite lecteur! –mon semblable– mon frère!*».

Death by Water

Phlebas the Phoenician, a fortnight dead,
Forgot the cry of gulls, and the deep sea swell
And the profit and loss.

A current under sea

Picked his bones in whispers. As he rose and fell
He passed the stages of his age and youth
Entering the whirlpool.

Gentile or Jew

O you who turn the wheel and look to windward,
Consider Phlebas, who was once handsome and tall as you.

Muerte por agua

Flebas, el fenicio, murió hace dos semanas,
olvidó el chillido de las gaviotas, y el hondo oleaje del mar,
la pérdida y la ganancia.

Una corriente submarina

recogió sus huesos en susurros. Subiendo y bajando
pasó las fases de su vejez y juventud
en medio del remolino.

Gentil o judío

oh, tú que giras el timón y miras a barlovento,
acuérdate de Flebas, antaño tan alto y hermoso como tú.

Ezra Pound (1885-1972)

Poeta, ensayista, músico y crítico estadounidense, se incluye en la generación perdida (*Lost Generation*). Como seguidor de Benito Mussolini y antisemita, fue detenido en 1945 en Estados Unidos y juzgado por traición. El tribunal, tras considerarlo como perturbado mental, ordenó su ingreso en un manicomio, en el que pasó doce años.

Canto I

And then went down to the ship,
Set keel to breakers, forth on the godly sea, and
We set up mast and sail on that swart ship,
Bore sheep aboard her, and our bodies also
Heavy with weeping, so winds from sternward
Bore us out onward with bellying canvas,
Circe's this craft, the trim-coifed goddess.
Then sat we amidships, wind jamming the tiller,
Thus with stretched sail, we went over sea till day's end.
Sun to his slumber, shadows o'er all the ocean,
Came we then to the bounds of deepest water,
To the Kimmerian lands, and peopled cities
Covered with close-webbed mist, unpierced ever
With glitter of sun-rays
Nor with stars stretched, nor looking back from heaven
Swartest night stretched over wretched men there.
The ocean flowing backward, came we then to the place
Aforesaid by Circe.
Here did they rites, Perimedes and Eurylochus,
And drawing sword from my hip
I dug the ell-square pitkin;
Poured we libations unto each the dead,
First mead and then sweet wine, water mixed with white flour.
Then prayed I many a prayer to the sickly death's-head;
As set in Ithaca, sterile bulls of the best
For sacrifice, heaping the pyre with goods,
A sheep to Tiresias only, black and a bell-sheep.
Dark blood flowed in the fosse,
Souls out of Erebus, cadaverous dead, of brides
Of youths and at the old who had borne much;
Souls stained with recent tears, girls tender,
Men many, mauled with bronze lance heads,
Battle spoil, bearing yet dreary arms,
These many crowded about me; with shouting,

Pallor upon me, cried to my men for more beasts;
 Slaughtered the herds, sheep slain of bronze;
 Poured ointment, cried to the gods,
 To Pluto the strong, and praised Proserpine;
 Unsheathed the narrow sword,
 I sat to keep off the impetuous impotent dead,
 Till I should hear Tiresias.
 But first Elpenor came, our friend Elpenor,
 Unburied, cast on the wide earth,
 Limbs that we left in the house of Circe,
 Unwept, unwrapped in sepulchre, since toils urged other.
 Pitiful spirit. And I cried in hurried speech:
 "Elpenor, how art thou come to this dark coast?
 Cam'st thou afoot, outstripping seamen?"
 And he in heavy speech:
 "Ill fate and abundant wine. I slept in Circe's ingle.
 Going down the long ladder unguarded,
 I fell against the buttress,
 Shattered the nape-nerve, the soul sought Avernus.
 But thou, O King, I bid remember me, unwept, unburied,
 Heap up mine arms, be tomb by sea-board, and inscribed:
 A man of no fortune, and with a name to come.
 And set my oar up, that I swung mid fellows."

And Anticlea came, whom I beat off, and then Tiresias Theban,
 Holding his golden wand, knew me, and spoke first:
 "A second time? why? man of ill star,
 Facing the sunless dead and this joyless region?
 Stand from the fosse, leave me my bloody beverage
 For soothsay."

And I stepped back,
 And he stung with the blood, said then: "Odysseus
 Shalt return through spiteful Neptune, over dark seas,
 Lose all companions." And then Anticlea came.
 Lie quiet Divus. I mean, that is Andreas Divus,
 In officina Wecheli, 1538, out of Homer.
 And he sailed, by Sirens and thence outward and away
 And unto Circe.

Venerandam,
 In the Creatan's phrase, with the golden crown, Aphrodite,
 Cypri munimenta sortita est, mirthful, orichalchi, with golden
 Girdles and breast bands, thou with dark eyelids
 Bearing the golden bough of Argicida. So that:

Canto I

Y entonces descendimos a la nave.
Enfilamos la quilla a la rompiente, a la mar divina, y
Erguimos el mástil e izamos la vela en la nave prieta,
Embarcamos ovejas y nuestros propios cuerpos
Agobiados de llanto, y los vientos en popa
Nos impulsaban con velas panzudas.
De Circe esta nave, la diosa del peinado minucioso.
Nos sentamos en el sollado, el viento trababa el timón,
Y con velas tirantes cruzamos el mar hasta el final del día.
El sol a su modorra, sombras cubren el océano.
Llegamos a los confines de las más altas aguas,
A las tierras cimerias, y ciudades pobladas
Cubiertas de niebla de apretada trama, jamás perforada
Por destello de luz solar
Y tachonada de estrellas, espiondo desde el firmamento
La noche más prieta amortajaba a estos infelices mortales.
El océano revertía su curso, llegamos entonces al sitio
Que Circe predijo.
Aquí Perimedes y Euríloco realizaron los ritos,
Y empuñando la ceñida espada
Excavé el hoyuelo de un codo de ancho
Derramamos libaciones para cada muerto.
Primero la hidromiel y luego vino dulce, agua mezclada con harina blanca.
Entonces recé muchos rezos a esas tétricas calaveras
Como es costumbre en Ítaca, toros estériles de los mejores
Para el sacrificio, amontonando ofrendas en la pira.
Una oveja sólo para Tiresias, negra y con un cencerro.
Obscura sangre fluyó a la fosa.
Almas del Érebo, cadavéricos despojos de doncellas muertas
El día de su boda, de jóvenes y ancianos que mucho soportaron
Almas maculadas de lágrimas recientes, tiernas niñas.
Hombres tantísimos, eviscerados con lanza de bronce,
Despojos de batalla, empuñando sus armas aún sangrantes.
Todos éstos me atosigaban; con sus gritos,
Con palidez, clamando a mis hombres por más víctimas;
Faenamos los rebaños, ovejas a bronce abatidas
Derramamos ungüentos, clamando a los dioses,
A Plutón poderoso, alabando a Proserpina
Desenvainada la filosa espada,
Me planté para apartar a los impetuosos difuntos impotentes,
Hasta que pudiese oír a Tiresias.
Pero primero vino Elpénor, nuestro amigo Elpénor
Insepulto, yerto en la dilatada tierra,
Sus miembros que dejamos atrás en la casa de Circe,
Sin lágrimas ni mortaja sepulcral, urgidos por otros trabajos.
Lastimero espíritu. Y exclamé con palabras presurosas:
«Elpénor, ¿cómo has llegado hasta esta oscura costa?
¿Has venido a pie, aun así aventajando a los navegantes?»
Y él con graves palabras:
«El hado adverso y el vino abundante. Dormía en la morada de Circe.
Y bajando por las altas escalas, descuidado,
Di contra el contrafuerte y caí,

Desnucándome, y el alma buscó el Averno.
Pero tú, oh rey, te imploro me recuerdes, al inllorado, insepulto,
Amontona mis armas, sea mi tumba en la playa y su inscripción:
Un hombre sin ventura, y su nombre por venir.
Por estela, el mismo remo que fatigué junto a mis compañeros».

Y vino Anticlea, a quien aparté de un golpe, y luego Tiresias el tebano.
Alzando su vara dorada, me conoció, y habló primero
«¿Por segunda vez? ¿Por qué, hombre desastrado,
Ante los muertos sin sol y en esta región infeliz?
Apártate de la fosa, déjame mi brebaje sanguinario,
para inspirar mi vaticinio».

Y di un paso atrás,
Y él, vigorizado con la sangre, dijo «Odiseo
Retornarás atravesando un Neptuno hostil, por oscuros mares,
Perderás a todos tus compañeros». Y entonces vino Anticlea.
Quédate quieto, Divus. Me refiero a Andreas Divus,
In oficina Wecheli, 1538, basado en Homero.
Y navegó pasando Sirenas y de allí desviando más afuera
Y hasta Circe.

Venerandam,
En la frase del cretense. Afrodita de la dorada corona,
Cypri munimenta sortita est, hilarante, orichalchi, con doradas
Cintas y pechera, tú, la de oscuros párpados,
Portando la rama dorada del Argicida. De modo que:

The garden

En robe de parade.
Samain

Like a skein of loose silk blown against a wall
She walks by the railing of a path in Kensington Gardens,
And she is dying piece-meal
of a sort of emotional anaemia.
And round about there is a rabble
Of the filthy, sturdy, unkillable infants of the very poor.
They shall inherit the earth.
In her is the end of breeding.
Her boredom is exquisite and excessive.
She would like some one to speak to her,
And is almost afraid that I
will commit that indiscretion.

El jardín

En traje de desfile.
Samain

Como un ovillo de hebras de seda estampado contra una pared
ella bordea la tapia de un sendero en los jardines de Kensington
y se va muriendo poco a poco
de una especie de anemia emocional.

Y por allí se pasea una chusma
de hijos de la miseria, inmundos, vigorosos, inextinguibles.
Ellos heredarán la tierra.

Ella es el final de la estirpe.
Su aburrimiento es exquisito y excesivo.
Le gustaría que alguien fuese a hablarle,
y casi tiene miedo de que yo
cometa esa indiscreción.

FRANCIA

Marcel Proust (1871-1922)

Tras descartar la carrera diplomática y trabajar en la Biblioteca Mazarino de París, se dedicó a la literatura. En los salones de la princesa Mathilde, de Madame Strauss y Madame de Caillavet, conoció a Charles Maurras, Anatole France y Léon Daudet. El fallecimiento de su madre (1905) lo sumió en una depresión que, paradójicamente, propició la redacción de sus sucesivas novelas integradas bajo el título *En busca del tiempo perdido*. Es una obra en la que, usando la técnica de «memoria involuntaria», asocia episodios del presente con otros del pasado mediante trazos descriptivos impresionistas recordados desde diferentes perspectivas personales. En 1907 comenzó la primera parte titularía *Por el camino de Swann (Du côté de chez Swann)*, publicada en 1913 a cuenta del autor.

En *À la recherche du temps perdu* reflexiona sobre el tiempo, el recuerdo, el arte, las pasiones y las relaciones humanas cuyo fondo común es un sentimiento del vacío de la existencia.

*À la recherche du temps perdu*³⁶

I

Du côté de chez Swann

Première partie

Combray

- I -

Longtemps, je me suis couché de bonne heure. Parfois, à peine ma bougie éteinte, mes yeux se fermaient si vite que je n'avais pas le temps de me dire: «Je m'endors». Et, une demi-heure après, la pensée qu'il était temps de chercher le sommeil m'éveillait; je voulais poser le volumen que je croyais avoir dans les mains et souffler ma lumière; je n'avais pas cessé en dormant de faire des réflexions sur ce que je venais de lire, mais ces réflexions avaient pris un tour un peu

³⁶ La Bibliothèque électronique du Québec Collection *À tous les vents*. Volume 315: version 1.6. Cette édition numérisée reprend le texte de l'édition, Gallimard, Paris, 1946-47.

particulier; il me semblait que j'étais moi-même ce dont parlait l'ouvrage: une église, un quatuor, la rivalité de François Ier et de Charles-Quint.

Cette croyance survivait pendant quelques secondes à mon réveil; elle ne choquait pas ma raison, mais pesait comme des écailles sur mes yeux et les empêchait de se rendre compte que le bougeoir n'était plus allumé. Puis elle commençait à me devenir inintelligible, comme après la métempsychose les pensées d'une existence antérieure; le sujet du livre se détachait de moi, j'étais libre de m'y appliquer ou non; aussitôt je recouvrais la vue et j'étais bien étonné de trouver autour de moi une obscurité, douce et reposante pour mes yeux, mais peut-être plus encore pour mon esprit, à qui elle apparaissait comme une chose sans cause, incompréhensible, comme une chose vraiment obscure. Je me demandais quelle heure il pouvait être; j'entendais le sifflement des trains qui, plus ou moins éloigné, comme le chant d'un oiseau dans une forêt, relevant les distances, me décrivait l'étendue de la campagne déserte où le voyageur se hâte vers la station prochaine; et le petit chemin qu'il suit va être gravé dans son souvenir par l'excitation qu'il doit à des lieux nouveaux, à des actes inaccoutumés, à la causerie récente et aux adieux sous la lampe étrangère qui le suivent encore dans le silence de la nuit, à la douceur prochaine du retour.

J'appuyais tendrement mes joues contre les belles joues de l'oreiller qui, pleines et fraîches, sont comme les joues de notre enfance. Je frottai une allumette pour regarder ma montre. Bientôt minuit. C'est l'instant où le malade, qui a été obligé de partir en voyage et a dû coucher dans un hôtel inconnu, réveillé par une crise, se réjouit en apercevant sous la porte une raie de jour. Quel bonheur! c'est déjà le matin! Dans un moment les domestiques seront levés, il pourra sonner, on viendra lui porter secours. L'espérance d'être soulagé lui donne du courage pour souffrir.

Justement il a cru entendre des pas; les pas se rapprochent, puis s'éloignent. Et la raie de jour qui était sous sa porte a disparu. C'est minuit; on vient d'éteindre le gaz; le dernier domestique est parti et il faudra rester toute la nuit à souffrir sans remède.

Je me rendormais, et parfois je n'avais plus que de courts réveils d'un instant, le temps d'entendre les craquements organiques des boiseries, d'ouvrir les yeux pour fixer le kaléidoscope de l'obscurité, de goûter grâce à une lueur momentanée de conscience le sommeil où étaient plongés les meubles, la chambre, le tout dont je n'étais qu'une petite partie et à l'insensibilité duquel je retournais vite m'unir.

Ou bien en dormant j'avais rejoint sans effort un âge à jamais révolu de ma vie primitive, retrouvé telle de mes terreurs enfantines comme celle que mon grand-oncle me tirât par mes boucles et qu'avait dissipée le jour –date pour moi d'une ère nouvelle– où on les avait coupées. J'avais oublié cet événement pendant mon sommeil, j'en retrouvais le souvenir aussitôt que j'avais réussi à m'éveiller pour échapper aux mains de mon grand-oncle, mais par mesure de précaution j'entourais complètement ma tête de mon oreiller avant de retourner dans le monde des rêves.

Quelquefois, comme Ève naquit d'une côte d'Adam, une femme naissait pendant mon sommeil d'une fausse position de ma cuisse. Formée du plaisir que j'étais sur le point de goûter, je m'imaginai que c'était elle qui me l'offrait. Mon corps qui sentait dans le sien ma propre chaleur voulait s'y rejoindre, je m'éveillais. Le reste des humains m'apparaissait comme bien lointain auprès de cette femme que j'avais quittée, il y avait quelques moments à peine; ma joue était chaude encore de son baiser, mon corps courbaturé par le poids de sa taille. Si, comme il arrivait quelquefois, elle avait les traits d'une femme que j'avais connue dans la vie, j'allais me donner tout entier à ce but: la retrouver, comme ceux qui partent en voyage pour voir de leurs yeux une cité désirée et s'imaginent qu'on peut goûter dans une réalité le charme du songe. Peu à peu son souvenir s'évanouissait, j'avais oublié la fille de mon rêve.

Un homme qui dort tient en cercle autour de lui le fil des heures, l'ordre des années et des mondes. Il les consulte d'instinct en s'éveillant, et y lit en une seconde le point de la terre qu'il occupe, le temps qui s'est écoulé jusqu'à son réveil; mais leurs rangs peuvent se mêler, se rompre. Que vers le matin après quelque insomnie, le sommeil le prenne en train de lire, dans une posture trop différente de celle où il dort habituellement, il suffit de son bras soulevé pour arrêter et faire reculer le soleil, et à la première minute de son réveil, il ne saura plus l'heure, il estimera qu'il

vient à peine de se coucher. Que s'il s'assoupit dans une position encore plus déplacée et divergente, par exemple après dîner assis dans un fauteuil, alors le bouleversement sera complet dans les mondes désorbités, le fauteuil magique le fera voyager à toute vitesse dans le temps et dans l'espace, et au moment d'ouvrir les paupières, il se croira couché quelques mois plus tôt dans une autre contrée.

Mais il suffisait que, dans mon lit même, mon sommeil fût profond et détendît entièrement mon esprit; alors celui-ci lâchait le plan du lieu où je m'étais endormi, et quand je m'éveillais au milieu de la nuit, comme j'ignorais où je me trouvais, je ne savais même pas au premier instant qui j'étais; j'avais seulement dans sa simplicité première le sentiment de l'existence comme il peut frémir au fond d'un animal; j'étais plus dénué que l'homme des cavernes; mais alors le souvenir – non encore du lieu où j'étais, mais de quelques-uns de ceux que j'avais habités et où j'aurais pu être – venait à moi comme un secours d'en haut pour me tirer du néant d'où je n'aurais pu sortir tout seul; je passais en une seconde par-dessus des siècles de civilisation, et l'image confusément entrevue de lampes à pétrole, puis de chemises à col rabattu, recomposait peu à peu les traits originaux de mon moi.

Peut-être l'immobilité des choses autour de nous leur est-elle imposée par notre certitude que ce sont elles et non pas d'autres, par l'immobilité de notre pensée en face d'elles. Toujours est-il que, quand je me réveillais ainsi, mon esprit s'agitait pour chercher, sans y réussir, à savoir où j'étais, tout tournait autour de moi dans l'obscurité, les choses, les pays, les années. Mon corps, trop engourdi pour remuer, cherchait, d'après la forme de sa fatigue, à repérer la position de ses membres pour en induire la direction du mur, la place des meubles, pour reconstruire et pour nommer la demeure où il se trouvait. Sa mémoire, la mémoire de ses côtes, de ses genoux, de ses épaules, lui présentait successivement plusieurs des chambres où il avait dormi, tandis qu'autour de lui les murs invisibles, changeant de place selon la forme de la pièce imaginée, tourbillonnaient dans les ténèbres. Et avant même que ma pensée, qui hésitait au seuil des temps et des formes, eût identifié le logis en rapprochant les circonstances, lui, – mon corps –, se rappelait pour chacun le genre du lit, la place des portes, la prise de jour des fenêtres, l'existence d'un couloir, avec la pensée que j'avais en m'y endormant et que je retrouvais au réveil. Mon côté ankylosé, cherchant à deviner son orientation, s'imaginait, par exemple, allongé face au mur dans un grand lit à baldaquin, et aussitôt je me disais: «Tiens, j'ai fini par m'endormir quoique maman ne soit pas venue me dire bonsoir», j'étais à la campagne chez mon grand-père, mort depuis bien des années; et mon corps, le côté sur lequel je me reposais, gardiens fidèles d'un passé que mon esprit n'aurait jamais dû oublier, me rappelaient la flamme de la veilleuse de verre de Bohême, en forme d'urne, suspendue au plafond par des chaînettes, la cheminée en marbre de Sienne, dans ma chambre à coucher de Combray, chez mes grands-parents, en des jours lointains qu'en ce moment je me figurais actuels sans me les représenter exactement, et que je reverrais mieux tout à l'heure quand je serais tout à fait éveillé.

Puis renaissait le souvenir d'une nouvelle attitude; le mur filait dans une autre direction: j'étais dans ma chambre chez Mme de Saint-Loup, à la campagne. Mon Dieu! Il est au moins dix heures, on doit avoir fini de dîner! J'aurai trop prolongé la sieste que je fais tous les soirs en rentrant de ma promenade avec Mme de Saint-Loup, avant d'endosser mon habit. Car bien des années ont passé depuis Combray, où, dans nos retours les plus tardifs, c'était les reflets rouges du couchant que je voyais sur le vitrage de ma fenêtre. C'est un autre genre de vie qu'on mène à Tansonville, chez Mme de Saint-Loup, un autre genre de plaisir que je trouve à ne sortir qu'à la nuit, à suivre au clair de lune ces chemins où je jouais jadis au soleil; et la chambre où je me serai endormi au lieu de m'habiller pour le dîner, de loin je l'aperçois, quand nous rentrons, traversée par les feux de la lampe, seul phare dans la nuit.

Ces évocations tournoyantes et confuses ne duraient jamais que quelques secondes; souvent, ma brève incertitude du lieu où je me trouvais ne distinguait pas mieux les unes des autres les diverses suppositions dont elle était faite, que nous n'isolons, en voyant un cheval courir, les positions successives que nous montre le kinétoscope. Mais j'avais revu tantôt l'une, tantôt l'autre, des chambres que j'avais habitées dans ma vie, et je finissais par me les rappeler toutes dans les longues rêveries qui suivaient mon réveil; chambres d'hiver où quand on est couché, on se blottit

la tête dans un nid qu'on se tresse avec les choses les plus disparates: un coin de l'oreiller, le haut des couvertures, un bout de châle, le bord du lit, et un numéro des Débats roses, qu'on finit par cimenter ensemble selon la technique des oiseaux en s'y appuyant indéfiniment; où, par un temps glacial, le plaisir qu'on goûte est de se sentir séparé du dehors (comme l'hirondelle de mer qui a son nid au fond d'un souterrain dans la chaleur de la terre), et où, le feu étant entretenu toute la nuit dans la cheminée, on dort dans un grand manteau d'air chaud et fumeux, traversé des lueurs des tisons qui se rallument, sorte d'impalpable alcôve, de chaude caverne creusée au sein de la chambre même, zone ardente et mobile en ses contours thermiques, aérée de souffles qui nous rafraîchissent la figure et viennent des angles, des parties voisines de la fenêtre ou éloignées du foyer et qui se sont refroidies; –chambres d'été où l'on aime être uni à la nuit tiède, où le clair de lune appuyé aux volets entr'ouverts, jette jusqu'au pied du lit son échelle enchantée, où on dort presque en plein air, comme la mésange balancée par la brise à la pointe d'un rayon–; parfois la chambre Louis XVI, si gaie que même le premier soir je n'y avais pas été trop malheureux, et où les colonnettes qui soutenaient légèrement le plafond s'écartaient avec tant de grâce pour montrer et réserver la place du lit; parfois au contraire celle, petite et si élevée de plafond, creusée en forme de pyramide dans la hauteur de deux étages et partiellement revêtue d'acajou, où, dès la première seconde, j'avais été intoxiqué moralement par l'odeur inconnue du vétiver, convaincu de l'hostilité des rideaux violets et de l'insolente indifférence de la pendule qui jacassait tout haut comme si je n'eusse pas été là; –où une étrange et impitoyable glace à pieds quadrangulaires barrant obliquement un des angles de la pièce se creusait à vif dans la douce plénitude de mon champ visuel accoutumé un emplacement qui n'y était pas prévu–; où ma pensée, s'efforçant pendant des heures de se disloquer, de s'étirer en hauteur pour prendre exactement la forme de la chambre et arriver à remplir jusqu'en haut son gigantesque entonnoir, avait souffert bien de dures nuits, tandis que j'étais étendu dans mon lit, les yeux levés, l'oreille anxieuse, la narine rétive, le cœur battant; jusqu'à ce que l'habitude eût changé la couleur des rideaux, fait taire la pendule, enseigné la pitié à la glace oblique et cruelle, dissimulé, sinon chassé complètement, l'odeur du vétiver et notablement diminué la hauteur apparente du plafond. L'habitude! aménageuse habile mais bien lente, et qui commence par laisser souffrir notre esprit pendant des semaines dans une installation provisoire; mais que malgré tout il est bien heureux de trouver, car sans l'habitude et réduit à ses seuls moyens, il serait impuissant à nous rendre un logis habitable.

En busca del tiempo perdido

I

Por el camino de Swann

Combray

- I -

Mucho tiempo he estado acostándome temprano. A veces apenas había apagado la bujía, cerrábanse mis ojos tan presto, que ni tiempo tenía para decirme: «Ya me duermo». Y media hora después despertábame la idea de que ya era hora de ir a buscar el sueño; quería dejar el libro, que se me figuraba tener aún entre las manos, y apagar de un soplo la luz; durante mi sueño no había cesado de reflexionar sobre lo recién leído, pero era muy particular el tono que tomaban esas reflexiones, porque me parecía que yo pasaba a convertirme en el tema de la obra, en una iglesia, en un cuarteto, en la rivalidad de Francisco I y Carlos V. Esta figuración me duraba aún unos segundos después de haberme despertado: no repugnaba a mi razón, pero gravitaba como unas escamas sobre mis ojos sin dejarlos darse cuenta de que la vela ya no estaba encendida. Y luego comenzaba a hacérseme ininteligible, lo mismo que después de la metempsícosis³⁷ pierden su sentido los pensamientos de una vida anterior; el asunto del libro se desprendía de mi personalidad y yo ya quedaba libre de adaptarme o no a él; en seguida recobraba la visión, todo extrañado de encontrar en torno mío una oscuridad suave y descansada para mis ojos, y aun más quizá para mi espíritu, al cual se aparecía esta oscuridad como una cosa sin causa, incomprensible, verdaderamente oscura. Me preguntaba qué hora sería; oía el silbar de los trenes que, más o menos en la lejanía, y señalando las distancias, como el canto de un pájaro en el bosque, me describía la extensión de los campos desiertos, por donde un viandante marcha de prisa hacia la estación cercana; y el caminito que recorre se va a grabar en su recuerdo por la excitación que le dan los lugares nuevos, los actos desusados, la charla reciente, los adioses de la despedida que le acompañan aún en el silencio de la noche, y la dulzura próxima del retorno.

Apoyaba blandamente mis mejillas en las hermosas mejillas de la almohada, tan llenas y tan frescas, que son como las mejillas mismas de nuestra niñez. Encendía una cerilla para mirar el reloj. Pronto serían las doce. Este es el momento en que el enfermo que tuvo que salir de viaje y acostarse en una fonda desconocida, se despierta, sobrecogido por un dolor, y siente alegría al ver una rayita de luz por debajo de la puerta. ¡Qué gozo! Es de día ya. Dentro de un momento los criados se levantarán, podrá llamar, vendrán a darle alivio. Y la esperanza de ser confortado le da valor para sufrir. Sí, ya le parece que oye pasos, pasos que se acercan, que después se van alejando. La rayita de luz que asomaba por debajo de la puerta ya no existe. Es medianoche: acaban de apagar el gas, se marchó el último criado, y habrá que estarse la noche enteró sufriendo sin remedio.

Me volvía a dormir, y a veces ya no me despertaba más que por breves instantes, lo suficiente para oír los chasquidos orgánicos de la madera de los muebles, para abrir los ojos y mirar al calidoscopio de la oscuridad, para saborear, gracias a un momentáneo resplandor de conciencia, el sueño en que estaban sumidos los muebles, la alcoba, el todo aquel del que yo no era más que una ínfima parte, el todo a cuya insensibilidad volvía yo muy pronto a sumarme. Otras veces, al dormirme, había retrocedido sin esfuerzo a una época para siempre acabada de mi vida primitiva, me había encontrado nuevamente con uno de mis miedos de niño, como aquel de que mi tío me tirara de los bucles, y que se disipó —fecha que para mí señala una nueva era— el día que me los cortaron. Este acontecimiento había yo olvidado durante el sueño, y volvía a mi recuerdo tan

³⁷ En algunas religiones, este término expresa la reencarnación del alma después de la muerte a otro ser vivo o a otro cuerpo inanimado en función de los méritos alcanzados en la existencia anterior. Los antiguos egipcios, por ejemplo, creían en la metempsícosis.

pronto como acertaba a despertarme para escapar de las manos de mi tío: pero, por vía de precaución, me envolvía la cabeza con la almohada antes de tornar al mundo de los sueños.

Otras veces, así como Eva nació de una costilla de Adán, una mujer nacía mientras yo estaba durmiendo, de una mala postura de mi cadera. Y siendo criatura hija del placer que estaba a punto de disfrutar, se me figuraba que era ella la que me lo ofrecía. Mi cuerpo sentía en el de ella su propio calor, iba a buscarlo, y yo me despertaba. Todo el resto de los mortales se me aparecía como cosa muy borrosa junto a esta mujer, de la que me separara hacía un instante: conservaba aún mi mejilla el calor de su beso y me sentía dolorido por el peso de su cuerpo. Si, como sucedía algunas veces, se me representaba con el semblante de una mujer que yo había conocido en la vida real, yo iba a entregarme con todo mi ser a este único fin: encontrarla; lo mismo que esas personas que salen de viaje para ver con sus propios ojos una ciudad deseada, imaginándose que en una cosa real se puede saborear el encanto de lo soñado. Poco a poco el recuerdo se disipaba; ya estaba olvidada la criatura de mi sueño.

Cuando un hombre está durmiendo tiene en torno, como un aro, el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos. Al despertarse, los consulta instintivamente, y, en un segundo, lee el lugar de la tierra en que se halla, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero estas ordenaciones pueden confundirse y quebrarse. Si después de un insomnio, en la madrugada, lo sorprende el sueño mientras lee en una postura distinta de la que suele tomar para dormir, le bastará con alzar el brazo para parar el Sol; para hacerlo retroceder: y en el primer momento de su despertar no sabrá qué hora es, se imaginará que acaba de acostarse. Si se adormila en una postura aún menos usual y recogida, por ejemplo, sentado en un sillón después de comer, entonces un trastorno profundo se introducirá en los mundos desorbitados, la butaca mágica le hará recorrer a toda velocidad los caminos del tiempo y del espacio, y en el momento de abrir los párpados se figurará que se echó a dormir unos meses antes y en una tierra distinta. Pero a mí, aunque me durmiera en mi cama de costumbre, me bastaba con un sueño profundo que aflojara la tensión de mi espíritu para que éste dejara escaparse el plano del lugar en donde yo me había dormido, y al despertarme a medianoche, como no sabía en dónde me encontraba, en el primer momento tampoco sabía quién era; en mí no había otra cosa que el sentimiento de la existencia en su sencillez, primitiva, tal como puede vibrar en lo hondo de un animal, y hallábame en mayor desnudez de todo que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo –y todavía no era el recuerdo del lugar en que me hallaba, sino el de otros sitios en donde yo había vivido y en donde podría estar– descendía hasta mí como un socorro llegado de lo alto para sacarme de la nada, porque yo solo nunca hubiera podido salir; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen borrosamente entrevista de las lámparas de petróleo, de las camisas con cuello vuelto, iban recomponiendo lentamente los rasgos peculiares de mi personalidad.

Esa inmovilidad de las cosas que nos rodean, acaso es una cualidad que nosotros les imponemos, con nuestra certidumbre de que ellas son esas cosas, y nada más que esas cosas, con la inmovilidad que toma nuestro pensamiento frente a ellas. El caso es que cuando yo me despertaba así, con el espíritu en conmoción, para averiguar, sin llegar a lograrlo, en dónde estaba, todo giraba en torno de mí, en la oscuridad: las cosas, los países, los años. Mi cuerpo, demasiado torpe para moverse, intentaba, según fuera la forma de su cansancio, determinar la posición de sus miembros para de ahí inducir la dirección de la pared y el sitio de cada mueble, para reconstruir y dar nombre a la morada que le abrigaba. Su memoria de los costados, de las rodillas, de los hombros, le ofrecía sucesivamente las imágenes de las varias alcobas en que durmiera, mientras que, a su alrededor, las paredes, invisibles, cambiando de sitio, según la forma de la habitación imaginada, giraban en las tinieblas. Y antes de que mi pensamiento, que vacilaba, en el umbral de los tiempos y de las formas, hubiese identificado, enlazado las diversas circunstancias que se le ofrecían, el lugar de que se trataba, el otro, mi cuerpo, se iba acordando para cada sitio de cómo era la cama, de dónde estaban las puertas, de adónde daban las ventanas, de si había un pasillo, y, además, de los pensamientos que al dormirme allí me preocupaban y que al despertarme volvía a encontrar.

El lado anquilosado de mi cuerpo, al intentar adivinar su orientación, se creía, por ejemplo, estar echado de cara a la pared, en un gran lecho con dosel, y yo en seguida me decía: «Vaya,

pues, por fin me he dormido, aunque mamá no vino a decirme adiós», y es que estaba en el campo, en casa de mi abuelo, muerto ya hacía tanto tiempo; y mi cuerpo, aquel lado de mi cuerpo en que me apoyaba, fiel guardián de un pasado que yo nunca debiera olvidar, me recordaba la llama de la lamparilla de cristal de Bohemia, en forma de urna, que pendía del techo por leves cadenillas; la chimenea de mármol de Siena, en la alcoba de casa de mis abuelos, en Combray; en aquellos días lejanos que yo me figuraba en aquel momento como actuales, pero sin representármelos con exactitud, y que habría de ver mucho más claro un instante después, cuando me despertara, por completo.

Luego, renacía el recuerdo de otra postura; la pared huía hacia otro lado: estaba en el campo, en el cuarto a mí destinado en casa de la señora de Saint-Loup. ¡Dios mío! Lo menos son las diez. Ya habrán acabado de cenar. Debo de haber prolongado más de la cuenta esa siesta que me echo todas las tardes al volver de mi paseo con la señora de Saint-Loup, antes de ponerme de frac para ir a cenar. Porque ya han transcurrido muchos años desde aquella época de Combray, cuando, en los días en que más tarde regresábamos a casa, la luz que yo veía en las vidrieras de mi cuarto era el rojizo reflejo crepuscular. Aquí, en Tansonville, en casa de la señora Saint-Loup, hacemos un género de vida muy distinto y es de muy distinto género el placer que experimento en no salir más que de noche, en entregarme, a la luz de la luna, al rumbo de esos caminos en donde antaño jugaba, a la luz del sol; y esa habitación, donde me he quedado dormido olvidando que tenía que vestirme para la cena, la veo desde lejos, cuando volvemos de paseo, empapada en la luz de la lámpara, faro único de la noche.

Estas evocaciones voltarias y confusas nunca duraban más allá de unos segundos; y a veces no me era posible distinguir por separado las diversas suposiciones que formaban la trama de mi incertidumbre respecto al lugar en que me hallaba, del mismo modo que al ver correr un caballo no podemos aislar las posiciones sucesivas que nos muestra el kinetoscopio. Pero, hoy una y mañana otra, yo iba viendo todas las alcobas que había habitado durante mi vida, y acababa por acordarme de todas en las largas soñaciones que seguían a mi despertar; cuartos de invierno, cuando nos acostamos en ellos, la cabeza se acurruca en un nido formado por los más dispares objetos: un rincón de la almohada, la extremidad de las mantas, la punta de un mantón, el borde de la cama y un número de los Débats Roses, todo ello junto y apretado en un solo bloque, según la técnica de los pájaros, a fuerza de apoyarse indefinidamente encima de ello; cuarto de invierno, donde el placer que se disfruta en los días helados es el de sentirse separado del exterior (como la golondrina de mar que tiene el nido en el fondo de un subterráneo, al calor de la tierra); cuartos en los cuales, como está encendida toda la noche la lumbre de la chimenea, dormimos envueltos en un gran ropón de aire cálido y humoso, herido por el resplandor de los tizones que se reavivan, especie de alcoba impalpable, de cálida caverna abierta en el mismo seno de la habitación, zona ardiente de móviles contornos térmicos, oreadas por unas bocanadas de aire que nos refrescan la frente y que salen de junto a las ventanas, de los rincones de la habitación que están más lejos del fuego y que se enfriaron; cuartos estivales donde nos gusta no separarnos de la noche tibia, donde el rayo de luna, apoyándose en los entreabiertos postigos, lanza hasta el pie de la cama su escala encantada, donde dormimos casi como al aire libre, igual que un abejaruco mecido por la brisa en la punta de una rama; otras veces, la alcoba estilo Luis XVI, tan alegre que ni siquiera la primera noche me sentía desconsolado, con sus columnitas que sostenían levemente el techo y que se apartaban con tanta gracia para señalar y guardar el sitio destinado al lecho; otra vez, aquella alcoba chiquita, tan alta de techo, que se alzaba en forma de pirámide ocupando la altura de dos pisos, revestida en parte de caoba y en donde me sentí desde el primer momento moralmente envenenado por el olor nuevo, desconocido para mí, moralmente la petiveria, y convencido de la hostilidad de las cortinas moradas y de la insolente indiferencia del reloj de péndulo, que se pasaba las horas chirriando, como si allí no hubiera nadie; cuarto en donde un extraño e implacable espejo, sostenido en cuadradas patas, se atravesaba oblicuamente en uno de los rincones de la habitación, abriéndose a la fuerza, en la dulce plenitud de mi campo visual acostumbrado, un lugar que no estaba previsto y en donde mi pensamiento sufrió noches muy crueles afanándose durante horas y horas por dislocarse, por estirarse hacia lo alto para poder tomar cabalmente la forma de la habitación y llenar hasta arriba su gigantesco embudo, mientras yo estaba echado en mi cama, con los ojos mirando al techo, el oído avizor, las narices secas y el

corazón palpitante; hasta que la costumbre cambió el color de las cortinas, enseñó al reloj a ser silencioso y al espejo, sesgado y cruel, a ser compasivo; disimuló, ya que no llegara a borrarlo por completo, el olor de la petiveria, e introdujo notable disminución en la altura aparente del techo. ¡Costumbre, celestina mañosa, sí, pero que trabaja muy despacio y que empieza por dejar padecer a nuestro ánimo durante semanas entras, en una instalación precaria, pero que, con todo y con eso, nos llena de alegría al verla llegar, porque sin ella, y reducida a sus propias fuerzas, el alma nunca lograría hacer habitable morada alguna!

CHEQUIA

Rainer Maria Rilke (1875-1926)

Rainer Maria Rilke (Praga, Bohemia, en aquellos tiempos el Imperio austrohúngaro) fue un poeta y novelista austríaco considerado como uno de los escritores más importantes de Alemania y de la literatura universal. Sus obras fundamentales son las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo*. En prosa, las *Cartas a un joven poeta* y *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. También escribió varias obras en francés. Rilke pretende crear el poema ideal que exprese, en igual medida, su pensamiento y su sentimiento entre razones sublimes y emociones contenidas, entre la poesía y la vida en las que se busca afanosamente la soledad, el amor y la amistad.

Die Sonette an Orpheus

(II: 12)

Wolle die Wandlung. O sei für die Flamme begeistert,
drin sich ein Ding dir entzieht, das mit Verwandlungen prunkt;
jener entwerfende Geist, welcher das Irdische meistert,
liebt in dem Schwung der Figur nichts wie den wendenden Punkt.

Was sich ins Bleiben verschließt, schon ists das Erstarre;
wähnt es sich sicher im Schutz des unscheinbaren Grau's?
Warte, ein Härtestes warnt aus der Ferne das Harte.
Wehe-: abwesender Hammer holt aus!

Wer sich als Quelle ergießt, den erkennt die Erkennung;
und sie führt ihn entzückt durch das heiter Geschaffne,
das mit Anfang oft schließt und mit Ende beginnt.

Jeder glückliche Raum ist Kind oder Enkel von Trennung,
den sie staunend durchgehn. Und die verwandelte Daphne
will, seit sie lorbeern fühlt, daß du dich wandelst in Wind.

Sonetos a Orfeo

Desea la transformación. Oh, emocionate por la llama,
esa cosa que te elude, que brilla con transformaciones;
Ese espíritu diseñador que domina lo terrenal,
no ama nada en el barrido de la figura sino el punto de inflexión.

Aquello que se cierra para permanecer es ya lo solidificado;
¿Se cree seguro en la protección del gris discreto?
Espera, una dureza advierte al duro desde lejos.
Ay: ¡el martillo ausente hace brotar!

El que vierte como fuente, el reconocimiento reconoce;
y lo conduce embelesado a través de lo alegremente creado,
que a menudo se cierra con el principio y comienza con el fin.

Todo espacio feliz es hijo o nieto de la separación,
por el que pasan maravillados. Y la transformada Dafne
desde que siente el laurel, quiere que se transforme en viento³⁸.

³⁸ Traducción realizada con la versión gratuita del traductor www.DeepL.com/Translator.

BIBLIOGRAFÍA

- Alborg, J. L., 1980, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos.
- Alvar, M., 2006, «Simbolismo e impresionismo en el primer Juan Ramón», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcgq794>).
- Angenot, M., *et alii*, 1989, *Théorie Littéraire*, Paris, PUF.
- Arrebola, A., 1990, *Los escritores malagueños y el flamenco*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad.
- Banville, Th., 1889, *Las Cariátides*, París, Editorial Alfonso Lemerre.
- Barnes, Dj., 2006, *Confer Margo Glantz, Conversación entre mujeres*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdj5s9>).
- Baudelaire, Ch., 1999, *Poemas en prosa*, traducción del francés por Enrique Díez-Canedo, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0r9n3>).
- Bécquer, G. A., 2000, *Obras de Gustavo A. Bécquer*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0v8b9>).
- Blanco Belmonte, M. R., 1912, *La patria de mis sueños: poemas*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.
- Blanco Belmonte, M. R., 1913, *Al sembrar los trigos: poemas*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.
- Blasco Pascual, Francisco Javier, 2008, *Página de Juan Ramón Jiménez*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccv503>).
- Brodskaya, N., 2012, *Simbolismo*, Chelmsford, Editorial Parkeston.
- Brunel, P. *et alii*, 1983, *Qu'est-ce la Littérature Comparée?*, Paris, Armand Colin.
- Carrere, E., 1902, *Románticas (Poesías)*, Madrid, Imprenta de la Prensa de Madrid.
- Carrere, E., 1909, *El Caballero de la Muerte*, Madrid, Imprenta de Gaceta Administrativa.
- Carrere, E., 1916, *Dietario sentimental*, Madrid, Editorial Mundo Latino.
- Carrere, E., 1924, *El otoño dorado*, Madrid, Editorial Renacimiento.
- Cenizo Jiménez, J., «Alma, Manuel Machado y el Modernismo», *Cauce: Revista Internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas*, n.º 26, 2003, pp. 47-65 en Centro Virtual Cervantes (https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/pdf/cauce26/cauce26_04.pdf).
- Coppée, F., 1885, *Œuvres complètes*, Paris, L. Hébert, *Poésies*, tome I.
- Dierx, L., 1864, *Poèmes et poésies*, Paris, Ed. Hachette.
- Dierx, L., 1867, *Les Lèvres closes*, Paris, Ed. Hachette.
- Dierx, L., 1871, *Les paroles du vaincu*, Publisher, A. Lemerre.
- Dierx, L., 1875, *La Rencontre, scène dramatique en vers*, Paris, Salle Taitbout, 1879, *Les Amants*, Paris, Leopold Classic Library.
- Dierx, L., 1889-1890, *Poésies complètes*, 2 vol., Published by Alphonse Lemerre.
- Dierx, L., 1894-1912. *Œuvres complètes*, 2 vol., Ginebra, Slatkin.
- Eliot, T. S., *Confer* <https://www.bartleby.com/lit-hub/authors/>.

- Feria, M. A., 2014, *La poesía parnasiana y su recepción en la literatura hispánica*, Madrid. Tesis leída la Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, Departamento de Filología Española II (Literatura Española), 20-09-2013.
- Feria, M. A., 2016, *Antología de la poesía parnasiana*, Madrid, Cátedra.
- Fernández, D., 2008, *Literatura Universal*, Barcelona, Almadraba.
- Fernández, T. y Tamaro, E., «Biografía de Théophile Gautier». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica*, en línea [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en *Théophile Gautier*, Biografías y vidas, [fecha de acceso: 20 de diciembre de 2022] (<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/gautier.htm>).
- Fernández, D., 2008, *Literatura Universal*, Barcelona, Almadraba.
- Ferre, J., y Cañuelo, S., 2022, *Historia de la literatura universal*, Barcelona, Óptima.
- France, Anatole, 2022, *La vie littéraire. Troisième série*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1160432>).
- Franco, J., 1971, *La cultura moderna en América latina*, México, Joaquín Mortiz.
- Friedrich, H., 1974, *Estructura de la lírica moderna*, Barcelona, Seix Barral.
- García de la Concha, V., 1998, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Espasa Calpe.
- García López, J., 1966, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, Decimoquinta edición.
- Gautier, T., 1845, *Poésies complètes*, Paris, Champertier.
- Glantz, M., 2006, *Conversación entre mujeres*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdj5s9>).
- Gil, R., 2017, *La caja de música: poesías*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-caja-de-musica--poesias/>).
- Gil-Albarellos Pérez-Pedrero, 2006, *Introducción a la Literatura Comparada*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad.
- Gullón, R., (dir.), *Diccionario de Literatura española e hispanoamericana*, Madrid, Alianza.
- Gullón, R., 2022, *Direcciones del Modernismo*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1158474>).
- Gutiérrez Girardot, R., 1987, *El modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, FCE.
- Hernández Guerrero, J., A., 2007, «El pensamiento y las Retóricas en los siglos XVIII y XIX», en García Tejera, M. C., *et alii, Lecturas del Pensamiento Filosófico, Estético y Político*, Cádiz, UCA.
- Hernández Guerrero, J., A., 2009, *Historia de la Retórica y de la Poética en España. S. XVII*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch4270>).
- Hernández Guerrero, J., A., 2012, *Teoría y práctica del comentario literario*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccg092>).
- Hernández Guerrero, J., A., 2012, *Lista y la polémica gramatical sobre el verbo único*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmchd8g2>).
- Hernández Guerrero, J., A., 2012, *El pensamiento y las retóricas en los siglos XVIII y XIX*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj39d3>).
- Hernández Guerrero, J. A., y García Tejera, M. C., 1994, *Historia Breve de la Retórica*, Madrid, Síntesis.

- Hernández Guerrero, J. A., y García Tejera, M. C., 2005, *Teoría, Historia y Práctica del Comentario Literario*, Barcelona, Ariel.
- Hernández Guerrero, J. A., y García Tejera, M. C., 2013, *Orientaciones prácticas para el comentario crítico de textos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbc5q3>).
- Henríquez Ureña, M., 1938, *Les influences Françaises sur la poésie Hispano-Américaine*. Institut de Études Américaines.
- Henríquez Ureña, M., 1941, *Poetas cubanos de expresión francesa*. Revista Iberoamericana.
- Henríquez Ureña, M., 1950, *Pedro Henríquez Ureña: Antología*. Ciudad Trujillo, Librería Dominicana.
- Henríquez Ureña, M., 1954, *Breve historia del modernismo*, México, FCE.
- Henríquez Ureña, M., 1988, *Mi padre. Perfil Biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal*. Santo Domingo. Feria del Libro.
- Henríquez Ureña, M., 2011, *Mi padre. Perfil Biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal*. Edición corregida y aumentada, Santo Domingo: Ediciones Cielonaranja.
- Henríquez Ureña, P., 1949, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, FCE.
- Heredia, J. M., 2011, *Poesías completas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcxg9x1>).
- Jaimes Freyre, R., *Cartas de Ricardo James Freyre*, Edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes por cortesía de la Universidad Complutense de Madrid (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/jaimes-freyre-ricardo-1868-1933-54167>).
- Jiménez, J. R., 1967, *Primeros libros de poesía*, edición de Francisco Garfias, Madrid, Aguilar.
- Jiménez Morales, Maribel y Quiles Paz, Amparo, 2013, *Página de Salvador Rueda*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (https://www.cervantesvirtual.com/portales/salvador_rueda/).
- Kristeva, J., 1967, «Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela», en la revista *Critique*, París.
- Laín Entralgo, Pedro, 2022, *La intimidad del hombre en la poesía de Manuel Machado*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1157892>).
- Leconte de Lisle, en Díaz, L., 1897, *Traducciones*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo e. Coni e hijos.
- Lezama Lima, J., 1969, *La expresión americana*, Madrid, Alianza editorial.
- Machado, A., 2005, *Obras completas I*, edición de Oreste Macri y Gaetano Chiappinni, Barcelona, RBA-Instituto Cervantes.
- Machado, M., 1907, *Alma. Museo. Los cantares*, Madrid, Librería de G. Pueyo.
- Machado, M., 1909, *El mal poema*, Madrid, Imprenta Gutenberg.
- Machado, M., 1924, *Obras completas*, Madrid: Editorial Mundo Latino, 1922-1924, 5 vols.
- Machado, M., y A., 1947, *Obras completas*, Madrid, Editorial Plenitud.
- Mallarmé, St., *Poésies*, ABU: la Bibliothèque Universelle en Madrid, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/mallarme-stephane-1842-1898-2047>).
- Marino, A., 1988, *Comparatisme et théorie de la littérature*, Paris, PUF.
- Martí, J., *Obras de José Martí*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024 (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/marti-jose-1853-1895-274>).

- Marquina, E., *Eduardo Marquina*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024 (<https://www.cervantesvirtual.com/buscador/?q=Eduardo+Marquina>).
- Martino, P., 1948, *Parnaso y simbolismo*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Mataix, R., 2012, *Página de José Asunción Silva*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcrb7m7>).
- Menard, L., 1855, *Poèmes*, Paris, Editorial E. Dentu.
- Mendès, C., *Le Mouvement Poétique Français de 1867 à 1900*, Paris, Ed. Slatkine.
- Morales, T., 2006, *Las Rosas de Hércules*, Edición crítica de: Guerra Sánchez, Oswaldo. Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria.
- Mortelette, Y., 2005, *Histoire du Parnasse*, Paris, Fayard.
- Palenque, M., «Eduardo Marquina en la revista *Pèl & Ploma*. El maquillaje de un tiempo de juventud» en Centro Virtual Cervantes (https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/17/aih_17_5_061.pdf).
- Paz Castillo, F., 1973, *Manuel Díaz Rodríguez entre contemporáneos*, Monte Ávila Editores.
- Pérez Bustamante, C., 1947, *Historia de la Literatura Universal*, Madrid, Ediciones Atlas.
- Pound, E., *Obras de Ezra Pound*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024 (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/pound-ezra-1885-1972-13786>).
- Philip Ward, Ph. (ed.), 1984, *Diccionario Oxford de literatura española e hispanoamericana*, Barcelona, Crítica.
- Prieto de Paula, Á. L., 2023, *Página de Antonio Machado*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (https://www.cervantesvirtual.com/portales/antonio_machado/).
- Proust, M., 1927, *En busca del tiempo perdido*, Buenos Aires, Santiago Rueda.
- Prudhomme, S., 1998, *Poésies 1865-1866: Stances et poèmes*, Paris, Adamant Media Corporation.
- Reina, M., 1999, *Sus mejores versos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczg6m3>).
- Remar, H., H., 1971, «La Literatura Comparada: definición y función», en Vega, M. J., y Carbonell, N., 1998.
- Rimbaud, A., *Obras de Arthur Rimbaud*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024 (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/rimbaud-arthur-1854-1891-488>).
- Riquer, M. de, y Valverde, J. M., 1994, *Historia de la Literatura Universal*, Barcelona, Editorial Planeta.
- Rovira, José Carlos, 2005, *Página de Rubén Darío*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (https://www.cervantesvirtual.com/portales/ruben_dario/).
- Rodó, J., E., 2005, *Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcms3p1>).
- Romero Luque, M., 1992, *Las ideas poéticas de Manuel Machado*, Sevilla, Diputación Provincial.
- Sabido, V., 2009, *Antología del Modernismo literario hispánico*, Editorial Comares. Segunda edición.
- Sánchez Trigueros, A., *Francisco Villaespesa y su primera obra poética (1897-1900)*.
- Santos Zas, M., 2009, *Cátedra Valle-Inclán*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela (https://www.cervantesvirtual.com/portales/catedra_valle_inclan/).

- Schulman, I. A., «La estrategia del revés: El modernismo de Rafael Ángel Troyo», Core. (<https://core.ac.uk/download/pdf/296292654.pdf>).
- Nuez, Sebastián de la, 2008, «La influencia de Juan Ramón en algunos poetas Canarios», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc93191>).
- Troyo, M. Á., Confer <https://www.storytel.com/co/es/books/1627009-7-mejores-cuentos-de-Rafael-Angel-Troyo>.
- Valbuena Prat, A., 1950, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili. Tomo III.
- Valle-Inclán, R. M. del, 1907, *Aromas de leyenda*, Madrid, Perlado, Páez y Compañía Editores.
- Valle-Inclán, R. M. del, 1919, *La pipa de Kif*, Madrid, Sociedad General Española de Librería.
- Valle-Inclán, R. M. del, 1920, *El pasajero: claves líricas*, Madrid, Tipografía Yagiles.
- Valle-Inclán, R. del, 2017, *Sonata de otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0875790>).
- Vega, M. J., y Carbonell, N., 1998, *La Literatura Comparada. Principios y Métodos*, Madrid, Gredos.
- Verlaine, P. M., *Obras de Paul Verlaine*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024 (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/verlaine-paul-1844-1896-2072>).
- Villaespesa, F., 1954, *Poesías completas I*, edición de Federico de Mendizábal, Madrid, Aguilar.
- Villaespesa, F., 1954, *Poesías completas II*, edición de Federico de Mendizábal, Madrid, Aguilar.
- Villaespesa, F., *Obras de Francisco Villaespesa*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2024 (<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/villaespesa-francisco-8648>).
- Villaespesa, F., *Carta*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/busador/?q=Francisco+Villaespesa>).
- Wellek, R., 1969, *Historia de la Crítica Moderna*, Madrid, Editorial Gredos.

Consulta de autores y obras

Portal de la [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), con páginas dedicadas a los principales autores de la literatura española e iberoamericana ([Bibliotecas de autores](#)).